

INSTITUTO DE HUMANIDADES



JULIAN MARÍAS

EL MÉTODO HISTÓRICO DE LAS GENERACIONES



Revista de Occidente
MADRID

**EL MÉTODO HISTÓRICO
DE LAS GENERACIONES**

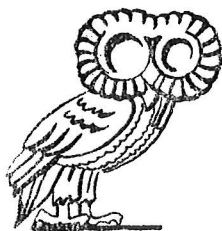
INSTITUTO DE HUMANIDADES



EL MÉTODO HISTÓRICO DE LAS GENERACIONES

POR

JULIÁN MARÍAS



Revista de Occidente

Bárbara de Braganza, 12

Madrid

C o p y r i g h t b y
Revista de Occidente
M a d r i d * 1 9 4 9

Imp. Viuda de Galo Sáez, Mesón de Paños, 6. Teléfono 21-19-44. Madrid.

INDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	7
I. El tema de las generaciones.....	9
El problema científico.....	11
Las edades del hombre.....	16
La vida histórica.....	20
II. El problema de las generaciones en el siglo XIX.....	23
Comte.....	25
Stuart Mill.....	31
Dromel.....	35
Un precedente: Soulavie.....	42
Cournot.....	45
Ferrari.....	47
Rümelin.....	52
Dilthey.....	56
Ranke.....	62
Lorenz.....	66
Balance del siglo.....	69
III. La teoría de Ortega.....	73
Los fundamentos metafísicos.....	75
La vida histórica y social.....	82
Cronología del tema.....	85
La teoría analítica de las generaciones.....	89
IV. Las vicisitudes del tema en nuestro siglo.....	109
Mentré.....	110
Pinder.....	114
Petersen.....	120
Mannheim.....	125
Wechsler.....	127
Drerup.....	128
Dos objeciones de principio: Croce y Huizinga.....	130
Resonancias españolas.....	132
Lain Entralgo.....	145

	<u>Págs.</u>
V. Los problemas de la teoría de las generaciones.....	151
Razón histórica	153
Lo que sabemos y lo que no sabemos	154
El procedimiento de Ortega	157
Las dificultades de la teoría.....	160
VI. El método histórico.....	169
La serie de las generaciones.....	169
La visión de la historia.....	178
BIBLIOGRAFÍA.....	187

ESTE libro contiene la redacción de un curso de doce lecciones, pronunciado en el Instituto de Humanidades, de Madrid, desde el 14 de diciembre de 1948 hasta el 8 de marzo de 1949, con este mismo título: *El método histórico de las generaciones*. La necesidad de exponer en su perspectiva justa la teoría de las generaciones me llevó a ocuparme de su historia: el lector encontrará algunas precisiones escasamente conocidas, en las que he tenido que detenerme, sin propósito de erudición, por exigencias estrictamente teóricas. Del mismo modo, he tenido que considerar los estudios recientes sobre el tema, y las objeciones que en ocasiones hago a algunos de ellos proceden del deseo—común a cuantos de él nos hemos ocupado—de que la doctrina de las generaciones alcance su mayor rigor y fecundidad. El núcleo del libro está constituido por la exposición sistemática de la teoría de las generaciones, radicándola en sus supuestos filosóficos y sociológicos, como pieza indispensable de la teoría de la sociedad y de la historia. La última parte del libro está dedicada a los problemas estrictamente metodológicos y trata de precisar hasta dónde es posible el procedimiento para determinar la serie efectiva de las generaciones y la visión de la historia que se logra mediante el uso adecuado de este instrumento. Se trata, pues, del intento de estudiar lealmente un tema central dentro del sistema de las disciplinas humanas.

J. M.

Madrid, mayo de 1949.

I

EL TEMA DE LAS GENERACIONES

EL tema de las generaciones es, según se lo mire, muy antiguo o muy nuevo. Es un tema permanente, al menos milenario, de la experiencia de la vida; como tema científico, por el contrario, es muy reciente; tanto, que sólo hoy se está empezando a plantearlo con suficiente rigor.

En el mundo semítico aparece con frecuencia la idea de generación. En el Antiguo Testamento se suele hablar, como es notorio, de castigos que alcanzan «hasta la cuarta generación», por ejemplo. En el Nuevo Testamento se hace un uso aún más explícito. Recuértese la genealogía de Jesucristo, tal como la expone San Mateo al comienzo de su Evangelio: «Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, Jacob a Judá y a sus hermanos, Judá engendró a Fares y a Zara en Tamar...» Y concluye: «De manera que las generaciones desde Abraham hasta David son catorce, catorce desde David hasta la cautividad de Babilonia y catorce desde la cautividad de Babilonia hasta Cristo» (1). Se trata, pues, de una utilización de las generaciones—entendidas, claro está, genealógicamente—como medida de la realidad histórica. En el mismo Evangelio aparece la palabra generación, en boca de Cristo, para designar a los vivientes en su tiempo: «En verdad os digo que no pasará esta generación (*haec generatio*,

(1) Mateo, I, 1-17.

ἢ γενεὰ αὕτη) antes que todo esto suceda» (2). Y así en otros lugares.

En el mundo helénico hallamos desde muy pronto la experiencia de las generaciones. Homero ve la historia humana como una sucesión de generaciones, que se asimilan—con metáfora de perdurable belleza, pero no sin riesgos—a las hojas de los árboles:

“Como las hojas
de los árboles nacen y perecen,
así pasan del hombre las edades:
que unas hojas derriban por el suelo
los vientos del otoño y otras cría
la selva al florecer, y ufanas crecen
al aliento vital de primavera;
y las generaciones de los hombres
así son: ésta nace, aquélla muere” (3).

Y Néstor, según se dice en la *Iliada*, había visto morir en Pifos a dos generaciones de hombres y reinaba sobre la tercera (4).

El texto más importante en que aparece en Grecia la idea de generación es el conocido de Herodoto en que éste refiere la utilización por los egipcios de las generaciones humanas como unidad de cronología histórica, y determina con toda precisión—con excesiva precisión tal vez—su duración y el número exacto de las transcurridas: «Decíanme los egipcios a una con sus sacerdotes, y lo comprobaban con sus monumentos, que contando desde el primer rey hasta el sacerdote de Vulcano, el último que allí reinó, habían pasado en aquel período trescientas cuarenta y

(2) Mateo, XXIV, 34.

(3) *Iliada*, VI, 146-149. Cito la traducción de Hermosilla. El texto griego dice:

οἷη περ φύλλον γενεή, τοιγάρ καὶ ἀνδρῶν.
φύλλα τὰ μὲν τ' ἀνεμος χαμάδις χέει, ἄλλα δὲ θ' ὄλη
τηλεθώσασα φύει· ἔαρος δ' ἐπιγίγνεται ὥρη·
ὣς ἀνδρῶν γενεή· ἡμὲν φύει, ἡδ' ἀπολήγει.

(4) *Iliada*, I, 250-252.

una generaciones de hombres, en cuyo transcurso se habían ido sucediendo en Egipto otros tantos sumos sacerdotes e igual número de reyes. Contando, pues, cien años por cada tres generaciones, las trescientas referidas dan la suma de diez mil años, y las cuarenta y una que restan además, componen once mil trescientas cuarenta» (5).

Esta duración de la generación genealógica, como distancia media entre los padres y los hijos, se acepta por lo general en Grecia, con escasas modificaciones, y se convierte en tópico universal. Para Hecateo de Mileto, la generación dura cuarenta años; para Helánico, sólo treinta; Eforo se atiene al cómputo de Herodoto. Las cifras de este orden de magnitud se repiten siempre que la generación se interpreta desde el punto de vista carnal, es decir, de la genealogía, y sólo serán alteradas cuando se la entienda desde supuestos totalmente distintos.

El problema científico.

La idea de generación, de tan larga historia como precipitado de la experiencia de la vida, la tiene muy breve como problema científico. Sólo desde hace cosa de un siglo se ha intentado elaborar ese saber y convertirlo en conocimiento. Desde esa fecha hasta los primeros años de nuestro siglo hay algunos ensayos vacilantes y dispersos, que pugnan por adueñarse penosamente de una realidad difícilmente aprehensible; los esfuerzos de mayor alcance y consistencia se concentran en los últimos treinta años. ¿Por qué será así? Parece que, por primera vez en la historia, los hombres de nuestra época necesitamos saber, con insólita urgencia, qué es una generación y a qué generación pertenecemos.

(5) Herodoto, II, 142. Traducción del P. Bartolomé Pou. La frase decisiva es la "definición" cronológica de la generación: γενεαὶ γὰρ τρεῖς ἀνδρῶν ἑκατὸν ἑτέα ἐστὶ.

Recuérdese la presentación de los personajes y la escena en el teatro tradicional, hasta hace poco: «Don Pedro—cincuenta años. Elvira, su hija—veinte años.» Y abajo, al acabar la enumeración de las *dramatis personae*: «Epoca ctual.» ¿Qué quería decir esto? Una determinación muy vaga: este tiempo, poco menos de un siglo, es decir casi todo el XIX y algunos decenios del XX; más o menos, desde que dejaron de usarse las pelucas y las casacas. Público, actores, director de escena, no se preocupaban demasiado. Las obras «contemporáneas» — en ese vago sentido en que los manuales de historia hablan de una «época contemporánea» — se representaban en cada caso con los trajes y los peinados del momento, justo porque se las vivía como algo plenamente *actual*. Todos recordamos haber visto a las chulapas de *La verbena de la Paloma* con falda corta y melena. Pues bien, todo esto ha cambiado profundamente, y nadie se atrevería hoy a olvidar que *La verbena* es de 1894 y, por tanto, a omitir los detalles escénicos que la localizan en su fecha precisa. ¿Por qué? ¿Por una mayor cultura de los que intervienen en las cosas del teatro? Sobre todo, porque el placer de los espectadores disminuiría considerablemente, porque el anacronismo les provocaría algún malestar.

Pero esto quiere decir que aquella realidad—época actual—se ha volatilizado. Se ha producido, en el breve tiempo de nuestra vida, y aunque seamos aún jóvenes, una situación nueva; tanto, que sólo en algunos momentos de la historia, muy pocos, se ha dado algo semejante. La historia trae siempre su esencial novedad; pero una curiosa «modestia histórica» hace que nos cueste trabajo creer que ante nuestros ojos haya surgido algo verdaderamente nuevo y que antes no había. A esta situación a que hemos llegado se suele llamar «conciencia histórica» (6). Una de las consecuencias más azorantes es que todo nombre propio necesita ir enmarcado entre dos fechas. Cuando decimos:

(6) Véase mi *Introducción a la Filosofía* (1947), p. 132 y ss.

Cervantes (1547-1616), nos sentimos tranquilos y en claro. Pero ¿y nosotros? No tenemos más que una fecha, y esto significa una extraña imperfección. Y, en efecto, vivir es esencialmente imperfecto, es decir, inacabado, inconcluso. La interrogante que sustituye a la dudosa fecha de nuestra muerte (1914-?) subraya lo problemático e inquietante de la vida humana cuando se desconoce su rigurosa determinación temporal. No entendemos lo que *quiere decir* lo que un hombre dice, mientras no sabemos en qué fecha lo dice y de qué fecha es ese hombre. Antes se podía leer un libro o contemplar un cuadro sin saber su tiempo preciso; muchos valían como modelos intemporales, más allá de toda servidumbre cronológica; hoy, toda realidad no datada nos parece vaga y errante, con esa irreal indecisión de los espectros. Cuando recorremos las calles de una ciudad, no podemos ver en ella sólo una realidad presente; más bien es para nosotros el precipitado histórico de las sucesivas promociones de hombres que la han vivido y la han ido haciendo; y no sólo atendemos al pasado, sino que a la vez imaginamos y anticipamos el futuro: dentro de diez años, decimos, esta calle será estrecha, este jardín habrá sido sustituido por un edificio. Ante cualquier realidad humana —ideología, tendencia artística, costumbre social, régimen político—, nos preguntamos automáticamente: ¿cuándo acabará?, ¿cuánto durará? Y no se piense en el deseo de ver desaparecer lo que nos molesta, porque esa pregunta se extiende a lo que nos deleita como a lo que nos enoja, y se completa con esta otra: ¿cuándo ha empezado?

Las razones de este temple o estado de ánimo son complejas, y no hemos de entrar aquí en un análisis detallado; baste con citar, a título de orientación, dos. La primera, la presencia de un largo pasado histórico en la mente del hombre actual; la segunda, la aceleración del ritmo histórico, del *tempo* de la historia, progresivamente. Una de las causas de esta aceleración, que alguna vez he subrayado, es el enorme aumento de los «impactos» positivos o negativos que el hombre recibe. Las cosas que le llegan,

le pasan o, simplemente, le cuentan. Hasta hace no mucho tiempo, la lentitud e infrecuencia de las comunicaciones hacía que sólo los acontecimientos muy próximos tuviesen existencia para un hombre; las noticias de lo ocurrido lejos no llegaban, o al menos venían atenuadas e invalidadas por el retraso, que les hacía perder «fuerza viva». Sólo una mínima porción de los sucesos de todo orden actuaba sobre cada individuo y dejaba en él su huella, y, por tanto, la correspondiente variación. No se piense sólo en épocas muy remotas. En el París de la Revolución, las más violentas perturbaciones sobrevenidas en un punto de la ciudad son completamente ignoradas en barrios distintos, o a lo sumo se tiene tardíamente una vaga noticia de haberse producido (7). Hoy, los acontecimientos más distantes nos son notificados—por tanto, en número enormemente mayor—, y con toda la eficacia que les da su actualidad inmediata; los periódicos y la radio nos hacen casi «asistir» a lo que sucede en todo el mundo. La vida parece, pues, como batida por un incesante oleaje.

Pero no es esto sólo. Desde hace algún tiempo, los hombres occidentales han caído en la cuenta de esa fugacidad y aceleración de la vida histórica. Y este «caer en la cuenta» funciona como un nuevo ingrediente de nuestra vida, como un factor más de aceleración. Porque no es lo mismo que el *tempo* histórico se haya efectivamente acelerado y que los hombres lo sepan, como

(7) Cf. Jean Robiquet: *La vie quotidienne au temps de la Révolution*, París, 1938, p. 98: "Nous avons vu tout à l'heure combien les quartiers de Paris vivaient séparés les uns des autres, combien les nouvelles étaient lentes à s'y propager... Jamais on ne s'en rendit mieux compte que durant les massacres de septembre. Les "tape-dur" peuvent assommer cent malheureux dans la cour de la Conciergerie sans attirer l'attention des passants de la rue de la Barillerie ou de la cour du Mail. Même silence autour de la tragédie des Carmes. Ni les habitants de la rue du Regard, ni les trois cents bourgeois armés qui font l'exercice au Luxembourg, ni les clients de la buvette installée sous les arbres du jardin n'ont la moindre idée de ce qui se passe. Ils résideraient à Compiègne ou à Orléans que leur ignorance ne serait pas plus grande. Et quand l'affaire est enfin connue, il y a bien un peu d'émotion, mais elle est loin d'être générale."

no es igual tener una enfermedad que saber que se padece. No se trata ya de la mera decantación pasiva de una *impresión*, sino de estar alerta al cambio que se prevé, con el que se cuenta ya, y *anticiparlo*. Se ha producido, al considerar el espectáculo de la vida, un cambio de óptica: se ha sustituido la «simple vista» por el ojo miope de Marcel Proust. En algunas películas recientes, sobre todo inglesas, pero también de los demás países europeos y americanos—el fenómeno es general, y de ahí su interés—, se reconstruyen vidas no pretéritas, sino de personas que llegan hasta hoy, y se aplica a esa reconstrucción una técnica cronológica minuciosa: los muebles, los trajes, los peinados, las músicas, los modos de decir están escrupulosamente seleccionados en función de la fecha; se oirá un determinado tango, porque se está en 1921, se verán faldas de tal longitud precisa porque ahora se trata de 1939, se empleará un adjetivo que se puso de moda en 1927 y perdió su eficacia dos años después (8). Sentimos, no sin cierta angustia, probablemente desconocida de todos los hombres anteriores, que se hace arqueología con nuestras propias vidas. Y a la vez se siente que, al cambiar de óptica, hay que sustituir también el cálculo «a ojo de buen cubero» por otro más exacto: ¿el del matemático? No, otro más exacto aún: el del historiador. Y si esto sorprende es porque todavía éstos no son tan buenos historiadores como algunos matemáticos son buenos matemáticos.

El presente, pues, se desvanece; se adelgaza hasta convertirse en una lámina tenue, hasta el instante. ¿Qué quiere decir *hoy*? No lo sabemos; tal vez sólo este 14 de diciembre, el escueto «hoy» del calendario. No hay dónde poner pie; el hombre siente que flota en lo movable: ¿a dónde agarrarse? Esta angustiosa situación es buena para cualquier cosa, menos para quedarse en ella. Pero no tiene escape. Es inútil intentar volver a tierra firme, por-

(8) Recuerdo, como ejemplo especialmente claro, una película titulada *La casa de los Courtneys*, cuya evocación se reduce a los años transcurridos de nuestro siglo.

que estamos irremediablemente en medio del agua: estamos historizados. Y como la situación descrita no es una teoría, sino una forma de la vida humana, es inútil y vano hacer aspavientos; por ejemplo, «refutarla»; pues el refutador está, quiera o no, igualmente historizado, porque es eso lo que nos pasa hoy a todos. No hay más que aceptar la situación y—éste es el recurso propiamente humano—intentar dar razón de ella. Por eso se ha llegado a ver en estos años que la razón tiene que ser *razón histórica*.

Pero no se confunda esa historización con el historismo, de que tanto se habla en los últimos años. El historismo no es una situación: es una teoría; por tanto, algo problemático, discutible. ¿Será una buena teoría? Cabe que sea un error, y no porque anule la tierra firme que se pisaba en tiempos más venturosos—no es él ni ninguna teoría quien ha podido anularla—, sino más bien porque en última instancia es infiel a la historia; en suma, por falta de historicidad (9).

Hay que buscar el presente que se nos escapa. Al referirnos a ese presente, solemos decir «este tiempo»; otras veces, «nuestro tiempo». ¿De quién? El hombre viejo dice «mi tiempo» refiriéndose a otro anterior a aquel en que vive y habla, que, por lo visto, a pesar de ello, no considera «suyo». ¿A qué porción del pasado se siente adscrito? ¿Con qué porción o zona de su vida coincide? Al llamar el anciano «mi tiempo» a otro que no es éste, parece dar a entender que vive en él como desterrado o enajenado. ¿No será que están hechas nuestras vidas, como de una sutil sustancia, de un tiempo determinado?

Las edades del hombre.

Esta presunta vinculación del hombre a un tiempo que es sólo una parte del que le ha sido concedido para vivir en este mundo

(9) Cf. mi *Introducción a la Filosofía*, cap. III, “Verdad e historia”.

nos lleva al tema de las edades humanas. Se pensará, ante todo, en la biología, que condiciona un proceso de crecimiento, pleno desarrollo y envejecimiento del organismo, hasta llegar a la muerte. Y ciertamente la biología tiene que hacer en el problema de la edad del hombre, pero no demasiado, y, sobre todo, no es ella quien decide, por razones que veremos con claridad más adelante. Las edades humanas son también históricas, y están afectadas por una esencial variación que las hace alterar su duración y su carácter de unas épocas a otras. El esquema cambia de cuando en cuando, y quien primero nos lo advierte es el lenguaje. Los usos lingüísticos son siempre, como tales, antiguos, y conservan la huella de situaciones anteriores; así, hoy choca con la realidad la expresión, lingüísticamente normal, «un anciano de sesenta años», que todavía suena bien, pero no podemos aplicar, porque en la actualidad un hombre de esa edad no es anciano, ni mucho menos; a la inversa, la expresión «una muchacha de treinta y cinco años», disuena por razones de hábito lingüístico, pero de hecho llamamos muchachas y consideramos como tales a la mayoría de las mujeres de esa edad.

Compárese esta situación con otra en que los límites estaban desplazados en sentido inverso: el mundo romántico. No sólo una enorme proporción de las grandes figuras de esta época muere antes de cumplir el medio siglo, y buena parte antes de los treinta años—a pesar de que normalmente el llegar a ser «notable» exige cierta longevidad—, sino que hombres y mujeres maduran muy pronto y alcanzan su perfil definido a edades que hoy son plenamente juveniles. Larra, hombre de mundo, escritor prestigioso, desengañado y de vuelta de las cosas, ¡murió a los veintiocho años! Espronceda, a los treinta y cuatro; Byron, a los treinta y seis. Mariana Pineda, dama viuda, con dos hijos, no tenía veintisiete años cuando la ahorcaron en 1831. En *La conjuración de Fiesco*, de Schiller, se presenta a Julia, condesa viuda Imperiali, con esta inconfundible caracterización de mujer otoñal: «Dama alta y gruesa. Orgullosa coqueta. Belleza algo echada

a perder con extravagancia. Deslumbradora, pero no agradable. Su rostro revela un carácter malicioso y burlón.» Y la indicación de su edad, sin embargo, reza: «Veinticinco años.»

Esto nos hace caer en una grave sospecha. ¿No se cometerá un equívoco al interpretar las generaciones desde el punto de vista de la edad, entendiendo ésta de manera biológica, cuando advertimos, aun en ellas, una componente histórica decisiva? La palabra generación alude a la acción de engendrar, y, por tanto, a la *genealogía*. Así se ha entendido casi siempre, como revela el citado texto de San Mateo, por ejemplo. La razón de la cifra de treinta años aproximadamente como duración de las generaciones no es otra que esa interpretación de ellas, porque se supone que el hombre engendra a sus hijos hacia los treinta años. Ahora bien: esto, que resulta hasta cierto punto claro cuando se trata de una familia aislada, se complica al entrecruzarse unas con otras. Por lo pronto, los hijos pueden llevarse entre sí diez años, veinte, tal vez treinta; y esto dentro de las sociedades monógamas, en las poligámicas, la distancia puede ser mucho mayor, hasta acercarse al medio siglo. La complicación aumenta si se piensa en grupos humanos que viven en promiscuidad, donde no hay en rigor familia. ¿Es que estos pueblos no tendrían generaciones? Por otra parte, el mundo con el que se encuentra el adolescente al entrar en la vida, ¿es precisamente el de sus padres? Con frecuencia ejercen sobre él gran influjo profesores y escritores que no son de la edad de sus padres, sino mucho más jóvenes, intermedios entre éstos y el adolescente, y que desempeñan una función decisiva y distinta. Esto nos obliga a plantear una cuestión sumamente importante: la del *lugar* de las generaciones. Y, evidentemente, a diferencia de la genealogía, que en efecto es de orden familiar, ese lugar no está en la familia. Tenemos, pues, que pensar que el lugar de las generaciones es la sociedad y, por tanto, la historia. Y esto nos obliga a preguntarnos formalmente por la estructura biográfica y social de las edades.

Una cosa es el tiempo que *pasa*, otra la edad que *se tiene*. «El niño y el adolescente—he escrito en otro lugar (10)—se da cuenta de que vivir es ir haciendo unas cosas tras otras, encaminadas a un término que es «ser mayor»; cuando se preguntan a sí mismos «qué van a ser», se sienten proyectados hacia una forma de vida adulta, que se les presenta como dotada de sustantividad y estabilidad. Mientras esto ocurre, la vida se presenta, a la vez, como indefinida e ilimitada: se puede ser muchas cosas, cualesquiera, es decir, «todas»; por eso, la vida del hombre o de la mujer muy jóvenes no tiene todavía *forma*, sino que es pura indeterminación y posibilidad. Pero cuando se va llegando a «ser mayor», se cae en la cuenta de que esto no significa instalarse en un presente estable, sino que vivir sigue siendo hacer algo en vista del futuro; como el horizonte visual, el de la vida se aleja a medida que se avanza en ella. Y cuando el horizonte empieza a adquirir un contorno preciso, cuando se palpa la limitación de la vida en el tiempo futuro, terminada por la muerte, se siente el vivir como algo concluso, con figura y estructura interna: como la realidad de los días contados.» «El tiempo de la vida no es pura cantidad, sino que está cualitativamente diferenciado; no es que dispongamos de *tanto* tiempo; es que ese *quantum* temporal es siempre un *quale*; la estructura de las edades diversifica el tiempo y hace que cada porción de él no sea única en el sentido de irrecuperable, sino que no es intercambiable con ninguna otra. Hay una edad para jugar al aro, y otra para ser estudiante, y otra para ser académico, y si se deja de hacer una de esas cosas a su tiempo, ya no se hará nunca» (11). La vida, pues, adquiere figura, y cada fragmento temporal de ella tiene un lugar preciso; en cada momento, el hombre se encuentra a cierta *altura de la vida*; el camino recorrido en la vida, las vicisitudes por que se ha pasado, se conservan en la edad,

(10) *Introducción a la Filosofía*, p. 388.

(11) *Ibid.*, p. 371.

que confiere una temporalidad intrínseca a todo instante del vivir: la edad es el modo que tiene el tiempo de quedar en nosotros.

La vida histórica.

Pero hasta aquí sólo hemos considerado la vida individual; y el caso es que cuando el hombre empieza a vivir, encuentra que antes había ya vida humana; de un modo análogo, seguirá habiendo vida humana después de mi muerte. A esta vida ajena en la que se encuentra inmerso el individuo y que no es la suya, llamamos *vida histórica*. Pero a ese nombre, vida, le acontece una extraña peripecia cuando se le agrega tal adjetivo; grave problema, que no es de este lugar (12). Baste decir que la historia es también—aunque en otro sentido—tiempo cualificado. Sucede algo análogo a lo que acabamos de ver en las edades: los tiempos son históricos porque no son tiempos cualesquiera, mera duración, sino que tienen una determinada cualidad que los distingue; cada época es una forma de vida *entre otras*, y las supone y exige. Lo mismo que una edad significa una cierta altura de la vida, una época no es otra cosa que una cierta altura de los tiempos.

Esto lleva consigo la necesidad de una pluralidad de hombres para que haya historia, y una sucesión de ellos. Pero es menester también que esos hombres sucesivos sean parcialmente coexistentes, pues en caso contrario cada uno de ellos—o cada grupo, tanto da—repetiría indefinidamente una situación adánica. Es necesario, pues, que haya parcial coexistencia y parcial sucesión, o sea, dando su valor a los dos términos, convivencia histórica. Ahora bien, no es esto algo que se añada azarosa o extrínsecamente a una vida individual que por sí misma no fuese histórica. Los ingredientes con que hacemos nuestra vida—lo que llama-

(12) Cf. *ibíd.*, cap. X, p. 387-411.

mos «cosas», en rigor interpretaciones humanas de la realidad, precipitado de lo que a otros hombres ha pasado y han hecho—son históricos, y, por tanto, la vida misma, intrínsecamente y en su propia sustancia. Sin embargo, son distintos los atributos de la vida individual y los de la historia en sentido estricto; se podrían escribir a dos columnas, para advertir en qué medida se contraponen:

Vida individual.

Mía (se entiende, de cada cual).

Por hacer.

Algo que tengo que hacer solo.

Radical soledad.

Historia.

No sólo mía, sino también, y primordialmente, ajena.

No sólo por hacer, sino ya hecha en parte.

Ni sólo yo ni yo solo.

Radical convivencia.

Vemos hasta qué punto se trata de distintas realidades. La historia no es vida; ésta sólo lo es propiamente la vida individual, mi vida, que me es dada, pero no me es dada hecha, y tengo yo que hacer en cada instante, en radical soledad. Pero al mismo tiempo se advierte, paradójicamente, que si no es vida, tampoco es otra cosa que «vida»; y de ahí el grave problema de la «vida histórica, que a pesar de serlo tiene una estructura incompatible con la de la vida en el pleno rigor del término, es decir, la de cada cual.

El sujeto de la historia no soy yo, ni ningún hombre individual, ni se trata tampoco de un sujeto plural de muchos individuos *como tales*; el sujeto de la historia es la sociedad, la cual es un sistema de *usos*. Pero al decir esto no se entienda que a la sociedad, ajena en principio a la historia, le sobrevenga ésta, es decir, le acontezca ponerse en marcha o movimiento; la vieja idea de una estática y una dinámica social es sobremano equívoca y desorientadora, y es menester trasponer a un esquema bien distinto el núcleo de verdad que intentaba expresar. La sociedad sólo es sociedad históricamente; esto es, su textura interna misma es

ya dinámica e histórica, porque la historicidad está ya inserta en lo que se llama una «situación»; como he mostrado en otro lugar, una situación *única* es un contrasentido. Sólo en función de las experiencias preteritas y, sobre todo, de mi pretensión hacia el futuro es situación la actual. Sería absurdo definir la situación del hombre como la de un ente que está preso o encerrado en el planeta Tierra; pero tan pronto como se diera realmente en él la pretensión de salir de nuestro globo para ir a otros planetas, su situación sería efectivamente de reclusión o encierro.

Cada situación es, pues, un *nivel* de un cierto *movimiento*. Dicho esto en términos más concretos y humanos, más metafóricos y por ello más rigurosamente verdaderos, la historia es un drama, con argumento y personajes. Y con ello volvemos al principio. ¿Cuáles son los personajes, los «quiénes» de la vida histórica? ¿Cuáles son sus «edades»? ¿Cuál es la «unidad de tiempo», ese presente que se nos había volatilizado; es decir, el presente elemental de la historia? Este es, en suma, el tema de este libro.

II

EL PROBLEMA DE LAS GENERACIONES EN EL SIGLO XIX

COMO tema de la experiencia de la vida, la idea de las generaciones constituye uno de los más antiguos que conocemos; como tema científico, como problema de historiología, es de los más modernos; y esta modernidad nos permite asistir a su nacimiento y a sus vicisitudes todas como cuestión intelectual. Presenta algunos caracteres extraños; ante todo, el del escaso número de sus cultivadores; contados pensadores se han detenido en él, si se prescinde, sobre todo, de los últimos años, en que la situación es algo distinta en varios aspectos; y esos pocos autores han solido ignorarse mutuamente. Lo cual quiere decir que por lo general no lo han recibido unos de otros, sino que han llegado a ese problema movidos por razones personales, originadas en cada uno, y que acusan cierta comunidad entre ellos; esto les da cierto aire de familia y aun de complicidad, que se revela en su coincidente interés por un tema tan poco frecuentado. ¿Cómo serán estos hombres, que han sentido esa extraña curiosidad por las generaciones?

Se podría predecir de antemano a qué tipos tuvieron que pertenecer los iniciadores de la consideración científica del tema de las generaciones, y, por tanto, la época en que pudo comenzar esa indagación. Se trata de dos tipos: *a)* Los primeros descubridores de la realidad que es la vida humana; y *b)* Los hombres dotados de experiencia en el manejo empírico de las generacio-

nes, familiarizados con fechas, familias, promociones, por una ocupación política o estadística larga y precisa. Ahora bien, estos dos tipos humanos aparecen en los primeros años del siglo XIX, cuando se tiene a la espalda un largo pasado histórico, elaborado científicamente, y se empieza a poseer un conocimiento exacto de las poblaciones europeas y sus variaciones, a la vez que la filosofía se plantea por primera vez el problema de la peculiaridad de la vida humana y la realidad histórica. Veremos cómo, en efecto, éstas son las raíces de los intentos que el siglo XIX lleva a cabo para llegar a una teoría de las generaciones.

La dispersión de esos intentos y su desconocimiento general hacen difícil una historia del tema, que en rigor está por hacer. Los ensayos realizados hasta ahora son bastantes recientes e incompletos. Sólo conozco cinco, de extensión y valor muy desiguales: uno francés, tres alemanes y otro español, publicados entre 1920 y 1945. El primero es el de François Mentré (1), sin duda el más completo—teniendo en cuenta su fecha—e informativo. El segundo, muy breve, es un ensayo de Karl Mannheim (2). El tercero, que ha tenido bastante fortuna, a pesar de su notoria inferioridad, es el conocido estudio de Julius Petersen (3). El cuarto, sumamente resumido y superficial, sirve de introducción a un libro de Engelbert Drerup (4). El último, que moviliza superiores recursos interpretativos, casi totalmente limitado a la importación alemana y la de Ortega, es la parte histórica del libro de Pedro Laín Entralgo (5). Se pueden encontrar también anotaciones históricas, sumarias y sin pretensiones, en trabajos de

(1) François Mentré: *Les générations sociales*. París, 1920.

(2) Karl Mannheim: *Das Problem der Generationen* (Kölner Vierteljahrshefte für Soziologie, 7. Jahrg., Hefte 2-3, 1928).

(3) Julius Petersen: *Die literarischen Generationen* (en *Philosophie der Literaturwissenschaft* de Ermatinger, 1930).

(4) Engelbert Drerup: *Das Generationsproblem in der griechischen und griechisch römischen Kultur*. Paderborn, 1933.

(5) Pedro Laín Entralgo: *Las generaciones en la historia*, Madrid, 1945.

Pinder y Huizinga, que será menester considerar, por otras razones, más adelante.

Tampoco es mi propósito hacer formalmente una historia del tema de las generaciones. Sólo quiero indicar, con el máximo de concisión y rigor posibles, los momentos capitales que constituyen otras tantas etapas en el intento de llegar a una teoría de la generación como concepto y como principio de un método histórico (6).

Comte.

Augusto Comte (1798-1857) es quien inaugura—hasta donde llegan mis noticias—el estudio científico de las generaciones; porque no puede considerarse así un precedente curioso, del que me ocuparé brevemente más adelante. No es extraño que sea Comte el iniciador de la teoría de las generaciones; descontada su habitual perspicacia y aun genialidad para todo lo humano, lo decisivo es que Comte es el primer hombre que tiene ideas claras sobre la sociedad; y como ésta es, como ya he apuntado y después veremos con plena evidencia, el lugar de las generaciones, sólo en Comte podemos encontrar los supuestos necesarios para que la idea de generación pase de su forma vaga y precientífica a un primer ensayo de conceptualización.

En las dos obras capitales de Comte aparecen frecuentes referencias a las generaciones, muchas de las cuales, por cierto, nunca o casi nunca han sido recogidas. Me limitaré a citar los dos pasajes más importantes, el primero de 1839 y el segundo de 1852.

Trata Comte de determinar las causas de la velocidad de la evolución humana, y después de indicar, de acuerdo con G. Leroy, el *aburrimiento*, añade: «Debo indicar, en segundo lugar, la *duración de la vida humana* como algo que influye quizá más profundamente sobre aquella velocidad que ningún otro elemento

(6) Al final de este libro he agrupado algunas referencias bibliográficas.

apreciable. En principio, no hay que ocultar que *nuestro progreso social se apoya esencialmente en la muerte*; es decir, que los sucesivos pasos de la humanidad suponen necesariamente la continua renovación, suficientemente rápida, de los agentes del movimiento general, que, poco perceptible habitualmente en el curso de cada vida individual, no se hace verdaderamente pronunciado sino al pasar *de una generación a la que la sigue*. El organismo social está sometido a este respecto, y de un modo no menos imperioso, a la misma condición fundamental que el organismo del individuo, donde, pasado un determinado tiempo, las diversas partes que lo constituyen, inevitablemente convertidas, a causa de los mismos fenómenos de la vida, en impropias para cooperar ya en su composición, deben ser gradualmente reemplazadas por nuevos elementos. Para apreciar convenientemente tal necesidad social, sería superfluo recurrir a la quimérica suposición de una duración indefinida de la vida humana, de la cual resultaría evidentemente la supresión casi total y muy próxima del movimiento progresivo. Sin llegar hasta ese límite extremo, bastaría, por ejemplo, imaginar que la duración efectiva se decuplicara solamente, concibiendo por lo demás que sus diversas épocas naturales conservasen las mismas proporciones respectivas. Si nada se cambiara, por lo demás, en la constitución fundamental del cerebro humano, tal hipótesis determinaría, a mi parecer, una mayor lentitud inevitable, aunque imposible de medir, en nuestra evolución social, pues la lucha indispensable y permanente que se establece espontáneamente entre el instinto de conservación social, carácter habitual de la vejez, y el instinto de innovación, atributo ordinario de la juventud, se hallaría entonces notablemente alterada a favor del primer elemento de ese antagonismo necesario. Por la extremada imperfección de nuestra naturaleza moral, y sobre todo intelectual, aquellos mismos que han contribuido más poderosamente, en su virilidad, a los progresos generales del espíritu humano o de la sociedad, no sabrían luego conservar demasiado tiempo su justa preponde-

rancia sin volverse involuntariamente más o menos hostiles a desarrollos ulteriores, a los que habrían cesado de poder concurrir dignamente. Pero si, por una parte, no se podría dudar que una duración demasiado prolongada de la vida humana tendería necesariamente a retrasar nuestra evolución social, no es menos indiscutible, por otra parte, que una existencia demasiado efímera resultaría por otras razones un obstáculo no menos esencial a la progresión general, atribuyendo por el contrario un imperio exagerado al instinto de innovación. Nuestra evolución social sería, pues, por naturaleza, igualmente incompatible, aunque por motivos contrarios, con una renovación demasiado lenta o demasiado rápida de las diversas generaciones humanas... La extremada rapidez de una existencia individual, de la que apenas *treinta años*, en medio de numerosas trabas físicas y morales, pueden ser utilizados plenamente en otra cosa que en *preparaciones para la vida o para la muerte*, establece evidentemente, en todo caso, un insuficiente equilibrio entre lo que el hombre puede convenientemente concebir y lo que puede realmente ejecutar» (7). Los subrayados son míos.

(7) "Je dois indiquer, en second lieu, la durée ordinaire de la vie humaine comme influant peut-être plus profondément sur cette vitesse qu'aucun autre élément appréciable. En principe, il ne faut point se dissimuler que notre progression sociale repose essentiellement sur la mort; c'est-à-dire que les pas successifs de l'humanité supposent nécessairement le renouvellement continu, suffisamment rapide, des agents du mouvement général, qui, habituellement presque imperceptible dans le cours de chaque vie individuelle, ne devient vraiment prononcé qu'en passant d'une génération à la suivante. L'organisme social subit, à cet égard, et d'une manière non moins impérieuse, la même condition fondamentale que l'organisme individuel, où, après un temps déterminé, les diverses parties constituant, inévitablement devenues, par suite même des phénomènes vitaux, radicalement impropres à concourir davantage à sa composition, doivent être graduellement remplacées par de nouveaux éléments. Pour apprécier convenablement une telle nécessité sociale, il serait superflu de recourir à la supposition chimérique d'une durée indéfinie de la vie humaine, d'où résulterait évidemment la suppression presque totale et très prochaine du mouvement progressif. Sans aller jusqu'à cette extrême limite, il suffirait,

Trece años después, Comte postula, en su *Sistema de política positiva*, nada menos que una *teoría positiva de la modificabilidad social*. Y en este contexto tiene que recurrir de nuevo a la idea de las generaciones: «Las modificaciones del mundo pueden afectar directamente a la humanidad, aunque circunscritas dentro de los límites que no perturban la vida. Basta que esas influencias, celestes o terrestres, continuas o temporales, cambien notablemente nuestra longevidad, o el estado de la población humana, considerada ya en cuanto a su condensación, ya respecto a su movimiento. Aun con la ignorancia en que todavía estamos de

par exemple, d'imaginer que la durée effective fût seulement décuplé, en concevant d'ailleurs que ses diverses époques naturelles conservassent les mêmes proportions respectives. Si rien n'était changé, du reste, dans la constitution fondamentale du cerveau humain, une telle hypothèse déterminerait, ce me semble, un ralentissement inévitable, quoique impossible à mesurer, dans notre développement social. Car, la lutte indispensable et permanente, qui s'établit spontanément entre l'instinct de conservation sociale, caractère habituel de la vieillesse et l'instinct d'innovation, attribut ordinaire de la jeunesse, se trouverait dès-lors notablement altérée en faveur du premier élément de cet antagonisme nécessaire. Par l'extrême imperfection de notre nature morale, et surtout intellectuelle, ceux même qui ont le plus puissamment contribué, dans leur virilité, aux progrès généraux de l'esprit humain ou de la société, ne sauraient ensuite conserver trop long-temps leur juste prépondérance sans devenir involontairement plus ou moins hostiles à des développements ultérieurs, auxquels ils auraient cessé de pouvoir dignement concourir. Mais, si, d'une part, on ne saurait douter qu'une durée trop prolongée de la vie humaine ne tendit nécessairement à retarder notre évolution sociale, il n'est pas moins incontestable, d'une autre part, qu'une existence trop éphémère deviendrait, à d'autres titres, un obstacle non moins essentiel à la progression générale, en attribuant, au contraire, un empire exagéré à l'instinct d'innovation... Notre évolution sociale serait donc, par sa nature, également incompatible, quoique d'après des motifs contraires, avec un renouvellement trop lent ou trop rapide des diverses générations humaines... L'extrême rapidité d'une existence individuelle, dont trente ans à peine, au milieu de nombreuses entraves physiques et morales, peuvent être pleinement utilisés autrement qu'en préparations à la vie ou à la mort, établit évidemment, en tout genre, un insuffisant équilibre entre ce que l'homme peut convenablement concevoir et ce qu'il peut réellement exécuter." (*Cours de philosophie positive*, 1830-42, vol. IV, Paris, 1839, 51^e leçon, p. 625-639.)

las leyes biológicas de la longevidad, se ve que su influencia es poco pronunciada en el orden vital. Pero el *orden social*, más modificable, erige, por el contrario, la *duración ordinaria de la vida humana* en elemento esencial, no sólo de su consistencia estática, sino sobre todo de su evolución dinámica, cuya velocidad depende mucho de ella. Puesto que *los vivos son esencialmente gobernados por los muertos*, el *intervalo de las generaciones*, siempre regulado por la longevidad común, influye directamente en la relación fundamental entre las dos influencias subjetiva y objetiva» (8).

Me he extendido en estas largas citas de los textos de Comte, no sólo por el interés que les confiere su anterioridad respecto a otros, sino también porque son poco conocidos y de no fácil consulta. Comte no dice en ninguna parte, ciertamente, qué es una generación; no usa esta palabra como término técnico, sino como una expresión normal del lenguaje, con la cual se entienden las gentes. Pero tiene una idea clara del mecanismo mediante el cual se opera la variación en la sociedad. En primer lugar, el factor decisivo es la muerte; es decir, la limitación de la vida humana y, con ella, la sucesión de las generaciones. En segundo lugar, esa duración de la vida está cuantitativamente determinada, y el ritmo de la evolución depende de ella. En tercer lugar, esa du-

(8) "Les modifications du monde peuvent directement affecter l'humanité, quoique circonscrites dans les limites qui ne troublent pas la vie. Il suffit que ces influences, célestes ou terrestres, continues ou temporaires, changent notablement notre longévité, ou l'état de la population humaine, considérée soit quant à sa condensation, soit envers son mouvement. D'après l'ignorance même où nous sommes encore des lois biologiques de la longévité, on voit que leur influence reste peu prononcée dans l'ordre vital. Mais l'ordre social, plus modifiable, érige, au contraire, la durée ordinaire de la vie humaine en élément essentiel, soit de sa consistance statique, soit surtout de son évolution dynamique, dont la vitesse en dépend beaucoup. Puisque les vivants sont essentiellement gouvernés par les morts, l'intervalle des générations, toujours réglé par la longévité commune, influe directement sur le rapport fondamental entre les deux influences subjective et objective." (*Système de politique positive*, II, 447-8.)

ración está articulada en «épocas naturales» o edades, que guardan cierta proporción. Pero no es esto lo más importante, sino lo que ahora voy a decir.

Comte se da cuenta desde el primer momento de que no se trata de fenómenos de la vida individual, ni siquiera de la vida familiar como tal, sino propiamente *sociales*; su punto de vista trasciende, pues, del genealógico, en el que, como veremos, recaen los más de los teorizadores de las generaciones. Y, en efecto, Comte apela desde luego a dos principios estrictamente sociológicos: el de conservación y el de innovación; y hay que tener presente que para Comte, por mucha potencia social que se atribuya a los intereses y a los sentimientos, nada de ello basta para constituir «la menor sociedad duradera» sin una comunidad intelectual determinada por «la adhesión unánime a ciertas nociones fundamentales» (9). Es decir, se trata de un sistema de convicciones últimas en el que se basa la convivencia social, que se conserva o se modifica mediante la innovación de las generaciones sucesivas. Por otra parte, Comte tampoco indica la duración de una generación humana, pero el único dato numérico que da es rigurosamente exacto, y expresa su idea de manera inmejorable: el período de pleno ejercicio de la vida humana, descontado lo que son preparaciones para la vida—algo previo a la plena actuación social—para la muerte—la retirada de la vida activa—, dura treinta años; *apenas*, dice Comte; pero no olvidemos que escribe en 1839, en el final de la época romántica, y hasta esa limitación es rigurosamente exacta. Por último, «los vivos son gobernados por los muertos»; dicho con otras palabras, la vida humana actual está condicionada por la historia, y la articulación de las genera-

(9) “Quelque puissance sociale qu'on attribue au concours des intérêts, et même à la sympathie des sentimens, ce concours et cette sympathie ne sauraient certainement suffire pour constituer la moindre société durable, si la communauté intellectuelle, déterminé par l'adhésion unanime à certaines notions fondamentales, ne vient point convenablement y prévenir ou y corriger d'inévitables discordances habituelles.” (*Cours de philosophie positive*, IV, p. 679.)

ciones, mediante su intervalo concreto, regula ese gobierno y, por consiguiente, la modificación histórica de la sociedad. Será menester aguardar muchos años para encontrar un acierto que iguale a este primer atisbo de Augusto Comte.

Stuart Mill.

John Stuart Mill (1806-1873), el gran discípulo inglés de Augusto Comte, recibió de éste la idea de las generaciones. En fecha muy temprana, 1843—a los cuatro años, por tanto, de la publicación del volumen IV del *Cours de philosophie positive*, apenas acabada esta obra—, publicó Stuart Mill su famoso libro de lógica: *A system of logic, ratiocinative and inductive*. Allí, al tratar del método histórico, Mill dedica unas páginas al tema de las generaciones, con referencia explícita a las ideas de Comte. Esta aportación de Mill tiene un interés especial, tanto por su fecha como por ser tal vez la única inglesa; el menos, ninguna otra me es conocida, ni directamente ni por referencia. Sin embargo, por un extraño azar, parece haber caído en el olvido; que yo sepa, sólo la conoce Mentré, y éste la desdeña: considera que, simplemente, repite a Comte, lo resume atenuándolo (10). No puedo compartir este juicio: las breves palabras de Mill que dedica al tema me parecen sumamente rigurosas y penetrantes.

«La causa próxima—escribe Mill—de cada situación de la sociedad es la situación de la sociedad inmediatamente precedente. El problema fundamental, por tanto, de la ciencia social es encontrar las leyes según las cuales una situación de la sociedad produce la situación que la sucede y reemplaza» (11). La socie-

(10) Mentré: *Les générations sociales*, p. 75.

(11) "The proximate cause of every state of society is the state of society immediately preceding it. The fundamental problem, therefore, of the social science, is to find the laws according to which any state of society produces the state which succeeds it and takes its place." (*A system of logic, ratiocinative and inductive*, Book VI, ch. V, § 2.)

dad es entendida, pues, como una serie de situaciones sucesivas; por tanto, históricamente. «En cada época sucesiva—agrega Mill—los principales fenómenos de la sociedad son diferentes de los que había en la época precedente, y todavía más diferentes de cualquier época previa: los períodos que marcan con mayor distinción esos cambios sucesivos son los *intervalos de una generación*, durante la cual *un nuevo equipo* de seres humanos han sido educados, se han desarrollado desde la infancia y han *tomado posesión de la sociedad*» (12). La sociedad se estratifica, pues, según equipos que se relevan en el dominio de ella; es esencial subrayar ese carácter rector de cada generación nueva, que toma posesión de la sociedad y sustituye a la anterior. Mill se refiere a los intentos franceses de descubrir la ley del progreso, que permita predecir el futuro; pero señala el error de creer que pueda tratarse de una ley natural: «Sólo puede ser una ley empírica. La sucesión de situaciones de la mente humana y de la sociedad humana no puede tener una ley independiente de sí misma; tiene que depender de las leyes psicológicas y etológicas que rigen la acción de las circunstancias sobre los hombres y de los hombres sobre las circunstancias» (13). Pero, como ha visto Comte, es menester poner en conexión las leyes empíricas, derivadas de la historia, con las leyes de la naturaleza humana.

Mill llega aún a mayores precisiones: «No creo que nadie discuta—escribe a continuación—que hubiera sido posible, partiendo de los principios de la naturaleza humana y de las circuns-

(12) "In each successive age the principal phenomena of society are different from what they were in the age preceding, and still more different from any previous age: the periods which most distinctly mark these successive changes being intervals of one generation, during which a new set of human beings have been educated, have grown up from childhood, and taken possession of society." (Ibid., § 3.)

(13) "It can only be an empirical law. The succession of states of the human mind and of human society cannot have an independent law of its own; it must depend on the psychological and ethological laws which govern the action of circumstances on men and of men on circumstances." (Ibid.)

tancias generales de la posición de nuestra especie, determinar *a priori* el orden en que tiene que realizarse la evolución humana, y predecir, por consiguiente, los hechos generales de la historia hasta el tiempo presente. Después de los primeros pocos términos de la serie, *la influencia ejercida sobre cada generación por las generaciones que la precedieron resulta* (como ha observado bien el autor últimamente citado [Comte]) *cada vez más preponderante sobre todas las demás influencias*; hasta el punto de que a la larga lo que ahora somos y hacemos es en muy escasa medida el resultado de las circunstancias universales de la raza humana, ni siquiera de nuestras propias circunstancias actuantes a través de las cualidades originales de nuestra especie, sino principalmente de las cualidades producidas en nosotros por *toda la historia previa de la humanidad*» (14). Por consiguiente, «la historia, cuando se la examina juiciosamente, proporciona las Leyes Empíricas de la Sociedad» (15). Es menester, pues, recurrir de la sociedad a la historia para entender aquélla; y la variación histórica acontece como una serie de influjos de unas generaciones sobre otras.

Todavía da una precisión más Stuart Mill, una indicación metódica muy aguda, cuyo olvido o desconocimiento ha acarreado no pocos errores a la mayoría de los investigadores de las

(14) "I do not think any one will contend that it would have been possible, steting out from the principles of human nature and from the general circumstances of the position of our species, to determine *a priori* the order in which human development must take place, and to predict, consequently, the general facts of history up to the present time. After the first few terms of the series, the influence exerted over each generation by the generations which preceded it becomes (as is well observed by the writer last referred to) more and more preponderant over all other influences; until at length what we now are and do is in a very small degree the result of the universal circumstances of the human race, or even of our own circumstances acting through the original qualities of our species, but mainly of the qualities produced in us by the whole previous history of humanity." (Ibid., § 4.)

(15) "History accordingly does, when judiciously examined, afford Empirical Laws of Society." (Ibid.)

generaciones en nuestro tiempo. «Esta rama de la ciencia social—dice Mill a propósito de la «dinámica social» de Comte—es tan completa como puede ser si se rastrearan las causas de cada una de las principales circunstancias generales de cada generación en la generación inmediatamente precedente. Pero el *consensus* es tan completo (especialmente en la historia moderna) que, en la filiación de una generación y otra, es el todo lo que produce el todo, más bien que una parte una parte. Escaso progreso, por tanto, puede conseguirse estableciendo la filiación directamente de las leyes de la naturaleza humana, sin haber indagado primero las leyes inmediatas o derivadas según las cuales las situaciones sociales se engendran unas a otras a medida que la sociedad avanza—los *axiomata media* de la Sociología General» (16). La generación, pues, es un todo, que afecta a la forma íntegra de la sociedad. La derivación abstracta de una serie de «generaciones» parciales—literarias, artísticas, políticas, científicas, etc.—es, en el fondo, ilusoria, y sólo tiene valor como ejemplo y simplificación metódica o didáctica. Muchos fallos de la doctrina acerca de las generaciones—que veremos después—se deben a esos esquematismos parciales.

Mill tampoco explica lo que es una generación, no entra en el problema de cuánto tiempo dura, menos todavía roza la gravísima cuestión de su determinación concreta; pero tiene idea perfectamente clara de la función de las generaciones en la marcha de la historia y de su importancia metodológica.

(16) "This branch of the social science would be as complete as it can be made if every one of the leading general circumstances of each generation were traced to its causes in the generation immediately preceding. But the *consensus* is so complete (especially in modern history) that, in the filiation of one generation and another, it is the whole which produces the whole, rather than any part a part. Little progress, therefore, can be made in establishing the filiation directly from laws of human nature, without having first ascertained the immediate or derivative laws according to which social states generate one another as society advances—the *axiomata media* of General Sociology." (Ibid., § 6.)

Dentro del positivismo como escuela filosófica *sensu stricto*, concretamente entre los sociólogos, hay algunas resonancias de las ideas de Comte sobre las generaciones, pero a decir verdad de escaso interés. Littré (1801-1881) considera dividido cada siglo en cuatro generaciones de veinticinco años, y piensa que en cada momento coinciden tres: los ancianos, los adultos y los jóvenes. Por otra parte, señala cuatro edades en la vida humana individual, y establece un paralelismo entre ésta y la vida colectiva de la humanidad; a las edades corresponden, pues, cuatro estados —en lugar de los tres de la ley comtiana—: industrial, moral, estético y científico (17).

Durkheim (1858-1917), representante tardío de la sociología positivista, atiende a la influencia de las agrupaciones humanas en la evolución social y, por tanto, en el mecanismo de las generaciones. El cambio social es pequeño y lento cuando una generación está fuertemente sometida al influjo de la tradición y de los ancianos, y se acelera a medida que las agrupaciones son mayores y los hombres están más desligados. Esto acontece, sobre todo, en las grandes ciudades, donde gran parte de la población está formada por hombres jóvenes y de edad madura, procedentes de otros lugares, que han quedado separados de su tradición inmediata; de ahí la movilidad y el futurismo de los grandes centros urbanos (18).

Dromel.

Con Justin Dromel—nacido en 1826—entramos en otro mundo. Perteneció al otro grupo de los que se han ocupado en el siglo XIX del tema de las generaciones: no al de los filósofos, descubridores de la vida humana y la realidad social, sino al de los hombres familiarizados con el manejo de fechas, dinastías y estadísticas. Dromel, abogado marsellés, publicista político, publicó en el

(17) *Paroles de philosophie positive* (1860).

(18) *De la division du travail social* (1893).

Courrier de Paris, en 1857, unos artículos que fueron el germen de un libro, fechado en septiembre de 1861 y titulado *La loi des révolutions. Les générations, les nationalités, les dynasties, les religions*. Se trata de un grueso volumen de cerca de 600 páginas, casi desconocido hoy. Dromel, elocuente y declamatorio, lleno de pretensión, está convencido del alcance de su obra: «Este libro —declara en su primera línea— pretende dar la revelación del porvenir por la ciencia» (19). Y termina su prólogo con estas palabras: «Para la juventud francesa, este libro será, así lo espero, menos aún una llamada que una profecía» (20).

La obra de Dromel se compone de tres libros: el primero, La política y sus leyes; el segundo, La ley de las generaciones; el tercero, Las nacionalidades, las dinastías y las religiones; además, una conclusión. El libro II (págs. 113-314) es el núcleo ideológico de la obra entera. Como divisa lleva la frase de Tácito *Quindecim annos, grande mortalis aevi spatium* (21).

La ley de las generaciones se expone en dos capítulos: el primero, teórico; el segundo, histórico. Este se presenta como una confirmación empírica del anterior, pero en realidad se ve que las cosas son al revés: Dromel forja su teoría para explicar una regularidad que el trato con la historia política francesa le ha hecho descubrir. De ahí se derivan la mayor parte de sus aciertos y de sus errores. Dromel distingue tres clases de evoluciones: individuales, regidas por la ley de las generaciones; nacionales, sometidas a una ley que se subdivide en dos: de las nacionalidades y de las dinastías; y humanitarias, regidas a su vez por la ley de las religiones. Se trata, pues, de una interpretación general de la marcha de la humanidad; pero como lo decisivo es el individuo social, es decir, «la molécula humana individual y dotada

(19) "Ce livre prétend donner la révélation de l'avenir par la science." (*La loi des révolutions*, p. 1.)

(20) "Pour la jeunesse française, ce livre sera, je l'espère, moins encore un appel qu'une prophétie." (*Ibid.*, p. 7.)

(21) *De vita Agricola*, III.

de atracción social», todo el sistema pende de las generaciones.

Dromel parte de la nación. El círculo superior—dice—es la Humanidad, pero esto es sólo una previsión, una esperanza; la realidad histórica actual son las nacionalidades; y se atiene, en principio, a Francia, aunque luego hace excursiones a otras naciones europeas. Ante todo, Dromel se pregunta por la duración de la vida individual, no física, sino política y social. Para estos efectos, el nacimiento se puede computar a los veintiún años; la mayoría de edad, a los veinticinco; una fase de progreso, de veinticinco a cuarenta; la vida política se prolonga hasta los setenta años, pero la actividad cesa hacia los sesenta y cinco; de los sesenta y cinco a los setenta, los hombres sufren—y ésta es una aguda observación de Dromel—el influjo filial, y así como antes el hijo vivió de las ideas del padre, ahora éste vive de las ideas y ambiciones del hijo (22).

El motor del movimiento histórico es la muerte; el hombre es *sucesible*, es decir, sometido a la muerte y al renacimiento, y por eso hay movimiento en la historia, luchas entre una generación y la siguiente. Como la vida activa va, según la cuenta de Dromel, de los veinticinco a los sesenta y cinco años, si la muerte actuase de una vez, la duración de la generación sería de cuarenta años: cada una sería sustituida por la siguiente de un solo golpe. Ahora bien, como la muerte procede de un modo gradual, las cosas pasan de otro modo: para que una generación decaiga, no hace falta que haya desaparecido; basta con que esté en minoría; y esto acontecería, si la muerte actuase regularmente, a la mitad del plazo, es decir, a los veinte años. Esta consideración reduce ya a esta última cifra la duración de la generación política; pero todavía será menester reducirla más.

En este momento interviene la estadística. Dromel divide la población francesa de 1851 y 1856 en cinco períodos; el primero, hasta los veintiún años, es políticamente inoperante; el segundo,

(22) *Ibid.*, p. 117-123.

de veintiuno a veinticinco, representa la fase de aprendizaje político; el tercero y el cuarto, que comprenden de veinticinco a sesenta y cinco, son los de la vida activa; el quinto, formado por los que rebasan los sesenta y cinco, corresponde a la fase de desinterés, caducidad y muerte política; su número es, naturalmente, mucho menor. La porción decisiva es la formada por los períodos tercero y cuarto, que son dos porque Dromel distingue, dentro del período activo, dos fases, ascendente y descendente, que luchan entre sí; hay, pues, dos grupos humanos, en cada época, en plena actividad, entre los que se entabla el gran debate político: los que se esfuerzan por alcanzar el poder y los que lo tienen y van cediendo. Esta es la idea más aguda de Dromel; pero sus supuestos político-sociales enturbian su claridad; porque, en efecto, Dromel cree que lo decisivo es el régimen de mayorías y minorías; y, por tanto, es la estadística la que separa los años correspondientes a los dos períodos: los hombres de veinticinco a cuarenta y un años son aproximadamente tantos como los de cuarenta y dos a sesenta y cinco; ésa es, pues, la divisoria; la vida política ascendente comprende dieciséis años; la descendente, unos veinticuatro; esta desigualdad está determinada por la fecha en que la generación juvenil, ascendente, alcanza la mayoría (23).

Esta cifra dieciséis es la duración de las generaciones. No es, sin embargo, una cifra inmutable; la duración media de la vida

(23) "De vingt-cinq à soixante-cinq ans se présentent la vie politique ascendante et la vie politique descendante. Leur réunion fermera ce que nous appellerons la grande période active de la politique... C'est dans le sein de cette période, c'est parmi les hommes qui la composent que s'établira le grand débat politique, aunque la décision de la majorité doit servir de dénoûment. La force du nombre régnant dans nos sociétés modernes et la majorité étant la moitié plus un, cette grande période active devra être divisée en deux égales parts, d'après le nombre des individus qu'elle renferme, pour donner naissance à la troisième et à la quatrième période, que nous appellerons, l'une la période de la *vie politique ascendante*, l'autre la période de la *vie politique descendante*. Le point de partage se trouve à l'âge de quarante et un ans. L'une aura donc une durée de seize ans et l'autre une durée de vingt-quatre ans environ." (Ibid., p. 145-146.)

física y por tanto política—tiende a aumentar; antes del siglo XIX habrá sido, pues, de quince años la duración de las generaciones; medio siglo después — dice Dromel — será de diecisiete por lo menos (24).

La ley de las generaciones, así entendida, establece el mecanismo del cambio de las mayorías; para Dromel, la *mayoría* es igual a la *opinión pública*. Por tanto, toda opinión, todo sistema o institución tiene la duración de la mayoría bajo la que se ha constituido, es decir, unos dieciséis años (25); y las diversas edades corresponden realmente a opiniones diversas (26). Por esta razón, el individuo y su generación entera tienen cierta inmovilidad, en el sentido de que permanecen fieles a sus propios principios (27).

Dromel resume su ley de las generaciones en cuatro principios concretos:

1.º El predominio de una generación dura unos dieciséis años, tras los cuales la sucede en el mando una nueva generación.

2.º Durante el ejercicio de una generación, la siguiente se educa políticamente y critica a la anterior.

3.º El ideal social de una generación es superior y en cierto modo contradictorio con el de la precedente.

4.º La obra de cada generación es especial, única, uniforme y exclusiva (28).

Este es el contenido teórico de la ley, que Dromel va a justi-

(24) *Ibíd.*, p. 148.

(25) "Toute opinion, tout système, tout établissement politique aura une durée égale à celle de la majorité qui a présidé à sa constitution, soit une durée de seize ans, au maximum normal." (*Ibíd.*, p. 154.)

(26) "Il nous reste à établir que les divers âges correspondent réellement et fatalement à des opinions diverses, à un idéal politique différent; en d'autres termes, que nous avons eu raison de grouper les individus selon leurs âges, que le groupe formé par la réunion de tous les individus du même âge correspondra certainement à une opinion politique particulière..." (*Ibíd.*, p. 155.)

(27) *Ibíd.*, p. 178-179.

(28) "1.º La prédominance d'une génération durera seize ans envi-

ficar históricamente. En la historia de Francia de los últimos ochenta años, distingue los siguientes períodos políticos: 1789-1800, 1800-1815, 1815-1830, 1830-1848. Casi con exactitud, duran quince años; respecto al primero, advierte que en rigor el punto de partida se debería fijar por lo menos en 1787; en cuanto al último, cree que la resistencia de los gobernantes determinó un retraso en la evolución normal. En los países europeos distintos de Francia, la ley no se cumple—dice Dromel—tan clara y rigurosamente, porque les falta, de un lado, la facultad racional y metódica, y de otro, el desarrollo jurídico y práctico a que el individuo ha llegado en Francia desde 1789; pero Dromel confía en que irán cumpliendo cada vez con mayor exactitud la ley de los quince o dieciséis años (29).

Dromel hace dos observaciones marginales que no carecen de interés. El carácter de unicidad y exclusividad en la obra de una generación tiende a superarse, y se puede esperar una capacidad de evolución en una misma generación humana, de suerte que se prolongue así su eficacia histórica y a la vez disminuya la resistencia que cada una opone a las innovaciones de la siguiente. Por otra parte, las generaciones se suceden y se asocian dos a dos, formando grupos que viven bajo el mismo ideal, los cuales pre-

ron; à l'expiration de ce délai, une nouvelle génération montera sur la scène politique, et prendra le commandement.

2.º Pendant qu'une génération sera en exercice, la suivante fera son éducation politique, et préparera son avènement par la critique des actes de son aînée.

3.º L'idéal social, formulé par la jeune génération, sera supérieur et, dans une certaine mesure, contradictoire à celui de la génération précédente.

4.º Enfin et comme vérité transitoire, s'appliquant plus au passé qu'à l'avenir, l'œuvre de chaque génération sera spéciale, unique, uniforme et exclusive." (Ibid., p. 185.)

(29) Es curioso lo que opina Dromel sobre las generaciones en España. Ante todo, son completamente independientes de las europeas, porque España está aislada de Europa, geográficamente y más por sus ideas. Además, hay una gran irregularidad, al menos aparente, en sus evoluciones políticas, y será la última nación latina que se ajuste a la cadencia del

paran «una fusión más general en la unidad del progreso» (30).

Dromel está muy lejos de hacer una *teoría* de las generaciones —ya veremos que sólo en un momento muy preciso ha sido posible—; su «exposé théorique» es bastante poco teórico y no resiste un análisis. Pero sus aciertos—aparte de su enorme insistencia en el tema—no son parvos. Por lo pronto, es el primero en desentenderse de la genealogía y lanzarse resueltamente a la vida colectiva; es cierto que restringe su pensamiento a la vida *política*, preocupado por la anticipación de las crisis políticas francesas, que es lo que le interesaba, y esto trivializa su idea; pero plantea el problema en términos que superan la generación carnal y, por tanto, la distancia tridecenal entre padres e hijos. En segundo lugar, da un esquema *funcional* y no meramente biológico de las edades, entendidas por él como diversos «papeles» desempeñados en la vida política. En tercer lugar, es sumamente aguda su idea de las dos fases ascendente y descendente en el período de plena actividad y el problema de su equilibrio dinámico. Por último, hay que subrayar la cifra de quince o dieciséis años que da como duración de las generaciones. Pero aquí hay que advertir que Dromel ha seguido un orden inverso al de su exposición; es decir, ha descubierto empíricamente los períodos de quince años, y para explicarlos construye su teoría; hasta tal punto es así, que ésta lo remite a la cifra veinte, y tiene que recurrir a un expediente

progreso normal. Dromel indica una serie de fechas de la política española del XIX, principalmente 1808, 1812, 1820, 1823, 1834, 1845, 1860, que parecen desmentir la ley de los quince o dieciséis años. La explicación de Dromel es ésta: todos los movimientos españoles son incompletos y abortados al nacer, y esto se debe al incumplimiento de la ley de las generaciones; España está en estado de efervescencia casi-revolucionaria, en pronunciamientos y conspiraciones, y la energía se gasta así, de modo que cuando llega una generación nueva, los que serían sus jefes son ya inútiles. El triunfo de los *vicalvaristas* en 1854, dice Dromel, ha destruido de antemano la futura revolución de España: en lugar de un movimiento radical y profundo, habrá dos agitaciones parciales, casi insignificantes. (Ibid., p. 298-301.)

(30) Ibid., p. 533-534.

ingenioso—el ritmo de la mortalidad y el cambio de las mayorías—para rebajar ese número a dieciséis, y acercarse así al dato empírico de donde arrancó. Y en eso estriba el punto débil del pensamiento de Dromel, porque la pérdida de la vigencia no es mera consecuencia del desplazamiento de las mayorías. Su atención casi exclusiva por la política, y concretamente por la política democrática, regida por el sufragio, hace que se satisfaga con esa explicación, que, por supuesto—y ésta es la contrapartida de su grata simplicidad—reduce la regularidad de la ley de las generaciones a los países y las épocas en que se dé una política de esas características. Dromel, aunque tiene un vago barrunto, que le viene de su trato próximo con el material histórico, no sabe ni puede saber cuál es el lugar de las generaciones, y por ello no es capaz de dar razón de las mismas verdades que ha entrevisto, y su conceptualización es superficial e insuficiente. Por ello, si bien evita desde luego plantear el problema en términos biográficos individuales—como se hará muchas veces después—y lo refiere a la vida colectiva, en cambio se atiene a los cambios políticos manifiestos en lugar de intentar una determinación de las generaciones en función de la estructura total de la sociedad.

Un precedente: Soulavie.

La idea de los períodos de quince años, aplicada igualmente a la historia política francesa, tiene un precedente muy anterior a Dromel, y aun a todo tratamiento científico del problema de las generaciones. Un naturalista e historiador francés, Jean-Louis Giraud, llamado Soulavie (1753-1813), que estudió la disposición de los fósiles en las capas geológicas y la periodicidad de la historia francesa del siglo XVIII, es, al parecer, el primero en haber interpretado las generaciones como promociones humanas, separadas quince años entre sí, que se suceden en el mando y en la

gestión de los asuntos (31). Soulavie distingue en el siglo XVIII seis generaciones de hombres «cuyo carácter y principios han atraído las miradas de todos los pueblos ilustrados, a causa de los grandes acontecimientos que han preparado»; cada una de ellas dura quince años, después de los cuales parece desgastarse y ceder el puesto a la siguiente. Los períodos que distingue Soulavie son: 1700-1715 (vejez de Luis XIV); 1715-1726 (regencia de Felipe de Orleans y ministerio del duque de Borbón); 1726-1742 (cardenal de Fleury); 1742-1756 (madame de Pompadour y conde de Steinbach); 1756-1774 (duque de Choiseul); 1774-1789 (Luis XVI); 1789-1800 (revolución).

Dromel no conocía a Soulavie; por lo menos no lo cita. En cambio, lo utiliza ampliamente Louis Benloew, un profesor judío francés, que fué decano de la Facultad de Letras de Dijon y publicó un libro sobre las leyes de la historia (32), de valor muy escaso. Benloew considera dividida la historia en grandes ciclos de mil quinientos años, éstos en períodos de trescientos, subdivididos a su vez en etapas de ciento cincuenta. Estos cómputos, con

(31) *Pièces inédites sur les règnes de Louis XIV, Louis XV et Louis XVI* (París, 1809). Esta es la obra citada por Benloew y—al parecer a través de éste—por Mentré. Pero se encuentran antecedentes en otra curiosa obra de Soulavie, más antigua, cuyo título completo es: *Tableaux de l'histoire de la décadence de la monarchie française, et des progrès de l'autorité royale à Copenhague, Madrid, Vienne, Stockholm, Berlin, Pétersbourg, Londres, depuis l'époque où Louis XIV fut surnommé le Grand, jusqu'à la mort de Louis XVI*. Par J. L. Soulavie, l'ainé, París, 1803. La parte principal de este libro está compuesta por unos grandes cuadros sinópticos, en el segundo de los cuales aparecen señaladas aproximadamente las etapas que se llaman generaciones en la obra posterior. El cuadro III expone las treinta y cinco familias que componen la república de las letras en Francia, desde Francisco I hasta 1800; es una minuciosa cronología, con centenares de nombres, que comprende todas las disciplinas; las fechas señaladas—no siempre indicadas—son las de la muerte. Este libro revela un manejo meticuloso, casi maniático, de largas listas de nombres y fechas, y por tanto una gran familiaridad con los datos que podrían servir para una ordenación de la historia por generaciones.

(32) *Les lois de l'histoire*, París, 1881.

las grandes generalizaciones que los acompañan, son totalmente inconsistentes. Lo único que tiene algún interés en su obra es su esquema de las edades humanas y el capítulo VII del libro V (El calendario de la historia), dedicado a «las evoluciones de quince años».

Benloew considera una vida cumplida cuando alcanza los setenta y cinco años, y la divide en cinco edades de quince años: en la primera, las facultades están aún como confundidas en el cuerpo; en la segunda predomina la imaginación; en la tercera, la voluntad; en la cuarta, la razón; la quinta significa la plenitud de ésta (33).

En Francia, desde la Revolución, dice Benloew, la forma de gobierno cambia cada quince o dieciséis años; y la duración de una generación política sería la mitad de la atribuida por Homero a la generación humana (34). Esto determina la estructura elemental de la historia en evoluciones de quince años, que representan la actividad vivaz y viril de una generación (35). Benloew se refiere extensamente a Soulavie, pero intenta extender sus cálculos a la historia anterior de Francia, a la de Inglaterra y a la de Grecia y Roma. El resultado es:

Francia: de 1515 a 1700, 12 evoluciones en ciento ochenta y cinco años, con una media de quince años y cinco meses.

Inglaterra: de 1625 a 1760, nueve evoluciones en ciento treinta y cinco años, con una media de quince.

Grecia: de 510 a 301, 13 evoluciones; y Roma: de 300 a 31, 19 evoluciones; en total, 32 evoluciones en cuatrocientos ochenta años, con una media también de quince (36).

(33) *Ibid.*, p. 264-265.

(34) "La durée d'une génération politique ne serait donc plus que la moitié de celle que, du temps d'Homère et de Nestor de Pylos, on attribuait à une génération humaine." (*Ibid.*, p. 267.) Benloew recoge la idea de que en Francia, desde la Revolución, el gobierno cambia cada quince años, como un lugar común y trivial.

(35) *Ibid.*, p. 291-292.

(36) *Ibid.*, p. 294-300.

Estas son las ideas de Benloew. Es claro que no sabe lo que es una generación, ni la razón de que su duración sea de quince años; se trata sólo de la constatación de una regularidad en un campo más amplio que el considerado por Soulavie, que es su fuente de inspiración y el único antecedente que conoce.

Cournot.

En 1868 escribió Cournot (1801-1877) sus *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*, que se publicaron en 1872. En el capítulo VIII del libro I, Cournot se plantea el problema de las divisiones históricas, y trata de eliminar lo arbitrario para buscar divisorias *naturales*, que no sean pura convención, sino que respondan a «cambios efectivos en la corriente de las ideas y en la marcha de los acontecimientos». Cournot trata de descubrir algún sentido al *siglo* como unidad histórica: «Si se piensa que un siglo representa aproximadamente, según la opinión de los más viejos autores, como según las observaciones modernas, *tres generaciones viriles*, puestas una a continuación de otra, se comienza a entrever la posibilidad de una relación natural.» Cournot recoge, pues, en cuanto a la duración de las generaciones, la idea tradicional, desde los griegos; pero añade algunas precisiones sobre el mecanismo de la variación de una generación a otra: «Cada generación transmite por la educación un cierto fondo de ideas a la que la sigue inmediatamente, y mientras este acto de educación o de transmisión se verifica, la generación educadora está aún en presencia, sufre todavía la influencia de todos los supervivientes de una generación anterior, que no han cesado de tomar una parte notable en el gobierno de la sociedad, en el movimiento de las ideas y de los negocios, y que tampoco han perdido (sea lo que fuere lo que han dicho en todos los tiempos, y sobre todo en los nuestros, censores taciturnos) toda autoridad doméstica. La juventud que

se inicia en el mundo conserva también, más de lo que su presunción la lleva a creer, la huella de las impresiones de la infancia, causadas por la conversación de los viejos» (37). Hay, pues, tres generaciones en presencia e interacción; y como para Cournot su duración sumada iguala el siglo, éste tiene una significación real histórica. Pero las cosas no son sencillas: «En la sociedad, es verdad, *todas las edades están mezcladas*. todas las transiciones son continuas; *las generaciones no se colocan una tras otra*, como en un cuadro genealógico. Así sólo la observación de los hechos históricos puede enseñarnos ciertamente cómo la renovación gradual de las ideas resulta del reemplazamiento insensible de unas generaciones por otras, y cuánto tiempo es necesario para que el cambio llegue a ser sensible, hasta el punto de poder distinguir netamente una época de otra» (38).

A continuación, Cournot plantea el problema del punto de partida, que equivaldría a la determinación de la serie efectiva de las generaciones; pero, de un lado, su idea rectora es el siglo, y se atiene a sus límites, y de otro lado no da otra indicación metódica que la antes citada, certera, pero excesivamente vaga,

(37) "Chaque génération transmet par l'éducation un certain fond d'idées à celle qui la suit immédiatement; et, pendant que cet acte d'éducation ou de transmission s'opère la *génération éducatrice* est encore en présence, subit encore l'influence de tous les survivants d'une génération antérieure qui n'ont pas cessé de prendre une part notable au gouvernement de la société, au mouvement des idées et des affaires..." (*Considérations*,. 1. I, ch. VIII.)

(38) "Dans la société, il est vrai, tous les âges sont mêlés, toutes les transitions sont continues, les générations ne se placent pas bout à bout comme sur un tableau généalogique. Aussi n'y a-t-il que *l'observation des faits historiques* qui puisse nous apprendre au juste comment le renouvellement graduel des idées résulte du remplacement des générations les unes par les autres, et quel temps il faut pour que le changement devienne sensible, au point de distinguer nettement une époque d'une autre." (Ibid.) Cournot parece aludir a la obra de Dromel cuando dice: "De nos jours on essaie d'expliquer par la loi de mortalité les traces de périodicité que l'on croit remarquer dans la succession rapide de certaines crises politiques."

que la necesidad de guiarse por la observación de los hechos históricos. Con Cournot termina en lo esencial la aportación francesa—nada desdeñable, aunque casi siempre ignorada—al tema de las generaciones, si se exceptúa la obra de Mientré, justamente un lejano discípulo y renovador de Cournot.

Ferrari.

Una nueva doctrina de las generaciones, coetánea de las últimas citadas, es la del italiano Giuseppe Ferrari (1812-1876). Ferrari tiene estrechas conexiones con el pensamiento francés de matiz positivista, y está—como Dromel—en el ámbito de la influencia de Comte. Lector de Vico, discípulo de Romagnosi, de ideas políticas avanzadas, partidario de una república federal en Italia, tuvo que establecerse en Francia y vivió en París, donde publicó la mayoría de sus libros. Interesado por la escuela de Saint-Simon, influido por Pierre Leroux, progresista como correspondía a su tiempo, Ferrari concentró toda su atención en la historia política y manejó un material informativo y bibliográfico realmente amplísimo, superior al rigor conceptual de su pensamiento. Su idea central es la de los períodos políticos, y el intento de determinarlos lo llevó muy pronto al estudio de las generaciones.

Esta teoría «sulla misura del tempo e sul meccanismo delle rivoluzioni» nace, según sus propias palabras, en su *Histoire des révolutions d'Italie* (París, 1856-58), se desarrolla con la *Histoire de la raison d'État* (París, 1860), se generaliza con *La Chine et l'Europe, leur histoire et leurs traditions comparées* (París, 1867), y alcanza su plenitud con el libro más importante de Ferrari, su *Teoria dei periodi politici* (Milán, 1874). Se han señalado anticipaciones o desarrollos parciales en su *Philosophie de la révolution* (1851), en el *Corso sugli scrittori politici italiani* (Milán, 1862) y en artículos publicados en la *Nuova Antologia* (1870-71), así como en un curso de la Universidad de Roma, sobre la

historia bizantina, publicado en *Il Diritto* (1876). Aquí me atenderé a los precedentes ya muy claros contenidos en la *Histoire de la raison d'État* y al desarrollo maduro de la *Teoria dei periodi politici*.

En el primero de estos libros, Ferrari dedica un capítulo a «las épocas de la historia». En él afirma la regla constante de que cada treinta años cambia la escena, y cada generación trabaja ciegamente para derribar al gobierno y reinar a su vez (39). Ahora bien, cada fase de treinta años es un drama completo, pero que en rigor sólo es un acto de otro drama más vasto. La revolución comprende dos momentos: destrucción del gobierno tradicional, reconstrucción con nuevos hombres y nuevas ideas; como a cada revolución sigue una reacción, con otros dos momentos—negativo y resolutivo—, cada período comprende cuatro intervalos: subversión, solución, combate que la discute, victoria que la asegura (40). Desde el año 1000, concluye Ferrari, cuatro intervalos de treinta años componen siempre una época que se agota en ciento veinte o ciento veinticinco años (41). Cada quinientos años se

(39) “Par une règle constante, tous les trente ans la scène change, chaque génération travaille aveuglément à une action politique dont le but est d’envahir ou de renverser le gouvernement pour régner ensuite avec les idées qu’il a méconnues.” (*Histoire de la raison d’État*, p. 211.)

(40) “Cependant, si chaque phase de trente ans offre un drame complet, elle n’est encore qu’une secousse, qu’un pas dans la marche des nations, qu’un acte relativement à un drame plus étendu. Nous avons remarqué que toute révolution s’accomplit en deux mouvements; l’un détruit le gouvernement traditionnel, l’autre le reconstruit avec des hommes nouveaux et de nouvelles idées. Ce sont deux phases distinctes; celui qui vit dans la première ne s’attend nullement au second acte, où il sera sacrifié. Nous avons vu aussi qu’à chaque révolution succède une inévitable réaction, à son tour subdivisée dans les deux moments d’un gouvernement négatif et d’un essor résolutif, d’après la forme qui protège la patrie contre l’étranger. Ce sont encore deux nouvelles phases, en sorte que chaque période se réalise dans les quatre intervalles d’une subversion, d’une solution, d’un combat qui la discute et d’une victoire qui la rassure.” (*Ibid.*, p. 213-214.)

(41) “Pour nos résumer, il suffira de dire qu’à partir de l’an 1000, quatre intervalles de trente ans composent toujours une époque qui s’épuise en cent vingt ou cent vingt-cinq ans.” (*Ibid.*, p. 216.)

produce un movimiento extraordinario, porque los períodos de ciento veinticinco no son sino actos de un drama mayor (42).

Estas ideas germinales, apenas esbozadas, reciben un desarrollo minucioso en la *Teoria dei periodi politici*. Su primera parte, que es la de mayor interés, trata de «La generazione pensante»; la segunda estudia «Il periodo in quattro tempi»; la tercera, «Le contraddizioni politiche»; la cuarta, «La velocità comparata». A continuación, un centenar de páginas de apéndices estadísticos, cronológicos y biográficos.

El punto de partida de Ferrari es la *generación*, como primer elemento de todo retorno, que repite el mismo drama en todas las épocas; es, pues, el movimiento elemental de la historia (43). La generación *política*—distinta de la material, determinada simplemente por la coincidencia en el tiempo—se compone de *hombres que nacen, viven y mueren en los mismos años y, amigos o enemigos, pertenecen a la misma sociedad*. Esta generación política o *histórica* supone, a diferencia de la material, una colaboración en las mismas empresas (44).

Para determinar la duración de las generaciones, no basta con tener presente la vida media de los hombres; ésta viene a ser, según los datos de Ferrari, unos treinta años; pero esto se debe a que una mitad por lo menos de los hombres muere en los primeros años, antes de tener ninguna acción histórica; la generación no se renueva enteramente a los treinta años, sino que siempre

(42) "Tous les cinq cents ans un mouvement extraordinaire annonce que chaque période de cent vingt-cinq ans ne forme, à son tour, que l'acte d'un drame encore plus grand et mieux proportionné à la vie des nations." (Ibíd., p. 217.)

(43) "Per noi la generazione sarà il primo elemento di ogni ritorno, simile al sorgere del sole rimane sempre la stessa, ripete di continuo il medesimo dramma, in tutte le epoche, con tutte le civiltà. Si nasce, si vive, si muore... la generazione sarà il nostro punto di partenza." (*Teoria dei periodi politici*, p. 7-8.)

(44) "La prima sua condizione politica è di comporsi di uomini che nascono, vivono e muoiono nei medesimi anni, e, amici o nemici, appartengono alla medesima società." (Ibíd., p. 8.)

están en el poder los hombres de más edad; hay que partir, pues, de la duración de la vida política, contada desde el momento en que los hombres «surgen» o nacen a la vida pública, y que podemos conocer gracias a las biografías de los hombres superiores, que son «i capi della società, i re del pensiero, i signori della generazione»; la duración media de la vida pública—iniciada de los veinte a los veinticinco para los artistas y hacia los treinta para los filósofos, juristas e historiadores—es de treinta y un años y algunos meses; los hombres superiores, pues, tienen una vida doble que la media: a los treinta años de ésta se agregan los de su vida histórica (45).

Cada treinta años, pues, se renuevan las generaciones con los gobiernos, empieza una nueva acción, un nuevo drama con nuevos personajes, un nuevo advenimiento (46). Los hombres excepcionalmente longevos, dice Ferrari, tienen dos vidas; pertenecen a dos generaciones, cambian de forma, de dirección, de inspiración; los casos de Voltaire, Goethe, Aristófanes y Sófocles lo confirman (47); si un hombre viviese dos mil años, como el conde de Cagliostro, y después de haber asistido a las bodas de Caná llegase a las orgías de Luis XV, tendría que empezar de nuevo la vida cada treinta años (48).

Pero ¿cómo se determinan las generaciones y la pertenencia de cada hombre a una de ellas? Aquí utiliza Ferrari sin medida ninguna su gran supuesto: la política rige el mundo. Lo único que cuenta son los cambios políticos, que acompañan a las generaciones. Por consiguiente, las mudanzas de los gobiernos establecen la escala efectiva, y por eso hay que contar en cada país desde sus fechas políticas efectivas. No se puede tomar como fecha de la historia romana el nacimiento de Cristo, que es simplemente el año 14 de Tiberio, sino que hay que contar *ab urbe*

(45) *Ibid.*, p. 9-15.

(46) *Ibid.*, p. 16.

(47) *Ibid.*, p. 74 ss.

(48) *Ibid.*, p. 80.

condita; y otra cronología será la egipcia, y otra la persa, y otra la china. Dentro de una misma cultura, son los hombres políticos —y sus gobiernos— quienes dan nombre y límites a las generaciones. Los hombres inferiores —dice Ferrari— se sitúan en la generación donde han pasado mayor número de años de su vida pública; y como no se para en barras, los ejemplos que pone a renglón seguido son nada menos que Descartes y Malebranche: el primero pasó veintiocho años de treinta y dos en la generación de Richelieu, y a ella pertenece necesariamente; el segundo, treinta de cuarenta y uno en la reacción de Luis XIV (49). Ni Sócrates, ni siquiera Cristo son decisivos, porque no fueron políticos, no hicieron cambiar los gobiernos.

Estas generaciones, cuya duración media es de treinta y un años y tres meses, ni más ni menos (50), no son homogéneas, sino que asumen diversos papeles históricos dentro de un drama superior que dura ciento veinticinco años. Cada principio se sirve de cuatro generaciones o actos, a través de los cuales se realiza su evolución total y se cierra el ciclo (51). La primera generación de un período es precursora o preparatoria; la segunda, revolucionaria o explosiva; la tercera, reaccionaria; la cuarta, por último, resolutive (52). Y mientras las generaciones pueden oscilar entre veinte y cuarenta y cinco años, los períodos son muy regulares y sólo oscilan entre ciento y ciento cincuenta; la mayoría, sólo entre ciento once y ciento treinta y seis (53).

Este es el núcleo más condensado de la intemperante teoría

(49) "Gli uomini inferiori si collocano da sè stessi nella generazione dove passano il maggior numero degli anni della loro vita pubblica. Dal momento che sui 32 anni della sua vita pubblica, Descartes ne passa 28 nella generazione di Richelieu, non v'ha mezzo di trasportarlo altrove; e quando su 41 anni di vita pubblica, Malebranche ne dà 30 alla reazione di Luigi XIV, anchesso vi resta casermato. Lo stesso di tutti." (Ibid., p. 66.)

(50) Ibid., p. 102.

(51) Ibid., p. 113.

(52) "Le generazioni attuano i principî, e sono alternativamente preparatorie, esplosive, reazionarie o risolutive." (Ibid., p. 182.)

(53) Ibid., p. 254.

de Ferrari, que merece sin embargo algo más que el simple desconocimiento o la desdeñosa mención de Croce (54). Por supuesto, Ferrari supera de hecho, aunque no en principio ni con plena conciencia, el punto de vista genealógico; se trata de generaciones históricas, definidas por una función precisa, aunque reduzca ésta, arbitrariamente, a la política, y renuncie con ello a entender y explicar en sus estratos profundos la realidad histórica. Por otra parte, la duración de las generaciones, a pesar de la aparente objetividad de los ciclos estudiados, se determina atendiendo a la vida individual, a la extensión normal de la vida activa de cada hombre, y se prescinde de lo decisivo, que es, como veremos en su lugar, la interacción de las generaciones contemporáneas. Finalmente, el gran acierto de Ferrari, que es atribuir un quehacer, destino o misión a cada una de las generaciones, es decir, una realidad *histórica*, queda casi anulado porque cede a la tendencia formalista e inercial de su pensamiento, y esquematiza en un ciclo de cuatro fases fijas, que se repiten indefinidamente, la variación histórica, la cual queda *ipso facto* naturalizada y desvirtuada. En rigor, todas las deficiencias de Ferrari nacen de su vaga idea de lo que es una generación: hombres que nacen, viven y mueren *en los mismos años*; ¿cuáles son estos años y sus límites? A esta cuestión, que es la decisiva, no tiene respuesta Ferrari. El no limitarse al nacimiento acentúa la necesaria vaguedad de la idea; y por eso, al no poder determinarse intrínsecamente la generación, le es forzoso apelar a lo más visible y manifiesto—los cambios políticos—, que por eso mismo sólo es una patentización superficial de la verdadera realidad histórica.

Rümelin.

El estudio científico de las generaciones se ha iniciado, como hemos visto, y con bastante antelación, en Francia. Hemos encontrado una aportación inglesa muy temprana—única hasta

(54) Cf. *Teoria e storia della storiografia*, 2.^a ed., Bari, 1920, p. 101.

donde yo sé—, cuya agudeza, propia de la mente de Stuart Mill, no puede hacer olvidar su origen inmediato en la obra de Comte. Ferrari, por último, italiano, está inmerso en la cultura de Francia, donde residía desde 1838. No es, pues, la de las generaciones una teoría alemana, como han propendido a creer algunos autores alemanes recientes y los que la han recibido de mano de estos últimos: ni por su origen, ni por su madurez, porque tampoco es alemana la única teoría en sentido estricto que hasta ahora ha existido, como veremos en su lugar.

Los primeros esfuerzos hechos en Alemania por acercarse al tema de las generaciones son casi simultáneos y proceden de tres campos distintos: la estadística, la filosofía y la historia. El primero, que es el que tiene más afinidad con los de Dromel y Ferrari, es el de Gustav Rümelin (1815-1889), autor de un ensayo, *Über den Begriff und die Dauer einer Generation* (55), sobre el concepto y la duración de una generación.

Rümelin fué profesor, publicista y político. Nacido en Ravensburg (Württemberg), estudió en el seminario protestante de Schöndal y en la Universidad de Tübingen (1832-36), donde fué discípulo de Baur, Strauss y Vischer. Se dedicó a la filología clásica; después, atraído por los estudios sociales, publicó ensayos y folletos y ocupó cargos públicos; desde 1867 fué profesor de estadística y psicología en Tübingen, a la vez que dirigía los servicios estadísticos de Württemberg. Se trata, pues, de un hombre que cultiva la estadística y tiene una larga familiaridad con sus materiales, pero de preparación y hábitos teóricos.

Rümelin distingue dos sentidos de la palabra generación: 1) los hombres actualmente vivos; 2) la distancia entre ascen-

(55) Este ensayo se publicó en el volumen I de sus *Reden und Aufsätze* (Tübingen, 1875), p. 285-304. Los volúmenes II y III se publicaron en Friburgo de Brisgovia en 1881 y 1894. No he podido manejar la edición alemana; sólo he conseguido leer la traducción francesa del ensayo en el volumen titulado *Problèmes d'économie politique et de statistique* (París, 1896), p. 153-171, y a ella se refieren mis citas.

dientes y descendientes como medida del tiempo. Este último sentido es el de la genealogía; en estadística, la duración de la generación es «la media de las diferencias de edad entre los *padres* y los hijos durante un período dado». Rümelin advierte que se refiere a los padres varones (*Väter*, *pères*), no a la media de padres y madres (*Eltern*, *parents*), y en cambio a los hijos e hijas, sin distinción de sexo. La consideración de las madres introduciría alteraciones en los cálculos. Por otra parte, todas sus ideas se refieren a las sociedades monógamas de los pueblos civilizados. En los países en que se dan una pubertad precoz, la poligamia y la esclavitud, los hijos de un mismo padre pueden llevarse cincuenta años, y no es posible seguir las generaciones—se entiende, tal como las entiende Rümelin.

La duración de una generación es, en términos estadísticos precisos, ésta: la edad media del matrimonio de los hombres más la mitad de la duración media de la fecundidad de los matrimonios. En rigor, hay que añadir un año a la edad de matrimonio (tiempo que suele transcurrir hasta el nacimiento del primer hijo) y restarlo del plazo de fecundidad.

Esta duración varía de unos países a otros. Rümelin obtiene los siguientes resultados:

Alemania	$30 + 1 + 11/2 = 36 \frac{1}{2}$
Inglaterra	$28 + 1 + 13/2 = 35 \frac{1}{2}$
Francia	$30 + 1 + 7/2 = 34 \frac{1}{2}$
Estados Unidos, Rusia, Australia...	$25 + 1 + 13/2 = 32 \frac{1}{2}$
Países de vida difícil.....	$34 + 1 + 8/2 = 39.$

Los pueblos jóvenes y en crecimiento tienen generaciones cortas; los pueblos viejos, complejos y de recursos limitados, generaciones largas. Esto tiene consecuencias importantes: si tomamos una vida de setenta años y la diferencia entre padres e hijos es de treinta y cinco o treinta y seis años, sólo pueden estar en presencia dos generaciones plenas; si se baja hasta veintiocho o treinta, hay lugar para dos generaciones y media; es decir, se llega a tener

abuelos hasta la adolescencia, y así se puede ver directamente la generación que se va.

Aparte de este interés estadístico y demográfico, Rümelin advierte en el concepto de generación un interés histórico: «Un siglo—escribe—tiene algo de imponente, de oscuro, que excede de nuestra medida natural. Una *generación*, o la diferencia de edad entre los padres y los hijos, nos es mucho más familiar e inteligible. La historia general parece aproximarse a nosotros y encadenarse mucho mejor cuando contamos cuántas veces hay que remontar el camino conocido del hijo al padre. La diferencia entre las ideas y las opiniones de los padres nos parece entonces relativamente más tenue, y como en un mismo matiz, simplemente más sombreado; y quedamos sorprendidos de que nos baste triplicar esa diferencia y generalizarla para remontar a Federico el Grande o a Voltaire, a Klopstock y a Lessing; y que septuplicándola nos encontremos trasladados a un sistema completamente distinto del equilibrio europeo, a los tiempos de Gustavo Adolfo, de Cromwell, de Richelieu y del Gran Elector. Sin embargo, nuestros antepasados en el 30° grado debían sacrificar aún caballos a *Thor* y a *Odín*; nuestros antepasados en el 60°, conducir sus rebaños por los parajes del *Asia superior*. La vida de la humanidad se transforma menos por revoluciones violentas y erupciones volcánicas que por la diferenciación sucesiva de las costumbres y las ideas en la serie de las generaciones; su encadenamiento y su progreso constituyen lo que llamamos la historia de la civilización» (56).

Rümelin no trasciende de la idea genealógica de la generación sino en la medida en que de los casos individuales recurre a los grandes números de la estadística; sólo en este sentido secundario e inesencial podría decirse que se mueve en el campo de la vida colectiva; con otras palabras, podemos decir que su estadística es

(56) *Notion et durée d'une génération*, en *Problèmes d'économie politique et de statistique*, p. 170-171.

una estadística de generaciones genealógicas, referidas, por tanto, en última instancia, a los individuos, siquiera sea a *muchos* individuos; y esto es decisivo. Lo más valioso de la doctrina de Rümelin es su clara conciencia de que la variación histórica es, ante todo, la variación normal de la serie de las generaciones, y su postulado de un método de investigación histórica que estudie precisamente esas mudanzas elementales y su concatenación a lo largo del tiempo.

Dilthey.

Con Wilhelm Dilthey (1833-1911) se inaugura un punto de vista nuevo sobre el problema de las generaciones. Comte inició su estudio desde la perspectiva de la realidad social; Dilthey tropieza con el concepto de generación en el curso de la exploración de su gran descubrimiento: la vida humana. Sus dos aportaciones son las más profundas del siglo XIX, y en cierto sentido han corrido la misma suerte: ser escasa y tardíamente utilizadas. La obra de Comte está por investigar e interpretar adecuadamente, a pesar de la enorme difusión del positivismo en el siglo XIX; sus ideas sobre las generaciones, aparte de su inmediata repercusión en Stuart Mill, rara vez han sido ni siquiera citadas. En cuanto a Dilthey, es notorio su desconocimiento hasta hace pocos años; si se lanza una mirada sobre la bibliografía diltheyana, se advierte que, salvo unos pocos estudios en torno a 1911, con ocasión de su muerte, sólo se concentran desde 1933; el motivo circunstancial fué el centenario; pero la razón profunda es que sólo hacia esa fecha llegó la filosofía a una altura desde la cual resultaba comprensible el alcance de la obra de Dilthey.

La idea de generación aparece en Dilthey en época relativamente temprana: de los treinta y dos años a los cuarenta y dos son los textos en que la va perfilando, sin llegar nunca a desarrollarla; pero todavía en uno de sus últimos escritos, el año antes de su muerte, se refiere a su vieja idea y enumera los momentos

en que la ha estudiado (57). El primer texto es de 1865: el ensayo sobre *Novalis* (58); poco después vuelve sobre el tema en 1867, en su lección inaugural de Basilea sobre *Die dichterische und philosophische Bewegung in Deutschland 1770-1800* (El movimiento poético y filosófico en Alemania de 1770 a 1800) (59); nuevamente en 1867-70, en *Das Leben Schleiermachers* (60); por último, con mayor rigor, en el trabajo *Über das Studium der Geschichte der Wissenschaften vom Menschen, der Gesellschaft und dem Staat* (Sobre el estudio de la historia de las ciencias del hombre, la sociedad y el Estado), de 1875 (61).

Dilthey emprende el estudio de Novalis con «la gran esperanza de poder aclarar en él algunos de los motivos más importantes de la concepción del mundo que se manifiesta en la generación que sigue a Goethe, a Kant y a Fichte» (62). «Las condiciones--agrega Dilthey--que influyen en la cultura intelectual de una generación son verdaderamente innumerables e ilimitadas. Permítasenos que las agrupemos en torno a dos factores. Aparece en primer lugar, en cierto modo, el patrimonio de la cultura intelectual con que esta generación se encuentra en la época en que comienza a formarse de un modo serio. Cuando la generación que se está formando se apodera del patrimonio espiritual acumulado y se esfuerza en remontarse sobre él, se halla ya bajo las influencias del segundo de los dos factores en torno a los cuales agrupamos aquellas condiciones: el de la vida circundante, el de

(57) *Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften* (1910), recogido en el vol. VII de *Gesammelte Schriften*.

(58) Se publicó por primera vez en los *Preussische Jahrbücher*; fué recogido en el tomo *Das Erlebnis und die Dichtung* (1905). Mis citas proceden de la traducción española en *Vida y poesía* (México, 1945), p. 339-402.

(59) Recogido en *Gesammelte Schriften*, vol. V.

(60) De la *Vida de Schleiermacher* sólo se publicó el tomo I.

(61) Se publicó en los *Philosophische Monatshefte*; recogido en *Gesammelte Schriften*, vol. V.

(62) *Novalis*, en *Vida y poesía*, p. 342.

las relaciones que forman la sociedad, el de los estados políticos y sociales, infinitamente diversos. Esto traza determinados límites a las posibilidades de progreso ulterior que ofrece de por sí toda generación precedente» (63). «Ahora bien—continúa Dilthey—, ¿qué método se sigue de aquí para el estudio de la cultura intelectual de una época? Lo único que podemos hacer es sugerirlo. *Un concepto extraordinariamente provechoso, del cual habría que tratar, ciertamente, más a fondo, es, para estos efectos, el de generación.* El caso más venturoso es aquel en que una de estas generaciones aparece tan bien deslindado, que puede decirse que se trata precisamente de su estudio. Tal es el caso ante el que nos encontramos ahora. A. G. Schlegel, Schleiermacher, Alejandro de Humboldt, Hegel, Novalis, Federico Schlegel, Hölderlin, Wackenroder, Tieck, Fries, Schelling: todos ellos revelan del modo más acusado, en el primer decenio de su aparición, la influencia de las condiciones bajo las cuales se criaron conjuntamente» (64).

Los nombres citados por Dilthey se agrupan cronológicamente en un tiempo muy breve, que no llega al decenio: A. G. Schlegel nace en 1767; Schleiermacher, en 1768; A. de Humboldt, en 1769; Hegel y Hölderlin, en 1770; Novalis y F. Schlegel, en 1772; Wackenroder, Tieck y Fries, en 1773; Schelling—y téngase presente su anormal precocidad—, en 1775. Esta concentración de fechas resulta especialmente favorable para Dilthey, porque, como veremos, no está en claro respecto a los límites de una generación ni al método para determinarlos.

«Sin embargo—observa más adelante—, entre estos hombres mediaban *extraordinarias diferencias* en cuanto a la posición que ocupaban con respecto a los elementos de la cultura intelectual... Teniendo en cuenta esta *completa heterogeneidad*, resulta extraordinariamente interesante el problema de saber cómo pudo crearse, en estas condiciones, *un círculo cerrado de hombres, una alian-*

(63) *Ibíd.*

(64) *Ibíd.*, p. 343.

za defensiva y ofensiva, una escuela» (65). Y después de mostrar «cuán poco apretada era la trama en que se entretejían los primeros hilos», agrega: «No sólo por la fuerza con que se sentían las divergencias de orientación existentes, sino además porque no mediaban entre aquellos hombres ninguna clase de relaciones cordiales en lo personal. Lo que los mantenía en cohesión eran las ventajas de una alianza defensivo-ofensiva contra las tendencias caducas, pero inmortales de los Nicolai, los Huber y los Schütz» (66).

En la lección de Basilea, Dilthey se sirve del concepto de generación, sin intentar explicarlo, para entender un período de historia espiritual alemana. Distingue tres generaciones. La primera está representada por Lessing (nacido en 1729); la segunda, por Goethe (nacido en 1749) y Schiller (1759); la tercera se divide en dos grupos: el de Berlín, representado por Schleiermacher (1768), Gentz (1764), Tieck (1773), Bernhardt; y el que tiene como núcleo principal a Schelling (1775) y Hegel (1770). Conviene retener las fechas. Dilthey emplea la metáfora de las olas para explicar la llegada de nuevas generaciones—*eine neue Welle trug die beiden Männer empor...*—; y es esencial la idea de la conexión de las generaciones, agregada por Dilthey a la mera caracterización de una, como en el caso de Novalis (67).

En 1875 llega Dilthey a una idea de la generación más precisa y completa. El transcurso de los movimientos espirituales, visto desde fuera, se puede ordenar en el sistema cronológico de horas, meses, años y decenios. Pero la unidad por medio de la cual representamos intuitivamente ese curso tiene que radicar en él mismo. A los segundos y minutos del reloj corresponde la medida interna del tiempo psíquico; a los decenios y siglos del transcurso histórico, la *vida humana* y la sucesión de sus *edades*. Una se-

(65) *Ibid.*, p. 358-359.

(66) *Ibid.*, p. 360.

(67) *Die dichterische und philosophische Bewegung in Deutschland 1770-1800* (G. S., V, p. 12-27).

gunda noción ordenada a la consideración temporal de la vida humana es la de *generación*. Dilthey advierte que anteriormente ha usado de este concepto, pero sin dejar traslucir por ninguna parte el sustrato de su exposición, fundado en su concepción filosófica de la historia (68). Se ve, pues, que—pese a la brevedad con que es tratada—la idea de generación no es ninguna ocurrencia de Dilthey, sino que responde a la estructura profunda de su pensamiento. ¿Qué es una generación? Dos sentidos distintos, aunque conexos, corresponden a esta palabra: 1) Un *espacio de tiempo*, una noción métrica interna de la vida humana. «Este espacio de tiempo va desde el nacimiento hasta aquel límite de edad en que por término medio se añade un nuevo anillo anual al árbol de la generación, y comprende, por tanto, unos treinta años. La historia intelectual de Europa desde Tales, el primer investigador científico cuyo nombre y méritos se han conservado, comprende sólo 84 generaciones; apenas estamos separados por 14 generaciones del último florecimiento de la Escolástica» (69). 2) «Generación es además una denominación para una *relación de contemporaneidad de individuos*; aquellos que en cierto modo crecieron juntos, es decir, tuvieron una infancia común, una juventud común, cuyo tiempo de fuerza viril coincidió parcialmente, los designamos como la misma generación. De aquí resulta luego la conexión de tales personas por una relación más profunda. Aquellos que en los años receptivos experimentan las mismas influencias rectoras constituyen juntos una generación. Entendida

(68) “Aber ich habe ja dort überhaupt den Untergrund meiner Darstellung, der in meiner philosophischen Ansicht der Geschichte liegt, nirgends durchscheinen lassen.” (*Über d. St. d. Gesch. d. Wiss. vom Menschen, d. Gesellschaft u. d. Staat*, G. S., V, p. 36.)

(69) “Dieser Zeitraum reicht von der Geburts- bis zu derjenigen Altersgrenze, an welcher durchschnittlich ein neuer Jahresring am Baum der Generation sich ansetzt, umfasst also etwa 30 Jahre. Die intellektuelle Geschichte Europas seit Thales, dem ersten wissenschaftlichen Forscher, dessen Name und Verdienst sich erhalten hat, umfasst nur 84 Generationen; wir sind von der letzten Blüte der Scholastik kaum durch 14 Generationen getrennt.” (*Ibid.*, p. 37.)

así, una generación constituye un estrecho círculo de individuos, que están ligados hasta formar un todo homogéneo por la dependencia de los mismos grandes hechos y variaciones que aparecieron en su época de receptividad, a pesar de la diversidad de otros factores agregados» (70).

Respecto al primero de estos dos sentidos, Dilthey permanece adscrito a la interpretación genealógica de la generación, y de ahí que fije su duración en treinta años; pero repárese—y por eso lo subrayé anteriormente—en que los ejemplos de generaciones concretas aducidas por Dilthey contradicen ese número: todos los nombres de la generación de Novalis se agrupan entre 1767 y 1775; y no parece probable que Dilthey se hubiese avenido a hacer entrar en ella hombres procedentes de todo un treintenio: ya que, por otra parte, dentro de ese plazo cabrían dos generaciones de las tres que distingue en la vida alemana de fines del siglo XVIII. Si bien sigue inercialmente en la idea recibida de la generación carnal, cuando piensa históricamente en generaciones concretas, que se le presentan como tales por su contenido, éstas responden a otro orden de duración.

En cuanto al segundo sentido, que es el más importante, conviene retener algunas notas: 1) aunque Dilthey emplea la palabra usual «contemporaneidad» (*Gleichzeitigkeit*), en rigor piensa en lo que Ortega llama, con exactitud conceptual, *coetaneidad*: se

(70) "Generation ist alsdann eine Bezeichnung für ein *Verhältnis der Gleichzeitigkeit von Individuen*; diejenigen, welche gewissermassen nebeneinander emporwuchsen d. h. ein gemeinsames Kindesalter hatten, ein gemeinsames Jünglingsalter, deren Zeitraum männlicher Kraft teilweise zusammenfiel, bezeichnen wir als dieselbe Generation. Hieraus ergibt sich dann die Verknüpfung solcher Personen durch ein tieferes Verhältnis. Diejenigen, die in den Jahren der Empfänglichkeit dieselben leitenden Einwirkungen erfahren, machen zusammen eine Generation aus. So gefasst, bildet eine Generation einen engeren Kreis von Individuen, welche durch Abhängigkeit von denselben grossen Tatsachen und Veränderungen, wie sie in dem Zeitalter ihrer Empfänglichkeit auftraten, trotz der Verschiedenheit hinzutretender Faktoren zu einem homogenen Ganzen verbunden sind." (Ibid., p. 37.)

trata de individuos que no sólo conviven en el mismo tiempo, sino que tienen una infancia común, una juventud común, es decir, *la misma edad*; 2) Dilthey advierte perspicazmente— aunque probablemente sin descubrir las razones de ello— que de esa comunidad se sigue una relación *más profunda*; 3) señala insistentemente una época de *receptividad* en la vida; 4) la idea de generación aparece como una determinación esencial de la vida humana y de la convivencia histórica. Pero junto a estos aciertos decisivos, que dan a estas páginas diltheyanas un valor impar en la historia del tema, hay que subrayar ciertas deficiencias racionales: 1) Dilthey esboza su teoría de la generación en términos de la *vida individual* y, a lo sumo, de la convivencia *interindividual*; se trata para él de ciertas vicisitudes que acontecen a los individuos, de ciertas relaciones o comunidades de éstos entre sí, como tales; 2) por esto entiende la generación como un estrecho círculo de individuos, en suma, como un grupo; cuando enumera los nombres ilustres que constituyen la generación de Novalis, no entiende que esos hombres *pertenecen* a dicha generación, sino que *son* esa generación; a veces, sin embargo, más acertadamente, habla de que algunos hombres «representan» una generación; pero esta idea no queda nunca formalmente pensada y enunciada; 3) de ahí la importancia que atribuye a los grandes hechos y variaciones que afectan a los individuos que han de constituir una generación, sin advertir que lo más grave es la estructura total de la sociedad en que se encuentran inmersos. La genial visión de Dilthey para la realidad que es la vida humana individual está aquí atenuada por su extraña incapacidad de comprensión de la vida colectiva; por eso no puede descubrir el *lugar* auténtico de las generaciones, y con ello se le escapa su realidad verdadera.

Ranké.

No deja de ser extraño que en esta serie de intentos de elaboración de una teoría de las generaciones, a pesar de tratarse de

un concepto historiográfico capital, no hayamos encontrado todavía ni un solo historiador de profesión. Ahora, por primera vez, vamos a topar con uno, ciertamente de los más grandes que ha habido: Leopold von Ranke (1795-1886). Los alemanes propenden en estos últimos decenios a hacer arrancar de Ranke la doctrina histórica de las generaciones: venios hasta qué punto es esto inexacto; las indicaciones de Ranke son bastante tardías; hay que añadir que son tan tenues, que literalmente apenas existen, y más bien se denuncian por su influjo personal en algunos discípulos que lo invocan; en especial, como veremos luego, Ottokar Lorenz.

El único texto—citado con frecuencia—en que aparece explícitamente en Ranke la idea de las generaciones es un párrafo de 1874, en el apéndice a la edición definitiva de su primer libro, de 1824, *Historia de los pueblos románicos y germánicos en los siglos XV y XVI* (71). Este famoso párrafo dice así: «Sería acaso una tarea presentar las generaciones, en cuanto es posible, unas tras otras, tales como se enlazan entre sí y se separan en el escenario de la historia universal. Habría que hacer justicia a cada una de ellas; se podría describir una serie de figuras brillantes, las que en cada generación guardan más estrechas relaciones y mediante cuyos antagonismos avanza la evolución del mundo: los acontecimientos corresponden a su naturaleza.» Esto es todo, o por lo menos casi todo. Ranke escribió millares de páginas de historia, en las cuales no habla para nada de generaciones. Únicamente he podido encontrar, buceando en ellas, algunas frases que aclaran el sentido de la segunda mitad del párrafo citado y que, por supuesto, sin él serían totalmente irrelevantes; su interés se reduce a descubrir en Ranke una preocupación subterránea y ya antigua por el tema. En la primera de unas conferencias pro-

(71) *Geschichte der romanischen und germanischen Völker im 15. und 16. Jahrhundert* (Sämtliche Werke, vol. 33, p. 323). La frase principal es: "Es wäre vielleicht überhaupt eine Aufgabe, die Generationen, soweit es möglich ist, nacheinander aufzuführen, wie sie auf dem Schauplatze der Weltgeschichte zusammengehören und sich voneinander sondern."

nunciadas por Ranke en Berchtesgaden, ante el rey Maximiliano II de Baviera, «Sobre las épocas de la historia moderna», en 1854, se encuentran estas mínimas alusiones: «En cada época de la humanidad se manifiesta una gran tendencia determinada, y el progreso estriba en que en cada período se presenta un cierto movimiento del espíritu humano, que suscita ya una, ya otra tendencia y se manifiesta propiamente en la misma. Pero si se quisiera admitir, en contradicción con la opinión aquí expresada, que el progreso consiste en que en cada época la vida de la humanidad se potencia más, que, por tanto, cada generación supera totalmente a la precedente, y por ende la última sería siempre la privilegiada, y las precedentes sólo los soportes de las siguientes, esto sería una injusticia de la Divinidad. Una generación tal, mediatizada, por decirlo así, no tendría una significación en sí y por sí misma; sólo significaría algo en la medida en que fuese el peldaño de la generación siguiente, y no estaría en relación inmediata con lo divino. Pero yo afirmo: toda época está inmediata a Dios, y su valor no se funda en lo que procede de ella, sino de su misma existencia, en su propia mismidad... La idea de la educación del género humano encierra, ciertamente, algo de verdad; pero *ante Dios todas las generaciones de la humanidad aparecen igualmente justificadas, y así tiene que considerar también las cosas el historiador...* Yo creo que *en cada generación la grandeza moral efectiva es igual que en cualquier otra, y que en la grandeza moral no hay ninguna potencia superior*» (72).

Los dos puntos del pensamiento de Ranke son: la idea de la defectuosidad de las divisiones tradicionales de la historia y la

(72) Ranke: *Über die Epochen der neueren Geschichte*. Vorträge dem Könige Maximilian II. von Bayern gehalten. Herausgegeben von Alfred Dove. En *Weltgeschichte*, Leipzig, 1910, IV, p. 529-531. Erster Vortrag (25-IX-1854). Las frases subrayadas por mí en el texto son: "Vor Gott erscheinen alle Generationen der Menschheit gleichberechtigt, und so muss auch der Historiker die Sache ansehen... Ich glaube, dass in jeder Generation die wirkliche moralische Grösse der in jeder anderen gleich ist, und dass es in der moralischen Grösse gar keine höhere Potenz giebt."

crítica del progresismo. Frente a la subordinación de cada época a la siguiente, que acaba por vaciar de contenido toda la historia, Ranke afirma la sustantividad de cada una de ellas; y su articulación real es la de las generaciones, que aparecen como sujetos de la historia, dotados de justificación y grandeza moral.

Pero es claro que Ranke toma la idea de generación sin precisión ninguna, en el vago sentido que esta voz tiene en el lenguaje. Sólo se conserva el testimonio de que, en conversaciones, dijo alguna vez que la generación es «expresión de ciertas ideas que actúan en la duración de la vida humana» (73). Tampoco hay la menor indicación de cómo podría hacerse esa exposición de la historia por generaciones, postulada en 1874. Ranke tuvo, pues, la vaga vislumbre de la realidad de las generaciones y su función en la historia, pero no sabía en rigor qué es una generación ni cómo se podía realizar su proyecto. Por esto, según refiere Lorenz, no quería hablar de ello, y eludía riendo el tema; Lorenz respondía que, como él tenía la piel más gruesa que su maestro, justamente una generación más, tendría que hablar del asunto. Se comprenden también las cautelas de Ranke ante los historiadores de oficio, que habían de acoger desfavorablemente la idea, como ocurrió, en efecto, cuando fué formulada más ampliamente por su discípulo. Ranke no quiso aventurar un pensamiento inmaturo y apenas incoado, que con dificultad podría formular, y que había de suscitar la hostilidad de sus colegas y comprometer su enorme prestigio. Por lo demás, tampoco podría esperarse, por razones teóricas, que Ranke hubiese logrado llegar a una comprensión conceptualmente suficiente; la doctrina del propio Lorenz lo confirma; pero su fabuloso conocimiento del material histórico y su probidad hubieran podido ser muy fértiles para la constitución de la componente empírica de la teoría.

(73) "Ausdruck für gewisse im Menschenalter wirksame Ideen."

Lorenz.

Ottokar Lorenz (1832-1907), casi exactamente coetáneo de Dilthey, planteó con mayor amplitud que Ranke, aunque partiendo de él, el problema de las generaciones, en una obra metodológica en dos volúmenes: *Die Geschichtswissenschaft in Hauptrichtungen und Aufgaben kritisch erörtert* (Berlín, 1886) y *Leopold von Ranke, die Generationslehre und der Geschichtsunterricht* (Berlín, 1891) (74). En los dos tomos, con mayor detenimiento en el segundo, el historiador austriaco expone sus ideas sobre el tema, mezcladas con otras distintas, que han hecho desmerecer excesivamente su aportación.

Lorenz invoca dos fuentes de su doctrina: Ranke y Ribot. Este, en su libro *L'hérédité psychologique* (1872) había llamado la atención sobre el papel de la herencia en la historia y sobre la transmisión hereditaria del carácter nacional de unas generaciones a otras. Por otra parte, Lorenz se sintió atraído por las investigaciones genealógicas, y hasta llegó a escribir un *Lehrbuch der Genealogie* (1898). Al hacer la crítica de las divisiones tradicionales de la historia, Lorenz observa que se suele hablar de los acontecimientos olvidando su soporte real, que son los hombres. Los acontecimientos son actos, y hay que representarse a sus autores y las condiciones en que se han realizado. Frente al procedimiento habitual de trazar *a priori* grandes divisiones que luego se intenta subdividir, propone el método contrario: partir de las agrupaciones elementales, ir las reuniendo en períodos mayores, hasta llegar a las grandes divisiones de la historia. Hay que reivindicar la historia de hombres frente a la historia de ideas. Sólo puede

(74) No he podido conseguir esta obra, y por una vez mis referencias son indirectas. Se encuentran diversas menciones de las ideas de Lorenz en varios libros; pero sólo he hallado una exposición suficiente en el capítulo que le dedica Mentré (*Les générations sociales*, p. 139-174), que me ha servido de principal fuente de información.

conseguirse esa historia mediante la genealogía: el hombre histórico es un producto de su genealogía en relación con la masa de sus contemporáneos. De esta disciplina, verdadero fundamento de la historia, se derivan la historia de las ideas, la de los hombres y la de las instituciones. Ahora bien, lo que se obtiene por lo pronto es una serie de genealogías individuales; la generalización de esa ley permite fundar una doctrina de las generaciones.

Habría que probar la concordancia de la evolución histórica con la evolución genealógica. En un siglo se dan tres generaciones que están en relación real y se transmiten sus experiencias de modo directo; por ello las tres generaciones constituyen una unidad histórica espiritual. La evolución histórica tiene como base sucesiones reales de generaciones. Hay generaciones *vigorosas*, que realizan cambios profundos. Y la misión del historiador es doble: 1) determinar las personas que pueden dar su nombre a las generaciones; 2) desarrollar la serie de las generaciones que se han sucedido desde una generación inicial. Para ello se pueden utilizar los retratos y los árboles genealógicos; el problema consiste en hacer agrupaciones de contemporáneos y separar las diferentes generaciones. En cuanto al punto de partida, no es necesario y encierra alguna arbitrariedad, pero no carece de justificación. Ranke gustaba de partir de 1515, de las luchas entre Carlos V y Francisco I; Lorenz lo imita.

Pero luego, influido por Scherer, Lorenz se lanza a agrupaciones mayores, en períodos de trescientos y seiscientos años, y aquí los cálculos—en rigor independientes de su idea germinal—son absolutamente gratuitos e inconsistentes.

Lorenz resume sus conclusiones en cuatro resultados:

- 1.º La medida objetiva de todos los acontecimientos históricos es el siglo.
- 2.º El siglo es la expresión de la conexión material y espiritual de tres generaciones de hombres.
- 3.º Es una unidad de medida demasiado pequeña para las series largas de acontecimientos.

4.º Inmediatamente después vienen los períodos de trescientos o de seiscientos años.

Lorenz no dice formalmente lo que es una generación; subrayando que se trata de una definición *provisional*, da ésta: «la suma de los hombres que en el período de un tercio de siglo actúan conjuntamente en Occidente» (75). Esto descubre su inmadurez conceptual: se plantea el problema en términos genealógicos, y por eso la generación se interpreta como una suma de individuos; se toma la duración de treinta o treinta y tres años, tradicional en la genealogía; no se determina en absoluto cuál es ese tercio de siglo, o cuál es la serie de los tercios sucesivos; parece, por último, arbitraria la restricción a Occidente, y esto se enlaza con ciertas objeciones que le fueron hechas.

Las principales son las de Bernheim: *Lehrbuch der historischen Methode* (3.ª y 4.ª ed.). Animado por una previa hostilidad a toda división absoluta de la historia, Bernheim insiste sobre todo en los grandes períodos, que le parecen injustificados, puro cubileteo de cifras, como parecerían pura cábala a Troeltsch; pero ya hemos visto que los grandes períodos no son lo único ni lo esencial en la doctrina de Lorenz. Las objeciones de Bernheim son, sobre todo: 1) Si la ley de las generaciones es una ley histórica, tiene que ser universal; como Lorenz la restringe a los pueblos monógamos, o sólo éstos pertenecen a la historia, o la ley no es histórica. 2) Lorenz se basa en la herencia, y llama *resto* a lo que no se explica por la herencia; se admite, pues, la novedad creadora desconocida del individuo (76). Ahora bien, o los impulsos individuales apenas tienen influencia sobre la marcha de los acontecimientos, o la teoría de las generaciones no es un principio general de división histórica. Tanto la doctrina de Lorenz como los ataques de Bernheim se resienten de la falsedad de sus supuestos comunes y de su desconocimiento del lugar «on-

(75) "Die Summe der Menschen, die im Zeitraum eines Drittel-Jahrhunderts gemeinsam im Abendlande wirken."

(76) "Das neue unbekannte Schöpferische im Individuum."

tológico» y el tipo de realidad de las generaciones, lo cual resultará claro más adelante.

Jastrow ha objetado la continuidad de los nacimientos y, por tanto, el entrelazamiento indefinido de las generaciones. A esto responde Lorenz aceptando también, en el fondo, el supuesto de la objeción—que las generaciones consistan primariamente en individuos que van naciendo en todo instante—: se pregunta, en efecto, si al tomar un punto de partida tiene derecho a omitir los millones de generaciones reales yuxtapuestas y reducirlas a una; pero advierte que una generación no se distingue de otra por su fecha matemática, sino por la llegada y la desaparición de las ideas y los designios de los hombres.

A pesar de estas oscuridades, Lorenz tenía gran confianza en la doctrina de las generaciones: «Dentro de cincuenta años —dice—cualquier muchacho de la escuela manejará esta medida (el cálculo de las generaciones) tan corrientemente como hoy opera con el metro» (77). Esta esperanza—observa irónicamente Petersen—sólo se ha cumplido hasta ahora en el caso de su hijo Alfred Lorenz, que ha escrito una historia de la música según el ritmo de las generaciones (78). Pero no advierte que, si bien es cierto que la esperanza de Lorenz era excesiva, por la inconsistencia teórica de su idea de generación, y algo semejante acontece con la suya propia, esto no implica infertilidad de la teoría de las generaciones, una vez descubierta y formulada.

Balance del siglo.

Estas son las etapas iniciales del tema de las generaciones en el siglo XIX; pocas, pero no tanto como suele creerse. Al llegar

(77) "Im 50 Jahren wird jeder Schulknabe mit diesem Massstab (die Generationsrechnung) ebenso geläufig umgehen, wie er heute mit dem Meter verfährt."

(78) Alfred Lorenz: *Abendländische Musikgeschichte im Rhythmus der Generationen* (Berlín, 1928).

aquí, tenemos que preguntarnos por los primeros hombres que han estudiado científicamente el problema e intentar un balance de lo que el siglo XIX sabía acerca de él. Eran hombres agudos, ingeniosos, llenos de interés intelectual en el peor de los casos, de esa forma deficiente, pero no desdeñable, que es la curiosidad. Hay una esencial diferencia entre ir a los problemas por necesidades teóricas o por encontrárselos al manejar la realidad, e ir a esos mismos problemas porque están de moda o porque se habla de ellos. Cuando examinemos los intentos que se han hecho en nuestro siglo por dominar este tema, encontraremos con demasiada frecuencia, en lugar del impulso original y fresco de hace ochenta o cien años, frivolidad y falta de fruición intelectual, que traen consigo carencia de información y, sobre todo, de rigor en los conceptos.

¿Qué sabía el siglo XIX acerca de las generaciones? Para decirlo en pocas palabras, esto:

1) El mecanismo de la variación histórica por generaciones (Comte). La influencia de la componente biológica —longevidad— por su repercusión sobre la estructura de la sociedad y el ritmo de la conservación y la innovación.

2) La idea de las generaciones como «equipos humanos que toman posesión de la sociedad» (Mill). La historicidad de la generación; el carácter *total* de cada una de ellas (*consensus*) como forma de vida. La determinación histórica y no biológica, ni simplemente sociológica estática, del *contenido* de cada generación (también Mill).

3) La duración de la generación como período de quince años, hallada empíricamente (Soulavie, Dromel, Benloew). La ausencia de una teoría concerniente a este punto y de una experiencia suficiente (Comte, Mill) o las teorías parciales (Lorenz, el propio Dilthey) llevan a la idea tradicional de los treinta años. En Dilthey, esta idea recibida de la genealogía está en discordancia con la cronología de los ejemplos concretos.

4) Un bosquejo de la *estructura* de la generación (Dilthey), como determinación esencial de la vida humana y de la convivencia.

Pero nunca entendemos bien la significación de lo que se sabe, si no lo hacemos recortarse sobre el fondo de lo que se ignora y así situarse en una perspectiva justa. Tenemos que preguntarnos ahora, por tanto, qué es lo que sobre este tema *no sabía* el siglo XIX. Y ante todo hay que responder, paradójicamente:

1) Eso mismo que acabo de decir que sabía. Porque, en efecto, eso que he resumido en pocas líneas y antes expuse con mayor precisión no lo sabía *nadie*. Los primeros teóricos de la generación—y más de la cuenta, por cierto, los posteriores—se han ignorado mutuamente. Nadie, pues, ha acumulado en el siglo XIX los saberes dispersos que unos y otros han ido conquistando. Para reducir esto a su expresión mínima, basta pensar que son independientes las dos ideas más valiosas de la generación: la que la interpreta desde la sociedad (Comte-Mill) y la que entiende desde la idea de la vida humana (Dilthey).

2) El «lugar» de las generaciones. Salvo Dromel y Ferrari, todos caen en el error genealógico; y éstos tampoco tienen claridad sobre el problema, y reducen la generación a la vida política.

3) La realidad de la generación. Se la confunde con la realidad de los individuos o con ciertas determinaciones estadísticas. Falta la idea de *vigencia*, que es, como veremos, decisiva.

4) La relación dinámica entre masas y minorías.

5) La relación contemporaneidad-coetaneidad y la articulación efectiva de las generaciones.

En suma, no hay ni puede haber en el siglo XIX una teoría de las generaciones, porque no hay en él una teoría de la vida histórica y social, que es justamente el «lugar» de ellas. Sólo ha habido anticipaciones parciales, en la medida en que, sin una idea suficiente de la vida humana, pudo construir Comte la teoría de la sociedad, o Dilthey descubrió la idea de la vida, pese a su extraña

incapacidad para comprender la vida colectiva. La teoría de las generaciones, dando su sentido plenario a la palabra teoría, no era posible todavía; y hay que decir que su existencia ha coincidido con su primera posibilidad.

III

LA TEORÍA DE ORTEGA

HEMOS visto cómo en el siglo XIX no hubo ni pudo haber una teoría de las generaciones en el pleno rigor del término. Era menester que la filosofía diese algunos pasos decisivos para poseer sus supuestos, y esto sólo ha acontecido dentro del siglo actual. Y tan pronto como esa teoría ha sido realmente posible, ha sido formulada, sin hacerse esperar tal vez un solo año; este carácter, extrañamente precoz, de la teoría de las generaciones nos hace pensar en su necesidad: la temprana germinación de las ideas suele ser indicio de que son imperiosamente requeridas por una situación intelectual y, en general, histórica.

La primera teoría de las generaciones que ha existido es la de Ortega. Pero sería un error creer que Ortega tiene una doctrina acerca de las generaciones, independiente y autónoma, como unidad intelectual aislada, que se puede tomar o dejar. Esa doctrina tuvo que arrancar de una teoría general de la realidad histórica y social, y a su vez es una pieza indispensable de ella; y esta teoría radica en una concepción sistemática de la realidad como tal, o, dicho con otras palabras, en una metafísica. Conviene no olvidar que el filósofo no tiene en rigor «ideas», menos «ocurrencias»; lo que se suele entender así no son sino ingredientes o momentos de una totalidad sistemática superior, con la cual están en conexión estricta y necesaria. Y la filosofía de Ortega es especialmente sistemática, porque este carácter no se debe en ella a un propósito

voluntario, sino a que le es esencial el descubrimiento de que la realidad, ella, es sistemática. A esta altura de los tiempos, el filósofo es el sistemático *malgré lui*.

No se puede exponer, por tanto, aisladamente la teoría orteguiana de las generaciones. Y cuando se piensa que se la ha solido presentar así, desligada de sus supuestos, en los detalles de su contenido interno, acomete cierta extrañeza porque ello revela algunos curiosos hábitos intelectuales de nuestra época. Conviene recordar que la primera formulación madura y explícita de la teoría de las generaciones es el capítulo primero, que lleva por título «La idea de las generaciones», de *El tema de nuestro tiempo*, que es, a su vez, la primera exposición formal de su filosofía. ¿Cómo es posible entonces no caer en la cuenta desde luego de que esa doctrina es un ingrediente capital de su sistema filosófico? ¿Es que se puede pensar que ese primer capítulo está ahí porque sí, por puro azar, o por haberse barajado las cuartillas del manuscrito?

Es inexcusable, pues, referirse aquí a la filosofía de Ortega; pero no es pertinente ni posible exponerla en detalle, sino sólo en la medida en que de ella se deriva la teoría de la vida histórica y social; y de ésta sólo habrá que ocuparse en cuanto muestra el lugar en que se aloja la teoría concreta de las generaciones, su localización en el mapa intelectual de la realidad. Será menester, por tanto, trazar apresuradamente y en esbozo un mapa abreviado y con escasos detalles, para dibujar después, ya señalado su lugar preciso, la carta minuciosa de nuestra tierra prometida (1).

(1) En otros libros he expuesto con mayor detención las líneas generales de la filosofía de Ortega, y el lector deseoso de mayores precisiones puede consultarlos. Se encontrará una breve exposición de conjunto en mi *Historia de la Filosofía* (4.^a ed., Madrid, 1948), p. 403-421; el estudio «Vida y razón en la filosofía de Ortega», en el volumen *Filosofía española actual* (Colección Austral, Buenos Aires, 1948), p. 73-121; sobre todo, puede verse *Ortega y la idea de la razón vital* (Madrid, 1948).

Los fundamentos metafísicos.

La innovación filosófica de Ortega es de un orden de magnitud muy preciso, nada indiferente para la posibilidad de una teoría de las generaciones. Toda metafísica es una cierta idea de la realidad, y cada una de ellas se ha distinguido de las demás por descubrir y explorar una realidad nueva o considerarla en una nueva perspectiva, que pone de manifiesto una dimensión inédita de ella. Pero hay algunos momentos de la historia en que se hace menester una mudanza mayor: no basta con integrar la visión de la realidad que se tenía antes con la de otras porciones o aspectos de ella, hasta ahora desatendidos o ignorados, sino que se hace cuestionable el sentido mismo de la realidad; es decir, el problema no es tanto saber cuáles son las realidades primarias o más importantes, sino algo más grave: sean éstas las que se quiera, saber qué es realidad, qué significa *ser realidad*. Cuando esto ocurre, la filosofía experimenta una inflexión decisiva e inicia una de sus etapas, una de las grandes articulaciones de su historia.

No se trata, por lo pronto, de una valoración, sino de una determinación real, de una localización histórica. Porque hay que advertir que esas inflexiones no se deben simplemente a la genialidad filosófica, aunque ésta sea necesaria para ejecutarlas, sino que son exigidas y postuladas por la situación a que el hombre ha llegado, y por eso las preludia, anuncia o intenta la época entera. Por otra parte, no siempre se logra realizar con plenitud y madurez filosófica la nueva idea que en cierto momento ha irrumpido en el área histórica, suscitada por un cambio de situación; imagínese hasta qué punto aguarda todavía su elaboración filosófica adecuada y con ello el alumbramiento de sus posibilidades intelectuales la idea de la realidad descubierta dentro de la situación definida por el cristianismo, apenas desplegada libre y

auténticamente, sin interferencias perturbadoras, en tantos siglos.

Pues bien, Ortega se encuentra en el centro mismo de una de esas inflexiones; y, dejando de lado el problema de hasta dónde logre llevar la nueva idea de la realidad—en rigor se trata de la tarea de varias generaciones, y la decisión de su fecundidad corresponde al futuro—, es claro que a él se debe su descubrimiento inequívoco y riguroso.

La realidad radical, aquella en que radican o arraigan todas las demás, sean ellas las que quieran, estén en ella o fuera de ella, o en ninguna parte, es nuestra vida. El realismo y el idealismo, en rigor, partían de una común idea de la realidad, y sólo se oponían respecto a la prioridad de unas realidades respecto de otras. Ser realidad era, para uno y otro, *ser cosa*, ya fuese la realidad primaria lo que llamamos «las cosas» o *res*, ya lo fuese esa cosa que es el *yo* como *res cogitans*. Al decir que la realidad radical no es ni las cosas ni *yo*, sino la vida, Ortega no propone una tercera cosa, sino algo que *no es cosa*; dicho con otras palabras, trasciende de la idea de realidad que era supuesto común del realismo y el idealismo, para remitirse a un nuevo sentido de la expresión «ser real».

Decir que la realidad radical es nuestra vida, la de cada cual, puede parecer una teoría; pero justamente eso es lo que no es: no una teoría, ni verdadera ni falsa, sino una simple constatación. Porque la vida es aquello con que nos encontramos, queramos o no, cuando suprimimos todas las teorías. *Vivir es lo que hacemos y lo que nos pasa*. No se trata de teoría alguna, sino de señalar con el dedo la realidad tal como la encuentro.

¿Qué es lo que encuentro? Me encuentro a mí mismo con las cosas, rodeado por ellas; yo y las cosas alrededor; y si latinizamos esto, podemos decir que la vida es yo y mi circunstancia. ¿Se trata, entonces, de una suma de dos sumandos, yo y las cosas? No, porque lo primario es la vida, eso que estoy haciendo con las cosas. Vivir es estar afanándose continuamente con las cosas, tener que estar haciendo, inexorablemente, algo con ellas; y eso que

hago es precisamente mi vida. *La vida me es dada, pero no me es dada hecha*. Me he encontrado viviendo un buen día, sin que se me haya consultado, y tengo que estar haciendo algo continuamente—una u otra cosa—para vivir. La vida se me presenta como un quehacer ineludible; lo decisivo no es ni las cosas ni el yo que son ingredientes parciales y abstractos de mi vida—, sino lo que yo *hago* con ellas, el drama con personaje, argumento y escenario que llamo *mi vida*.

Este quehacer me viene impuesto por la circunstancia, que significa un repertorio de facilidades y dificultades, fuente de mis posibilidades a la vez que una gigantesca limitación. Pero la circunstancia no decide ni define mi vida, aunque la limite; soy yo el que tengo que decidir en cada instante hacer una cosa u otra, entre las que me ofrece el teclado de mis posibilidades. Para ello necesito un *proyecto vital*, una imagen más o menos vaga del argumento de mi vida, una pretensión que como tal me constituye, y eso es lo que hace que en cada momento elija una de entre mis posibilidades y posponga otras. Esto quiere decir que en cada instante, para decidirme, para poder vivir, tengo que justificar—por lo pronto ante mí mismo—por qué hago una cosa y no otra. La vida es constitutiva responsabilidad, es intrínsecamente moral. La moral no es un barniz o añadido lujoso o conveniente de la vida, sino su condición inexorable. Cada acto, y con ello la vida entera, es forzosamente moral—se entiende, moral o inmoral—. Y el hombre es *forzosamente libre*, porque no puedo dejar de elegir y decidir en todo momento, y nadie puede hacerlo por mí; para lo único que el hombre no tiene libertad es para dejar de ser libre, para renunciar a ella.

Si la vida humana no es ninguna cosa, ni cosa material como las del mundo físico, ni cosa pensante, ni tampoco esa cuasi-cosa o quiscosa que son las ideas, se trata de una realidad peculiar y distinta. Mientras las cosas tienen un ser ya dado y fijo, la vida humana está por hacer, y el hombre tiene no sólo que realizarla, sino que imaginarla o inventarla previamente, porque vivir es,

como suele decir Ortega, faena poética. El hombre es una realidad plástica, de una plasticidad que no excluye limitación, pero que—sobre todo si se toma el hombre en general, no un hombre determinado—es indefinida. El hombre no puede ser «cualquier cosa», ciertamente; pero tiene él que imaginar y decidir lo que va a ser. La cosa es más grave de lo que parece. El hombre está determinado, en cierto sentido, por lo que se llama su «naturaleza»: es un animal terrestre, de ciertas proporciones, que respira por pulmones, sujeto, en suma, a sus condiciones biológicas, y no puede rebasarlas; no puede, por ejemplo—se dirá—tener el tamaño de los microbios o diez kilómetros de altura. Pero ¿es esto estrictamente verdad? Porque ser de la magnitud de las bacterias quiere decir poder operar en ese orden de magnitudes, y el hombre lo ha conseguido, simplemente, inventando el microscopio electrónico; y mediante los aviones estratosféricos multiplica por diez mil su estatura y supera, del modo más real y eficaz, sus limitaciones biológicas. He recordado antes que Comte hablaba, en un rincón desatendido de su obra, de la «teoría positiva de la modificabilidad social», que él postulaba, adivinando apenas su profundo sentido; y ya es tiempo de encontrar la genial hondura de esa idea.

Esa vida humana, de tan singular plasticidad, es el lugar o área en que la realidad como tal se constituye. Es realidad lo que se da de algún modo en mi vida, aunque sea en la forma concreta de exceder y trascender de ella y aun de ser causa suya; en mi vida se constituye el carácter de ser real, la *realitas* de eso que es real y tal vez la trasciende omnímodamente, o bien esa forma peculiar de realidad que es la irrealidad de los imposibles, el círculo cuadrado o el color inextenso; que también «radican» en mi vida sin *estar* en ella, porque no están en absoluto en ninguna parte.

Cuando en el siglo XIX algunos hombres empezaron a tener vislumbres de esa realidad inestable y cambiante que es la vida humana, sintieron que perdían pie, y que el instrumento con que hasta entonces se habían conocido las cosas—la razón—resultaba

inhábil. Es la iniciación del irracionalismo, que desde Kierkegaard cruza soterrado todo el siglo y florece en sus últimos decenios y los primeros años del nuestro: William James, Bergson, Unamuno, Spengler. La inteligencia—dicen estos hombres con distintas palabras—no comprende la vida; lo vivo, lo inestable y moviente, es inasible por la razón, que fija y solidifica cuanto toca. La aceptación de la realidad concreta de la vida humana o existencia obliga a caer en el irracionalismo. Pero esto—no se olvide—se piensa con plenitud entre 1880 y 1910; no es una filosofía de actualidad; y cuando el existencialismo, en su máxima parte, recae en la actitud irracionalista, no hace sino repetir lo que otros pensaron hace ya muchos años, forzados por una situación que no es la nuestra; de otro lado, lo que se suele oponer hoy a esta filosofía es un racionalismo que por su imposibilidad e insuficiencia suscitó aquel irracionalismo del siglo pasado; es decir, se le enfrenta precisamente su causa, lo que le dió—con parcial justificación—su origen. Sólo hoy, y por esta vez en España primero, estamos más allá del irracionalismo y de los supuestos que lo hicieron posible.

Lo que se entendía por razón en el último tercio del siglo pasado era la razón abstracta o pura, que pretende ver las cosas en esencial inmutabilidad, *sub specie aeterni*. Pero la vida es continua fluencia, sustancial variación, se va haciendo en cada instante, y en dos de ellos es distinta. ¿Cómo es posible conocerla? Frente a la razón abstracta o pura, de tan grandes éxitos en la matemática y en la física como esencial fracaso en las ciencias del hombre, cabe pensar en la *razón vital* o viviente, que es fiel a la perspectiva en que se encuentra el hombre en cada instante y dócil a la movilidad constitutiva de la vida. Esta razón no pretende usurpar el punto de vista de Dios, única realidad eterna. Cuando este adjetivo eterno se prodiga y se aplica a troche y moche a cualquier cosa, en lugar de reservarlo con toda gravedad para calificar la misteriosa realidad de Dios, se comete una frivolidad y una irreverencia, tan dañosas para la comprensión de

las cosas a que se atribuye gratuitamente la eternidad como para la idea de la Divinidad misma.

«La razón vital—he escrito en otro lugar (2), y prefiero reproducir aquí mis palabras—es *la vida misma, una y misma cosa con vivir*. ¿Qué significa esto? Su sentido se revela si consideramos esta otra frase: *vivir es no tener más remedio que razonar ante la inexorable circunstancia*. Como la vida no está hecha, sino por hacer, y en cada momento tenemos que elegir entre las posibilidades que nuestra situación nos ofrece, necesitamos hacernos cargo de ésta en su integridad; y esto es razón. El hombre, pues, por no tener un ser ya hecho, no puede vivir sin orientarse, es decir, sin pensar, sin razonar. La vida es, en su misma sustancia, razón. Pero vistas las cosas por el otro lado, entender es saber a qué atenerse respecto a la situación en que se está; es decir, algo es entendido cuando funciona dentro de mi vida en su concreción circunstancial. Por tanto, la razón—el órgano de comprensión de la realidad—no es otra cosa que la vida. Esto es lo que quiere decir razón vital: la razón de la vida; con más precisión aún, la razón que es la vida. La expresión *razón viviente*, usada también por Ortega, aclara más esta radical complicación de la razón y la vida humana. Es la vida en su efectivo movimiento, en su vivir biográfico, la que hace entender, la que da razón.» No se piense sólo, ni especialmente, en cosas demasiado complicadas. Entender lo que es la más mínima y humilde realidad, por ejemplo, la de lo que solemos llamar «un vaso de agua», es hacerla funcionar dentro de mi vida, como un algo sobre el que pueden recaer diversos actos míos, que le hacen asumir distintas funciones y, por tanto, realidades. Llamo un vaso a ese algo, porque lo que suelo hacer es beber en él; pero podría ponerlo en el platillo de una balanza y convertirlo en pesa, arrojarlo a la cabeza de un enemigo y trocarlo en proyectil, venderlo y conferirle un

(2) Ortega y la idea de la razón vital, p. 47.

ser de mercancía, romperlo y servirme de sus trozos como de un instrumento cortante, o tal vez profetizar el porvenir buscándolo en sus reflejos, como solía hacer el conde de Cagliostro. De esa realidad aparentemente única que llamábamos—con alguna precipitación, ¿no es cierto?—«un vaso de agua» han empezado a proliferar otras muchas, sólo inteligibles en la medida en que da razón de ellas mi vida.

Sólo se entiende algo humano cuando se cuenta una historia, cuando se sabe lo que ha pasado, lo que un hombre hizo antes en vista de su circunstancia y su proyecto vital. Pero como el hombre no es un ente aislado, sino que vive en sociedad, y ésta es histórica, en cada acto humano gravita la historia entera. Hay que apelar, pues, a la historia en su integridad, que nos ha pasado a cada uno de nosotros: la forma concreta de la razón vital es la *razón histórica*. Pero adviértase que esta razón histórica y vital no es una forma *particular* de la razón, sino más bien al contrario: la razón sin más y sin adjetivos, la razón en su sentido pleno, frente a las particularizaciones y simplificaciones abstractas de la razón, que se suelen confundir con ella, porque son las únicas de que hasta ahora se ha hecho teoría. Para entender las realidades matemáticas o físicas, que no son realidades en sentido riguroso, puede bastar la razón abstracta—pura, físico-matemática, geométrica o como quiera llamársele—; pero para vivir no sirve; para vivir hace falta una razón superior y más compleja: la razón vital, o, si se quiere, la razón histórica.

Se trata, pues, de una razón *narrativa*. Pero hay que advertir que el relato concreto supone una analítica abstracta; no se puede entender la vida humana o la historia en su concreción real sin su componente *irreal* y *a priori* que es la analítica o teoría abstracta de la vida, cuyas tesis son universales y necesarias, pero sólo adquieren carácter real al circunstancializarse. Es decir, tienen carácter *funcional*, son *leere Stellen* o «lugares vacíos», destinados a «llenarse», a adquirir impleción significativa con su concreción circunstancial e histórica. Más adelante veremos cómo

se explicita esta indicación metódica en el caso particular de la teoría de las generaciones (3).

La vida histórica y social.

La vida humana, en su sentido primario y pleno, es siempre la vida individual, es *mi vida*, o la tuya, o la de aquél. Pero en mi vida, como ingredientes de ella, encuentro a los otros. Vivir es algo que acontece en la forma de la *convivencia*, la cual es previa a sus dos posibilidades: presencia o compañía y ausencia o soledad; porque la soledad es soledad... de los otros.

Pero aquí empiezan los problemas. Los sociólogos han pretendido hacer la teoría de la vida social o colectiva, y la han contrapuesto a la vida individual. Aun los más agudos han pensado que para que haya sociedad basta con que haya convivencia de varios individuos. Habría, pues, de un lado, lo individual; de otro, lo social o colectivo. Pero han pasado por algo muy importante, puesto de relieve, por primera vez, por Ortega, y que es el punto en que se originan todas las confusiones que han esterilizado el por demás admirable esfuerzo de los sociólogos contemporáneos: lo *interindividual*, las relaciones de *varios* individuos, pero como tales *individuos*. Mientras no hay más que individuos *como tales*, aunque haya muchos, no hay más que vida individual y relaciones interindividuales, pero por ninguna parte aparece la realidad de lo social o colectivo. Por otra parte, se ha solido interpretar la sociedad como *asociación*, como algo consecutivo a la existencia previa de los individuos, como resultado voluntario de acciones de éstos, sin advertir que las verdaderas sociedades son algo que *está ahí*, con lo que se encuentra el individuo, aparte de su voluntad y de todo acto concreto de asociación. Para Simmel, «la sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca...; esta acción recíproca se produce

(3) Sobre todos estos problemas puede consultarse mi *Introducción a la Filosofía*, en especial el capítulo V, "La razón", p. 173-221.

siempre por determinados instintos o para determinados fines» (4). Lo cual implica que los individuos preexisten a la sociedad; que estos individuos, en virtud de una actividad suya, «entran» en sociedad; que hace falta esa acción individual para que haya sociedad, y que esa acción basta para que exista; que la sociedad, por último, supone una «finalidad», ya sea instintiva o deliberadamente querida. Para Weber, por su parte, «la acción social... se orienta por las acciones de otros... Los «otros» pueden ser individualizados y conocidos o una pluralidad de individuos indeterminados y completamente desconocidos» (5). Es decir, para Weber también basta, para que haya sociedad, con la interacción orientada en la conducta recíproca de los individuos; y excluye formalmente la distinción entre lo interindividual y lo social, que palpa para confundir al punto ambas cosas.

Lo interindividual, pues, no se identifica con lo individual *sensu stricto*, pero menos con lo social. Hay que distinguir tres momentos y no sólo dos: el individuo—los individuos—la sociedad. Lo social se manifiesta en forma de *usos*: lo que se dice, lo que se cree, lo que se hace. Es decir, lo que dice, cree o hace *la gente*, cualquiera, por consiguiente, nadie determinado, ningún individuo como tal individuo personal. La sociedad es impersonal; sus contenidos se imponen a sus miembros individuales, aparte de la voluntad o la opinión concreta de éstos; y el motivo de las acciones sociales no se encuentra en los individuos, sino en la automática eficacia de lo social, en el sistema de represalias que la sociedad aplica a los que faltan a sus usos. Nadie saluda, se viste de un cierto modo, se alimenta según cierto esquema fijo porque opine personalmente que se debe hacer así, sino porque es lo que *se hace*. Y como la pertenencia a la sociedad no es voluntaria, sino que cada hombre se encuentra en ella, quiera o no, y no puede uno darse de alta y de baja en España, o en su familia,

(4) *Sociología* (trad. esp. Revista de Occidente, Madrid, 1926), I, p. 15.

(5) *Economía y sociedad* (trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1944), I, p. 4.

como en una asociación de pescadores o de ajedrecistas, el hombre se encuentra decisivamente afectado y condicionado por el repertorio de usos sociales que le constriñen, oprimen, regulan su conducta y a la vez le dan resuelta y decidida, en virtud de un mecanismo automático, una enorme porción de su vida. Por otra parte, lo que llamamos sociedad no es una realidad estática, ni siquiera estable, sino una dinámica resultante problemática de los impulsos de sociedad y los de disociación.

La idea decisiva es la de *vigencia*, que veremos reaparecer muchas veces en este libro. Los usos sociales, las creencias, las ideas del tiempo se imponen automáticamente a los individuos; éstos se encuentran con ellos y con su presión impersonal y anónima; no quiere esto decir que forzosamente hayan de plegarse a los contenidos vigentes; pero tienen que contar con ellos, tienen que habérselas con ellos, para aceptarlos o para rechazarlos, y eso quiere decir tener vigencia. Cada uno de nosotros tiene que hacer su vida dentro de un mundo definido por un sistema de vigencias. Tenemos que dar razón de lo que hacemos teniendo en cuenta la totalidad de los ingredientes de ese mundo en que nos hemos encontrado. Disponemos en nuestra vida de un tiempo limitado, con un horizonte finito—los días contados—, y, como vimos antes, ese tiempo está además cualificado por la edad, lo que hace que sus años, además de ser pocos, no sean intercambiables. Si se imagina el tiempo de la vida humana como una suma de dinero disponible, que se puede ir gastando hasta que se agota, de manera que la inversión errada supone una pérdida definitiva, la imagen es todavía inexacta, porque el dinero es homogéneo, y si una inversión me resulta fallida, la puedo reiterar, aunque sea a costa de prescindir de otras; pero con el tiempo no ocurre así; más bien habría que buscar su imagen en los cupones de los actuales racionamientos, que no sólo son limitados, sino que están adscritos a determinados productos y son intransferibles: si se agotan los cupones de vestido, no se pueden suplir sacrificando el alimento; del mismo modo, los años de una ju-

ventud fallida son irremplazables y no se pueden compensar con otros años, porque éstos son inexorablemente *otros*: años de madurez o de senectud, con sus posibilidades y sus limitaciones privativas.

La vida, que no nos es dada hecha, es difícil: se puede hacer bien o mal; puedo hacer aquello para lo que auténticamente me siento llamado, o ser infiel a mi vocación y falsificar mi vida. No todas las vocaciones son posibles en cualquier época: no es probable que nadie sienta hoy vocación de templario; pero si se disminuyen las distancias cabe el anacronismo de la vocación y con ello un coeficiente de automática inautenticidad. Con esto reaparece el problema del presente histórico, del hoy. Porque en esta misma fecha conviven niños que ensayan sus primeros juegos y ancianos académicos nacidos en tiempo de Isabel II.

El hombre está en el mundo, pero además cada uno está en su mundo. Cada uno tiene su circunstancia, y éstas no son la misma, aunque sean, ciertamente, comunicantes. Ahora bien, el mundo histórico de cada hombre es, en primer término, su generación, y tiene que enfrentarse con la realidad, para hacer su vida, desde ella. Las generaciones adquieren, vistas en este contexto, un inesperado cariz dramático. Porque la generación es un ingrediente constitutivo de cada uno de nosotros: yo no puedo vivir desde mí mismo, sino sólo dentro de mi generación. Y entonces se convierte en un problema apremiante y vital saber cuáles son éstas. La teoría de las generaciones, lejos de ser un divertimento intelectual ocioso, una mera curiosidad, nos concierne personalmente, a cada uno de nosotros. Siempre que se habla de cosas humanas, se puede repetir con el latino: *de te fabula narratur*.

Cronología del tema.

Estos supuestos nos eran necesarios para poder entender la teoría orteguiana de las generaciones. Que yo sepa, ésta es la

primera vez que se anteponen a su exposición; y parece que sin ellos no es posible comprender ni la necesidad de la teoría, ni su justificación intelectual, ni su verdadero contenido, ni, por último, su alcance.

Ahora tenemos que preguntarnos, antes de exponer su teoría de las generaciones, cuándo empezó a ocuparse Ortega de ellas. En asuntos de historia importa sobremanera la cronología, no como antes se usaba, como aditamento externo o mero lujo de precisión, sino como pieza indispensable de la intelección misma. Ya vimos que hoy lo primero que necesitamos para entender algo es saber cuándo se ha hecho o se ha dicho. ¿Con qué precisión? ¿Será absolutamente menester poblar nuestra memoria y nuestros libros de fechas exactas? Hoy por hoy, no hay más remedio, porque se nos ha hecho cuestionable lo que he llamado el presente histórico elemental, y nos sentimos perdidos en la fluencia del tiempo. Pero cuando esté constituida una teoría suficiente de las generaciones y se haya determinado con bastante precisión su serie efectiva, no será menester más que la adscripción de cada suceso a una generación determinada, y esta inferior exactitud matemática será una superior precisión histórica, porque las fechas habrán perdido su abstracto carácter numérico para expresar rigurosas realidades humanas.

Conviene enumerar, antes de seguir adelante, las fechas y lugares (6) en que ha ido apareciendo y se ha ido constituyendo la teoría de las generaciones, dentro de la obra impresa de Ortega:

1914. *Vieja y nueva política*. Primeras menciones: conciencia de generación. En el mismo año aparecen las *Meditaciones del Quijote*, primera formulación conceptual de la filosofía de Ortega. (O. C., I, págs. 270, 271, 307.)

1917. En cada época conviven siempre tres generaciones: en el mismo tiempo los hombres de la República, los de la Restauración y la propia generación de Ortega. Distinción entre contem-

(6) Todas las referencias son a las *Obras completas*, 6 vols., Madrid, 1946-47, salvo la última.

poraneidad y coetaneidad, o vivir en el mismo tiempo y ser de la misma edad. (O. C., III, pág. 12.)

1922. En un banquete, en «la sagrada cripta de Pombo», Ortega se refiere con suma precisión a las generaciones, «el concepto más importante de la historia», y apunta su mecanismo. (O. C., VI, pág. 226.)

1923. *El tema de nuestro tiempo* (desarrollo de una lección de 1921). Primera exposición formal de la teoría. Aparece una serie de conceptos decisivos: masa y minoría, sensibilidad vital, vida histórica como convivencia, generación como variedad humana, altitud vital, pulsación, vocación, misión propia de las generaciones, coetaneidad, metahistoria. (O. C., III, págs. 145-152; 163.)

1924. Una alusión a las generaciones como cosechas humanas y a las mutaciones que aparecen en ellas. (O. C., III, página 268.)

1925. «Tres generaciones que conviven dentro de toda fecha histórica.» Sistema de supuestos vigente en cada época, y divergente en esas generaciones contemporáneas. Comprensión e incomprendimiento. (O. C., III, pág. 424.)

1926. Aparición de un tema azorante: la mujer. Relaciones amorosas dentro y fuera de la generación. El problema del sincronismo de los dos sexos en las generaciones. Generaciones como caravanas dentro de las que viaja cada individuo, y que por azar se juntan transitoriamente. Generación como «una moda integral de existencia que se fija indeleble sobre el individuo». (O. C., III, páginas 439-442.)

1930. Limitación, cambio y crisis en las generaciones. Los tres «hoy» de cada hoy. Contemporaneidad y coetaneidad. Motor del cambio histórico: la articulación de tres generaciones en todo presente. Anacronismo esencial de la historia. (O. C., IV, páginas 89-93.)

1930. Duración de la vigencia de una generación: quince años. Actuación durante treinta años, en dos etapas de quince:

lucha por imponer sus ideas, preferencias y gustos, y dominio y defensa contra la generación siguiente. (O. C., IV, págs. 204-205.)

1930. Quince años, dos fases: duración normal del «inexorable anacronismo de los pueblos imitadores o sin autenticidad». (O. C., IV, pág. 317.)

1933. *En torno a Galileo*. Teoría general de las generaciones, en su forma madura. A esta exposición se referirán, sobre todo, las páginas que siguen. (O. C., V, págs. 29-71.)

1934. Ejemplificación de la duración de quince años en un caso concreto. Cita de Tácito: *per quindecim annos, grande mortalis aevi spatium*. (O. C., III, pág. 43.)

1934. Innovación de las generaciones. Continuidad y discontinuidad en la historia. Comunicación e incomunicación. (O. C., V, págs. 182-183.)

1935. Generaciones románticas españolas y francesas. (O. C., V, págs. 243-244.)

1940. Precisiones sobre la teoría de las generaciones: forma de vivir que dura cierto tiempo, zona de fechas, unidad de la auténtica cronología histórica. (O. C., VI, págs. 370-375.)

1942. Estructura de las generaciones como «materia histórica». (O. C., VI, pág. 391.)

1943. *Velázquez*. Einführung von José Ortega y Gasset. Iris Verlag, Berna. Aplicación a la generación de Velázquez.

Esta minuciosa cronología del tema me dispensará de multiplicar las referencias en las páginas siguientes. Vemos cómo Ortega se ha ocupado de las generaciones a lo largo de toda su vida intelectual. Las dos exposiciones capitales son: las de *El tema de nuestro tiempo* (1923) y *En torno a Galileo* (1933). Quedan señaladas las fechas de aparición de la mayoría de las ideas germinales o accesorias. Con ello se puede pasar a exponer la teoría en forma sistemática; el lector podrá comprobar los textos remitiéndose a la cronología anterior.

La teoría analítica de las generaciones.

Tenemos que intentar poner en claro aquella porción de la doctrina de las generaciones que se derivan de un análisis suficiente de la vida humana, individual y colectiva, es decir, lo que llamamos antes teoría analítica o abstracta, dejando intacta por ahora una segunda cuestión, de dificultades tal vez mayores: la existencia empírica de las generaciones y la determinación de su serie, o al menos el método para conseguirlo. Podemos, en efecto, saber *a priori* y por puro análisis *que hay generaciones y qué son*; sólo una indagación histórica muy compleja permitiría averiguar *cuáles son las generaciones efectivas*.

Nuestro punto de partida ha sido un somero análisis de la vida humana, tal como ha sido realizado por Ortega. Vimos que la vida no consiste propiamente en las estructuras psico-físicas del hombre—cuerpo y alma—, sino en lo que el hombre hace con ellas. Lo propiamente humano no son los dispositivos o instrumentos somáticos o psíquicos de que el hombre está dotado, la inmediata circunstancia con que se encuentra y a la que está permanentemente adscrito, sino lo que hace con la integridad de su circunstancia—psico-física, natural, social, histórica—. La vida es drama, con personaje argumento y escenario: lo que cada uno de nosotros hace y se hace, después de haberse proyectado o imaginado, en su circunstancia o mundo.

Este y no otro es el punto de partida fecundo para descubrir lo que son las generaciones humanas. Todo punto de vista que se instale en lo biológico—por ejemplo, toda consideración genealógica—yerra el camino, porque lo biológico sólo es un ingrediente o componente—como tal abstracto—de la vida humana, y deja fuera la auténtica realidad de ésta.

Cada uno de nosotros vive en un mundo. Si preguntamos qué es «mundo», habría que decir que por lo pronto y desde luego

es un sistema de vigencias. Esta respuesta puede parecer algo extraña: se piensa tal vez que el mundo es un conjunto de cosas; acaso se llega a afirmar, no sin cierta petulancia, que no es ni puede ser más que eso. Pero si apretamos un poco esa expresión, tenemos que preguntarnos qué son cosas. Si lanzamos una mirada en derredor nuestro, encontramos muchas. Ahora bien, es problemático por qué las consideramos así, por qué llamamos cosa a una cierta porción de materia, ni más ni menos, acotada con precisión dentro de una totalidad. No basta con la apelación a la unidad física, pues físicamente una cosa, el vaso o la roca, tanto da, se compone de otro tipo de unidades separadas, las moléculas, y éstas a su vez de átomos, y éstos de protones, electrones, neutrones y lo que se quiera. ¿Por qué agrupamos determinados elementos de éstos, y no más, en un conjunto que llamamos cosa? Ya nuestra simple magnitud y el carácter cuantitativo de nuestros órganos de percepción condicionan esas agrupaciones: para nosotros, una piedra es una cosa, y no lo son, sino elementos de ella, las partículas de polvo; pero para una óptica microscópica, la piedra se disolvería en una muchedumbre de «cosas» independientes, y el grano de polvo sería, a su vez, una cosa; mientras que, vistas desde otro planeta, las grandes rocas de nuestras sierras serían elementos sin autonomía de otras «cosas» que para nosotros funcionan como agregados múltiples y complejísimos. Las cosas son, por lo pronto, interpretaciones nuestras de la realidad. Un fulgor en el cielo es interpretado por nosotros como un fenómeno físico; para un primitivo es un presagio; para un griego, un signo de la cólera de Zeus. Esa realidad, ¿es alguna de esas tres «cosas», o las tres, o ninguna de ellas?

«La realidad «gato»—he escrito en otro lugar (7)—es rigurosamente distinta para mí, para un ratón, para un pulga emboscada en su pelaje y para un parásito de su fauna intestinal; y un posible gato que fuese el mismo y único es una convención; con

(7) *Introducción a la Filosofía*, p. 136-137. Sobre este problema, cf. los capítulos III y IV, p. 123-172.

todo rigor, una *teoría* o interpretación, fundada en la múltiple realidad *gato*. Sin salir — para no forzar las cosas — de la vida humana, ya vimos cómo el trueno y el rayo son cosas diferentes para los hombres de distintos núcleos históricos; y, para mí mismo, un río es algo que me apaga la sed, algo que me cierra el paso cuando lo encuentro en mi camino, algo que me defiende cuando se interpone entre mí y un enemigo; tres distintas realidades vitales, que *dan pie* para una *interpretación* mía, cuyo resultado es el *concepto de río*, el cual posiblemente será «único», pero que es un nuevo elemento, del cual me sirvo para manejar las otras realidades. Y a nadie se le ha ocurrido todavía confundir un concepto con un río, aunque se confundan *in genere* los conceptos con la realidad.»

Ha habido un día en que los hombres han llegado a una interpretación, y ésta se toma por la realidad misma. La realidad está así cubierta por una *pátina* de interpretaciones, y es ella misma la que obliga a hacerlas. Porque vivir es interpretar; todo acto vital es una interpretación; para hacer algo con una cosa, necesito interpretarla *como* tal cosa determinada. Andar es interpretar el suelo como resistente; sembrar en él, interpretarlo como origen de vegetación; navegar es interpretar el agua como camino, al escapar de ella funciona como peligro, cuando bebo un vaso es algo que aplaca la sed, analizarla en un laboratorio es interpretarla como un cuerpo químico. Pero esas interpretaciones no son mías, no me tienen por autor. Me he encontrado con que se entendían así las cosas, con que una determinada realidad se interpretaba *ya* como vaso, y por eso es para mí, por lo pronto y desde luego, un vaso, y esto me parece la realidad misma. Por esta razón, el mundo, incluso el mundo físico, es primariamente para el hombre una realidad *social*; hasta el llamar a ese mundo el globo terráqueo es una interpretación que tiene su fecha histórica muy precisa. He aquí la razón de decir que el mundo es, por lo pronto, un sistema de vigencias.

Las interpretaciones, en efecto, se caracterizan por estar ya

ahí, por existir ya; no se presentan como tales—esto sólo ocurre cuando se remonta de ellas a su origen, cuando se las ve nacer, y ya no funcionan como realidad—; las interpretaciones me pre-existen, son esencialmente *antiguas*; en este sentido, el mundo es anterior a mí. Si propiamente hablando hubiese «cosas», la inserción del hombre en el mundo, entre ellas, estaría condicionada simplemente por sus determinaciones físicas y no tendría mayor complicación. Pero como hemos visto, esas «cosas», en virtud de su carácter interpretativo y de la necesaria actualidad o vigencia de las interpretaciones, vienen afectadas intrínsecamente por un coeficiente temporal; y la inserción del hombre en el mundo, lejos de ser «indiferente», se ejecuta en un determinado *nivel histórico*.

Reparemos ahora en el otro término de la expresión que nos ocupa: *sistema de vigencias*. El mundo es el ámbito en que tengo que vivir, el escenario de mi vida. Yo soy el centro de mi mundo, que funciona como una totalidad, de suerte que tengo que referirme a él en su conjunto, lo cual lo convierte en una realidad jerarquizada. El mundo es una unidad cerrada; uno de sus caracteres es la *clausura*. Pero en lo humano hay que rebajar siempre un grado: decir que el mundo es cerrado quiere decir que *tiende* a serlo; las determinaciones se refieren primariamente a las pretensiones o «necesidades» del hombre; y el hombre, efectivamente, necesita que el mundo sea cerrado o clauso. Pero tiene dos esenciales modos de *apertura*: una que mira al futuro, ya que todavía «no está ahí» y mi vida no está hecha, y en ese sentido es un mundo abierto; en segundo lugar, el mundo tiene fisuras o grietas, hendiduras o huecos, que son lo que llamamos problemas. Si para algo no encuentro interpretación, queda un hueco o fisura en mi mundo. Puede no haber interpretación para algo por diversos motivos: por la novedad de ese algo, para el cual no hay *todavía* interpretación; por desgaste de una que ya no es vigente y no ha sido aún sustituida por otra; por falta de engranaje o concordancia entre unas y otras. De esta idea de las fisuras se

deriva uno de los temas centrales de la filosofía: el problema de la verdad (8).

El hombre necesita tapar y rellenar esos huecos y aderezar ese mundo en que tiene que vivir. Con los materiales que halla en su contorno tiene que construir así, inexorablemente, una porción de mundo. «Con mayor o menor actividad, originalidad y energía—ha escrito Ortega—, el hombre hace mundo, fabrica mundo constantemente, y ya hemos visto que mundo y universo no es sino el esquema o interpretación que arma para asegurarse la vida. Diremos, pues, que el mundo es el instrumento por excelencia que el hombre produce, y el producirlo es una y misma cosa con su vida, con su ser. El hombre es un fabricante nato de universos. He aquí, señores, por qué hay historia, por qué hay variación continua de las vidas humanas. Si seccionamos por cualquier fecha el pasado humano, hallamos siempre al hombre instalado en un mundo, como en una casa que se ha hecho para abrigarse. Ese mundo le asegura frente a ciertos problemas que le plantea la circunstancia, pero deja muchas aberturas problemáticas, muchos peligros sin resolver ni evitar. Su vida, el drama de su vida, tendrá un perfil distinto según sea la perspectiva de problemas, según sea la ecuación de seguridades e inseguridades que ese mundo represente» (9).

El hombre interpone, entre la realidad y él, un proyecto; al proyectar un quehacer sobre las cosas, éstas, que no son sino facilidades o dificultades, se convierten en posibilidades. El mismo suelo es la distancia que me separa de la meta, y que tengo que vencer, y el camino que me permite llegar a ella; el mismo viento que hinche las velas de mi embarcación y le sirve de motor trae la nube inoportuna que me impide observar un eclipse; nuestro cuerpo, que es la gran facilidad, la fuente de innúmeras posibilidades, se convierte en el máximo estorbo si permite que se me reduzca a prisión o se me fusile. Es decir, la estructura del mundo

(8) Cf. mi *Introducción a la Filosofía*, cap. II, p. 95 ss.

(9) *En torno a Galileo*, O. C., V., p. 33.

está condicionada por los diferentes proyectos vitales que los hombres arrojan sobre él. Estos proyectos alteran la realidad de las cosas, y una vez que han adquirido vigencia los encuentran los demás y tienen que contar con ellos; funcionan, pues, como ingredientes objetivos de ese nuevo mundo en que tienen que vivir. Algo es vigente, repito, cuando me es impuesto y tengo que contar con ello, quiera o no; pero que algo sea vigente no quiere decir que forzosamente sea aceptado. Se me imponen las vigencias, pero no me es impuesta mi reacción frente a ellas. De ahí que no pueda inferirse que los hombres sometidos al mismo sistema de vigencias tengan que parecerse entre sí; sólo en una cosa: que sus reacciones—que pueden ser distintas y aun opuestas—son reacciones a una misma realidad. Vemos cómo en cada momento histórico hay forzosamente *innovación*, porque el mundo es distinto, y cómo esa innovación es *común* a todos los hombres de ese momento.

Se trata de comprender, por medio de la historia, las variaciones humanas. Y, ante todo, hay que establecer una jerarquía entre ellas; unas son más generales que otras; unas son superficiales, mientras que otras afectan a los estratos más profundos; algunas—sea cualquiera su importancia—son azarosas, y otras radican en la estructura misma de la vida humana. Lo más importante, dice Ortega, origen de las variaciones secundarias, es «la sensación radical ante la vida», «cómo se sienta la existencia en su integridad indiferenciada». «Esta que llamaremos «sensibilidad vital» es el fenómeno primario en historia y lo primero que habríamos de definir para comprender una época» (10).

Pero tampoco todas las variaciones de la sensibilidad vital son parejas. Si sólo afectan a algunos individuos, no tienen trascendencia histórica; tienen que extenderse a las muchedumbres; pero por otra parte, siempre con obra de ciertos individuos agremios. Ortega insiste en su doctrina de las masas y las minorías:

(10) *El tema de nuestro tiempo*, O. C., III, p. 146.

selectas como elementos funcionales y dinámicos de toda sociedad. «Las masas humanas son receptivas: se limitan a oponer su favor o su resistencia a los hombres de vida personal e iniciadora. Mas, por otra parte, el individuo señero es una abstracción. Vida histórica es convivencia. La vida de la individualidad egregia consiste, precisamente, en una actuación omnímoda sobre la masa. No cabe, pues, separar los «héroes» de las masas. Se trata de una dualidad esencial al proceso histórico. La humanidad, en todos los estadios de su evolución, ha sido siempre una estructura funcional en que los hombres más enérgicos—cualquiera que sea la forma de esa energía—han operado sobre las masas dándoles una determinada configuración. Esto implica cierta comunidad básica entre los individuos superiores y la muchedumbre vulgar» (11).

Este es el lugar preciso de esa realidad que llamamos generaciones: ni un solo paso de los que hemos dado hasta aquí era superfluo; sólo al llegar a este punto se justifica plenamente y se hace inteligible la idea de generación. En este contexto llega Ortega a su noción precisa y rigurosa: «Las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en historia se presentan bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos» (12).

Esta definición es el punto de partida, al que se agregan nuevas precisiones. «Una generación es una variedad humana»; «cada generación representa una cierta altitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada. Si tomamos

(11) Ibid., p. 147.

(12) Ibid., p. 147.

en su conjunto la evolución de un pueblo, cada una de sus generaciones se nos presenta como un momento de su vitalidad, como una pulsación de su potencia histórica. Y cada pulsación tiene una fisonomía peculiar, única; es un latido impermutable en la serie del pulso, como lo es cada nota en el desarrollo de una melodía. Parejamente podemos imaginar a cada generación bajo la especie de un proyectil biológico lanzado al espacio en un instante preciso, con una violencia y una dirección determinadas» (13).

Lo decisivo es que «las generaciones nacen unas de otras, de suerte que la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior. Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido—ideas, valoraciones, instituciones, etc.—por la antecedente; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad» (14). Hay *épocas acumulativas*, en que la nueva generación se siente homogénea con la anterior y se solidariza con los viejos, que siguen en el poder; otras *épocas eliminatorias y polémicas*, generaciones de combate, barren a los viejos e inician nuevas cosas. Aparecen, pues, distinguidos, dentro de los *contemporáneos*—los que viven en el mismo tiempo—, los grupos de los que son *coetáneos*—tienen la misma edad: viejos, jóvenes; es decir, las diversas generaciones coexistentes en un momento histórico. Y con ello desembocamos nuevamente en el tema de la edad.

«Toda actualidad histórica—dice Ortega—, todo «hoy» envuelve en rigor tres tiempos distintos, tres «hoy» diferentes o, dicho de otra manera, que el presente es rico de tres grandes dimensiones vitales, las cuales conviven alojadas en él, quieran o no, trabadas unas con otras y, por fuerza, al ser diferentes, en

(13) *Ibíd.*, p. 148. Ortega agrega a la última frase esta nota: “Los términos “biología, biológico”, se usan en este libro—cuando no se hace especial salvedad—para designar la ciencia de la vida, entendiendo por ésta una realidad con respecto a la cual las diferencias entre alma y cuerpo son secundarias.” Más adelante tendremos que volver sobre este punto.

(14) *Ibíd.*, p. 148-149.

esencial hostilidad» (15). «Los contemporáneos no son coetáneos: urge distinguir en historia entre coetaneidad y contemporaneidad. Alojados en un tiempo externo y cronológico, conviven tres tiempos vitales distintos. Esto es lo que suelo llamar el anacronismo esencial de la historia. Merced a ese desequilibrio interior se mueve, cambia, rueda, fluye. Si todos los contemporáneos fuésemos coetáneos, la historia se detendría anquilosada, putrefacta, en un gesto definitivo, sin posibilidad de innovación radical ninguna» (16).

¿Cuáles son, en concreto, las edades humanas? Podemos considerar la vida dividida en cinco períodos de quince años, que sumarían un total de setenta y cinco:

1) Los primeros quince años: *niñez*. No hay actuación histórica, ni apenas tiene ese carácter lo que se recibe del mundo; de ahí que el mundo del niño cambie, de una época a otra, mucho menos que el del adulto en fechas análogas (17).

2) De los quince a los treinta: *juventud*. Se recibe del contorno; se ve, se oye, se lee, se aprende; el hombre se deja penetrar por el mundo ya existente y que él no ha hecho; época de información y pasividad.

3) De los treinta a los cuarenta y cinco: *iniciación*. El hombre empieza a actuar, a tratar de modificar el mundo recibido e imponerle su propia innovación; es la época de *gestación*, en que se lucha con la generación anterior y se intenta desplazarla del poder.

4) De los cuarenta y cinco a los sesenta: *predominio*. Se ha impuesto y ha logrado vigencia el mundo que se trataba de innovar en la edad anterior. Los hombres de esta edad «están en el

(15) *En torno a Galileo*, O. C., V, p. 37.

(16) *Ibíd.*, p. 38.

(17) Leyendo la espléndida *Automoribundia*, de Ramón Gómez de la Serna, me ha sorprendido la relativa semejanza entre el Madrid de su niñez, hacia el año noventa y tantos, y el de la mía, en torno a 1920 ó 25, mucho mayor que la que hay entre su mundo adulto y el actual, o entre el Madrid de las personas mayores en las mismas fechas.

poder» en todos los órdenes de la vida; es la época de *gestión*; y a la vez se lucha para defender ese mundo frente a una nueva innovación postulada por la generación más joven.

5) De los sesenta a los setenta y cinco, o más, en los casos de longevidad: *vejez*. Es la época de supervivencia histórica. Esto tiene, por lo pronto, un sentido cuantitativo: hay muchos menos hombres de esta edad que de los grupos anteriores. Los ancianos —dice Ortega— están «fuera de la vida», y ése es su papel: el de testigos de un mundo anterior, que aportan su experiencia y están más allá de las luchas actuales: es la función de las gerusías o senados. Pero recuérdese lo que antes dije de la alteración del ritmo de las edades; hoy empieza a haber muchos más hombres de más de sesenta años que en las épocas pasadas, y además se mantienen en gran parte en plena eficacia; los médicos, además, acaban de inventar la «geriatria», pareja a la pediatria, y todo hace esperar que en un futuro próximo se altere más aún el esquema de las edades y la ancianidad quede confinada a los dos últimos decenios del siglo.

¿Cómo se realiza el cambio histórico en función de las generaciones sucesivas? La totalidad de los jóvenes de un momento del tiempo actúa sobre el mundo, cada uno sobre un punto de él, entre todos sobre su integridad. De este modo, aunque la modificación ejecutada por cada uno de ellos sea mínima, lo decisivo es que—frente a las variaciones individuales, por importantes que sean—tiene un carácter de totalidad, y convierte al mundo en *otro mundo*, sea mayor o menor la cuantía de esa alteridad. Y como el concepto de coetaneidad ha quedado precisado, Ortega puede llegar a una definición de las generaciones más rigurosa: «El conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia, es una generación. El concepto de generación no implica, pues, primariamente más que estas dos notas: tener la misma edad y tener algún contacto vital» (18).

(18) *En torno a Galileo*, O. C., V, p. 38.

Pero ahora surge una cuestión: ¿qué es tener la misma edad? «Aunque parezca mentira—escribe Ortega—, se ha pretendido una y otra vez rechazar *a limine* el método de las generaciones oponiendo la ingeniosa observación de que todos los días nacen hombres y, por tanto, sólo los que nacen en el mismo día tendrían, *en rigor*, la misma edad, por tanto, que la generación es un fantasma, un concepto arbitrario que no representa una realidad, que antes bien, si le usamos, tapa y deforma la realidad.» «Pero convendría haber caído en la cuenta de que el concepto de edad no es de sustancia matemática, sino vital. La edad, originariamente, no es una fecha. Antes de que se supiese contar, la sociedad—en los pueblos primitivos—aparecía y aparece organizada en las clases llamadas de edad... La edad es, dentro de la trayectoria vital humana, un cierto modo de vivir—por decirlo así, es dentro de nuestra vida total una vida con su comienzo y su término: se empieza a ser joven y se deja de ser joven, como se empieza a vivir y se acaba de vivir... La edad, pues, no es una fecha, sino una «zona de fechas» y tienen la misma edad, vital e históricamente, no sólo los que nacen en un mismo año, sino los que nacen dentro de una zona de fechas» (19).

Esa objeción se nutre de un doble error conexo: en primer lugar, atender a la vida individual, y en definitiva a la genealogía, por no conocer, como hemos visto largamente, cuál es el «lugar» de las generaciones, a saber, la vida histórica y social; en segundo término, el biologismo, la creencia de que la realidad humana es en lo fundamental biológica, y las edades lo son propiamente del organismo; por eso, a la vez que se afirma un «continuismo» de las generaciones, fundándose en la efectiva continuidad de los nacimientos, y así se las disuelve, cuando se las toma en su sentido usual se las interpreta como promociones que se suceden, que se van sustituyendo. «Esto supone—añade Ortega—que el hombre primordialmente es su cuerpo y su alma. Contra este error va todo

(19) *Ibid.*, p. 40-41.

mi pensamiento. El hombre es primariamente su vida—una cierta trayectoria con tiempo máximo prefijado. Y la edad... es ante todo una etapa de esa trayectoria y no un estado de su cuerpo ni de su alma... La averiguación esencial de que hablando del hombre lo sustantivo es su vida y todo lo demás adjetivo, que el hombre es drama, destino y no cosa, nos proporciona súbito esclarecimiento a todo este problema. Las edades lo son de nuestra vida y no, primariamente, de nuestro organismo—son etapas diferentes en que se segmenta nuestro quehacer vital. Recuerden ustedes que la vida no es sino lo que tenemos que hacer, puesto que tenemos que hacérnosla. Y cada edad es un tipo de quehacer peculiar» (20).

Esto nos lleva a una consecuencia capital. Si atendemos a la etapa de plena eficacia histórica, nos encontramos que está dividida en dos fases: la de los hombres de treinta a cuarenta y cinco años (gestación) y la de los hombres de cuarenta y cinco a sesenta (gestión). Estos viven instalados en el mundo que han hecho, mientras que los más jóvenes están haciendo su mundo, el que todavía no es vigente. No caben, observa Ortega, dos tareas vitales o estructuras de la vida más diferentes; se trata de dos generaciones que tienen puestas las manos sobre las mismas cosas, hasta el punto de estar en lucha; es decir, son contemporáneas y plenamente activas, no se suceden, pero no son coetáneas: «lo decisivo en la idea de las generaciones no es que se suceden, sino que se solapan o empalman. Siempre hay dos generaciones actuando al mismo tiempo, con plenitud de actuación, sobre los mismos temas y en torno a las mismas cosas—pero con distinto índice de edad y, por ello, con distinto sentido» (21).

Ortega distingue dos tipos muy diversos de cambio histórico: 1) Cuando cambia algo en nuestro mundo. 2) Cuando cambia el mundo. Esto último acontece, normal e inexorablemente, con cada generación, la cual ejecuta una variación—grande o chica, esto es

(20) *Ibid.*, p. 46-47.

(21) *Ibid.*, p. 49.

secundario—en la tonalidad general del mundo. Cuando el cambio es cuantitativamente muy pronunciado y, sobre todo, cuando, en lugar de suceder a un sistema de convicciones otro bastante próximo, lo que ocurre es que el hombre se queda sin convicciones —y por tanto sin mundo—, se puede hablar de una *crisis histórica*; y se llama *generación decisiva* a la que «por primera vez piensa los nuevos pensamientos con plena claridad y completa posesión de su sentido: una generación, pues, que ni es todavía precursora, ni es ya continuadora». Tal, por ejemplo, la de Descartes.

Ningún hecho histórico, por grave que sea, puede determinar las etapas; la variación que produce siempre será parcial; más bien al contrario, lejos de determinar la sucesión de las generaciones, es vivido por éstas con un coeficiente temporal distinto, esto es, se aloja en las formas totales de vida propias de cada una de ellas. Esto nos lleva a precaver dos errores, que importa mucho eliminar.

Todos los jóvenes viven del mismo modo un acontecimiento, porque éste se produce en una misma etapa de su vida, esto es, tiene la misma significación funcional dentro de sus biografías. Por esto es indiferente tener un año más o dos años menos. La edad biológica es una componente abstracta de nuestra vida—y de las generaciones—, necesaria, pero incapaz de explicar ella de por sí nada, como el peso físico de nuestro cuerpo o nuestro tamaño; es claro que si el hombre pesara unos gramos o varias toneladas, si fuese un organismo de cinco centímetros o de diez metros de altura, su vida sería distinta; sus determinaciones físicas la *condicionan*; pero no la explican ni la deciden, porque ella consiste en lo que el hombre *hace* con su peso, su estatura, su edad biológica, la gravitación, el suelo resistente del planeta y toda la infinidad de ingredientes de su circunstancia o mundo. Por esto, aunque todos sabemos cuándo hemos nacido, y la fecha de nuestro nacimiento determina nuestra pertenencia a una generación precisa, no basta con saber esa fecha para saber cuál es nuestra

generación, porque ésta no es asunto de la vida individual, sino de las estructuras objetivas del mundo histórico.

El segundo error olvida que la vida es múltiple, pero que esa multiplicidad de dimensiones suyas no altera el hecho decisivo de que es una unidad total. Por esto, no se va a ninguna parte intentando hacer una teoría de las generaciones en política, arte o literatura; las generaciones afectan a la vida en su totalidad; se pueden acotar, ciertamente, estos campos de la realidad, pero a condición de tener plena conciencia de que son abstractos y no reales. Las generaciones, como se sabe desde Stuart Mill y se ha olvidado cien veces, proceden de la sociedad entera, y no de una sociedad abstracta.

¿Qué es, pues, en suma, una generación? Depende del sistema total de vigencias que dan su estructura a la vida en cierta fecha de la historia. Ese sistema tiene cierta duración, y ejerce su influjo conformador sobre todos los hombres que ingresan en la vida histórica dentro de ese plazo. Se trata, por tanto, del mundo que cada hombre encuentra y al que se incorpora; de algo que excede, pues, de la vida individual, de algo que se impone a ésta y la condiciona. Por esto, por no ser asunto biológico ni siquiera biográfico, no basta con saber cuándo ha nacido un hombre para saber a qué generación pertenece, porque falta por conocer la estructura del mundo en ese momento; dicho con otras palabras, cuál es la serie efectiva de las generaciones como sistemas de vigencias, para saber en cuál de ellas se inserta. Esto tiene la consecuencia evidente de que cada hombre se encuentra a cierta altura dentro de la generación a que pertenece: al principio, en medio o al final; es decir, cuando el hombre irrumpe en la vida histórica, el sistema a que queda adscrito lleva ya más o menos tiempo vigente. Mientras no se conozca la serie de las generaciones, no se puede saber si dos hombres nacidos en fechas próximas, pero no coincidentes, pertenecen a la misma generación o no: hace falta conocer las «divisorias», la fechas terminales de las generaciones, y sólo entonces el dato del nacimiento adquiere

su sentido histórico, al articularse con la estructura objetiva de la sociedad. No puede representarse la sucesión de la historia como una llanura, en que sólo contarían las distancias absolutas, métricas, sino como un terreno surcado por ondulaciones; cada generación sería la zona comprendida entre dos cadenas montañosas, y para determinar a cuál pertenece un punto sería menester conocer el relieve; dos puntos bastante distantes podrían pertenecer a la misma; dos muy próximos, en cambio, a generaciones diferentes, según estuviesen en la misma vertiente o a ambos lados de la divisoria de aguas.

Este es el carácter real de las generaciones, lo que las convierte en los pasos efectivos del acontecer histórico y hace de cada una lo que he llamado el *presente histórico elemental*. La idea de generación, dice Ortega, es «el órgano visual con que se ve en su efectiva y vibrante autenticidad la realidad histórica». «La generación es una y misma cosa con la estructura de la vida humana en cada momento. No se puede intentar saber lo que de verdad pasó en tal o cual fecha si no se averigua antes a qué generación le pasó; esto es, dentro de qué figura de existencia humana aconteció. Un mismo hecho acontecido a dos generaciones diferentes es una realidad vital y, por tanto, histórica, completamente distinta» (22).

Hay, por tanto, en la historia una multiplicidad de estructuras o, mejor dicho, una *estructura múltiple, dinámica y tensa*. Toda sección histórica, aun siendo instantánea, es ya móvil, nunca estática: aparece siempre como una distensión de tres fuerzas, las tres generaciones actuantes en cada fecha, y su realidad es intrínsecamente móvil. Hay que eliminar el eleatismo histórico, la tenaz idea de que el movimiento se puede componer con reposos. La creencia de que el ente es inmóvil tiene una última repercusión en la creencia en las formas rígidas de la historia, que en nuestro tiempo ha tenido un brote—por lo demás espléndido—

(22) *Ibid.*, p. 55.

en la interpretación de la historia como una *morfología*. Las formas históricas no son resultados, sino *resultantes*, en un sentido análogo al del físico cuando habla de la resultante de una composición de fuerzas que actúan sobre un punto (23).

Ahora tenemos que preguntarnos cuánto dura una generación, cuánto distan entre sí esas cadenas montañosas que integran lo que he llamado el relieve de la historia. Es la estructura de las edades—entendidas siempre como realidades funcionales históricas—quien lo determina. La actuación plenamente histórica de los hombres dura, como vimos, treinta años; pero este plazo se divide en dos fases de signo distinto y aun opuesto: quince años de gestación, quince de gestión. De los treinta a los cuarenta y cinco años se lucha por imponer una cierta estructura del mundo; a los cuarenta y cinco, aproximadamente, se triunfa y se «está en el poder», hasta que, quince años más tarde, una nueva generación ascendente impone su innovación y desplaza del mando —en todos los órdenes—las convicciones, usos e ideas característicos de la etapa anterior. Por tanto, la *vigencia* de esa forma de vida dura *quince años*, aproximadamente: ésta es la duración de las generaciones. «El sistema de vigencias—escribe Ortega—en que la forma de la vida humana consiste, dura un período que casi coincide con los quince años. Una generación es una zona de quince años durante la cual una cierta forma de vida fué vigente. La generación sería, pues, la unidad concreta de la auténtica cronología histórica, o, dicho en otra forma, que la historia camina y procede por generaciones. Ahora se comprende en qué consiste la afinidad verdadera entre los hombres de una generación. La afinidad no procede tanto de ellos como de verse obli-

(23) De ahí la insuficiencia, a pesar de sus espléndidas calidades y aun de su genialidad, de los mejores libros históricos de nuestro tiempo: Spengler, Huizinga, Hazard. Imagínese lo que serían los deliciosos e inteligentes libros de este último—*La crisis de la conciencia europea. El pensamiento europeo en el siglo XVIII*—, sin más que haber aplicado en ellos dos ideas: la de las generaciones y la distinción entre ideas y creencias.

gados a vivir en un mundo que tiene una forma determinada y única» (24).

Pero con todo esto no sabemos aún *cuáles son* las generaciones; sabemos que las hay, qué son, cuánto duran; pero ignoramos todo lo que se refiere a su existencia concreta; no tenemos vislumbre de cuál es su serie efectiva, y, por tanto, a qué generación pertenecemos cada uno de nosotros. Pero es que aquí se trata sólo de la teoría analítica de las generaciones, que sobre su existencia empírica nada tiene que decir. Tendremos que plantearnos después el problema *histórico* de esa existencia y, con ello, el del sentido *metódico* de la idea de las generaciones.

Todavía nos queda, sin embargo, un punto esencial, que pertenece a la teoría analítica. Se trata de la existencia en toda sociedad de una masa y una minoría rectora; no es ésta una abstracción, como la distinción de una «vida» política, literaria o artística, y por tanto de otras tantas «sociedades» abstractas, desgajadas de la sociedad total, y a las cuales, como vimos, no se puede aplicar la teoría de las generaciones, a no ser como ejemplificación o simplificación didáctica, y con plena conciencia de su abstracción. La distinción entre minoría y masa es perfectamente real, es una estructura funcional del cuerpo colectivo. Y hasta tal punto es funcional, que no se es hombre-masa o se pertenece a la minoría selecta *a nativitate*, sino que acontece una u otra cosa según el papel o función que se desempeña: nadie puede tranquilizarse, confiado en ser hombre selecto, porque apenas abandona su tensión y su esfuerzo se comporta como un hombre-masa; nadie está condenado a no ser sino esto último, porque tan pronto como empieza a exigirse a sí mismo y vivir con autenticidad se desprende de la masa y se incorpora a la minoría dirigente.

¿Cómo afecta esta distinción a las generaciones? La falta de claridad en torno a ella ha sido una constante fuente de error.

(24) O. C., VI, p. 371.

Dilthey entendía por generación «un estrecho círculo de individuos»—se entiende cualificados—, y esto es sólo una minoría. Cuando se habla de «generación del 98», dejando de lado que como generación le pertenezca esa fecha, nos referimos a un grupo, ni siquiera a la minoría rectora, más bien a los epónimos—Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu, Valle-Inclán, Machado—que dan nombre a la generación. En toda generación, pues, como nivel histórico, hay una masa o muchedumbre y una minoría dirigente, en la que se hace manifiesta y que le da notoriedad y relieve histórico.

Pero Ortega ha dicho que junto a la gran masa mayoritaria de los que insisten en la ideología establecida hay «una escasa minoría de corazones de vanguardia, de almas alerta que vislumbran a lo lejos zonas de piel aún intacta» (25). ¿No serán de distinta generación las masas y las minorías coetáneas? ¿No será por eso por lo que esa minoría «vive condenada a no ser bien entendida», ya que «los gestos que en ella provoca la visión de los nuevos paisajes no pueden ser rectamente interpretados por la masa de retaguardia que avanza a su zaga y aún no ha llegado a la altitud desde la cual la *terra incognita* se otea»? Parece sumamente plausible interpretar así esta situación. Pero, una vez más, nos induciría a error el olvido de la auténtica realidad de las generaciones y su «lugar ontológico».

Hay, en efecto, una *discronía* entre minoría y masa, pero sólo afecta a los individuos como tales y no excluye una perfecta *sincronía* en lo colectivo. Hasta el punto de que son vigentes para el hombre egregio, en cuanto miembro de la sociedad y hombre de su tiempo, las mismas cosas de las que personalmente discrepa y contra las cuales lucha como individuo. Hay una gran zona del individuo inmersa en lo social, impregnada de ello, hecha de su misma sustancia. «Dime con quién andas y te diré quién eres» —dice el refrán español—; cada uno de nosotros va con los hom-

(25) *El tema de nuestro tiempo*, O. C., III, p. 146.

bres de su generación, inserto en su gran muchedumbre anónima. Por eso, aparte del último reducto individual de nuestra vida, preguntar a qué generación pertenecemos es, en buena medida, preguntar quiénes somos.

IV

LAS VICISITUDES DEL TEMA EN NUESTRO SIGLO

LA teoría orteguiana de las generaciones nos ha hecho comprender qué son, cuál es lo que podemos llamar su «lugar ontológico»—la vida histórica y social—y el mecanismo de su función histórica. Antes de plantear el problema de su existencia concreta y de su significación metódica, conviene examinar brevemente lo que se ha pensado en estos últimos decenios sobre el tema de las generaciones, especialmente en Alemania. La teoría de Ortega nos servirá como un telón de fondo, sobre el cual se recortarán las demás, y será para nosotros un ejemplo de lo que es una teoría, que nos permitirá medir hasta qué punto las demás se aproximan o no al cumplimiento de sus requisitos. La bibliografía sobre el tema es relativamente abundante; aquí sólo me voy a detener en los momentos que signifiquen una aportación nueva o una manera representativa de enfocar la cuestión (1). Con mayor frecuencia de lo que quisiera, voy a tener que insistir en ciertas deficiencias y errores: no puede decirse que el tema de las generaciones haya tenido demasiada fortuna en estos años; su cultivo más intenso ha coincidido con el predominio de ciertos usos intelectuales que encierran considerables riesgos. Esta es la razón de que me detenga a recoger y subrayar algunas de esas deficiencias: su valor ejemplar, el carácter revelador que poseen

(1) En la nota bibliográfica que va al final del libro están reseñados algunos trabajos a los que no es necesario referirse en detalle.

de ciertas estructuras de la vida intelectual contemporánea. El que estas deficiencias se den en ocasiones en autores sumamente estimables y competentes es lo que les da su mayor interés, porque descubren ciertas notas negativas de la sociedad de nuestro tiempo, que trascienden de los individuos y a veces invalidan sus excelentes calidades personales. Encontraremos gratas excepciones, dentro y fuera de España; pero también actitudes intelectuales defectuosas, cuya raíz, si bien se mira, es moral y procedente del contorno colectivo; ya va siendo hora de que se imponga la certeza de que lo que se llama talento es, en buena parte, una condición moral. Y si comparamos estas doctrinas acerca de las generaciones con la teoría de Ortega que acabo de exponer, veremos que nadie está exento de haber hecho experimentar al tema un angostamiento considerable y que ninguno de los que conocen la teoría orteguiana—casi todos los alemanes y todos los españoles—la ha comprendido rigurosa y adecuadamente.

Mentré.

François Mentré, muy influído por Cournot, al que ha dedicado valiosos trabajos, publicó en 1920 un libro titulado *Les générations sociales*, menos conocido de lo que merece (2). Su primera parte es una historia del problema y las teorías anteriores, hasta Lorenz, con mucho la más completa—para ese período—entre las existentes, aunque haya en ella alguna ausencia importante y en ocasiones no se interprete rectamente la significación de algunas teorías; en conjunto, se trata de una exposición sumamente discreta y acertada, con documentación copiosa y de

(2) Debo a Ortega el conocimiento del libro de Mentré, que me ha sido útil y me ha puesto sobre algunas pistas. Es curioso que, a pesar de su evidente interés, parece desconocido para todos los que se han ocupado del tema de las generaciones. Sólo he encontrado su simple mención en Mannheim, que probablemente no lo conoce tampoco, porque no recoge en ella otros libros citados por Mentré.

primera mano. La segunda parte, dedicada a «los hechos y las hipótesis», contiene las opiniones personales de Mentré sobre el tema; a ella me referiré principalmente. La tercera es un intento de aplicación, centrado en las generaciones francesas de 1515 a 1914.

Mentré no pretende hacer una teoría nueva de las generaciones humanas, sino despojar el concepto de generación de los elementos casi místicos que le habían agregado Dromel, Ferrari y Lorenz, para retener sus elementos duraderos, y comprobar su eficacia (3). La reflexión sobre el tema fué, según dice (4), anterior a la busca de los antecedentes históricos, en los que trató de encontrar estímulos, resultados adquiridos y orientación hacia nuevos puntos de vista. Esta modestia y mesura de los propósitos suele ir acompañada de considerables aciertos en la realización. En rigor, Mentré llega hasta donde los instrumentos intelectuales que maneja le permiten, y su constante penetración y buen sentido prueba justamente la ineludible necesidad de una teoría suficiente, de orden filosófico, de la realidad histórica y social, para poder formular una teoría rigurosa de las generaciones. Por falta de ella suele vacilar, y sus afirmaciones, muchas veces certeras, parecen inseguras y a menudo se oponen de una página a otra. Se trata, pues, de observaciones veraces y atentas de una realidad cuya verdadera consistencia se escapa.

¿Qué es una generación? Mentré empieza por distinguir entre generaciones familiares o genealógicas y generaciones sociales. Una generación social es «un grupo de hombres, pertenecientes a familias diferentes, cuya unidad resulta de una mentalidad particular, y cuya duración comprende un período determinado» (5). Esta definición provisional y vaguísima es la que habrá que precisar y convertir en científica. Una generación social engloba todos los contemporáneos; pero Mentré advierte que los hijos no

(3) *Les générations sociales*, p. 464.

(4) *Ibid.*, p. 7-8.

(5) *Ibid.*, p. 13.

con del mismo grupo que los padres, y esto remite al problema de la duración de las generaciones, que permitirá distinguirlas. Mentré repasa las soluciones dadas, desde la identificación de la generación social con la familiar—unos treinta años—hasta las generaciones anuales, y concluye con una renuncia a resolver la cuestión racionalmente: toda duración propuesta tropieza con obstáculos teóricamente insuperables (6). En definitiva, considera que esa duración está determinada por la de la acción o edad madura de sus jefes y principales subordinados (7), con lo cual recae, por distintas razones que los genealogistas, en la cifra aproximada de los treinta años; pero no repara en que, por no tratarse de la duración de la acción histórica de los hombres, sino de la *vigencia* de una forma de mundo, la duración efectiva de las generaciones viene a reducirse a la mitad. La generación es, pues, en suma, «un estado de ánimo colectivo encarnado en un grupo humano que dura cierto tiempo, análogo a la duración de una generación familiar» (8). En algunos momentos, Mentré parece rozar la visión de lo que son efectivamente las generaciones: «Todos los hombres de una generación se sienten ligados por la comunidad de su punto de partida, de sus *creencias y deseos*... La fuerza de las cosas les ha impuesto un *programa colectivo* que realizan bien o mal por su asociación voluntaria o dispersa» (9). Pero ¿qué alcance tiene esto en el pensamiento de su autor? Nos lo aclara lo que dice más adelante: «La base de toda teoría de las generaciones no puede ser sino *psicológica*: lo que diferencia una generación de la que la ha precedido y de la que la seguirá, es su *psicología*, es decir, el conjunto de sus *creencias y sus deseos*» (10). No se trata, pues, de la vida histórica y social, de la estructura

(6) «Le raisonnement pur est impuissant à trancher le débat: en effet, quelle que soit la durée qu'on assigne à la génération sociale, on rencontre des obstacles *théoriquement insurmontables*." Ibid., p. 30.

(7) Ibid., p. 44.

(8) Ibid., p. 40.

(9) Ibid., p. 47-48.

(10) Ibid., p. 172.

vigente de un *mundo*, sino de una realidad psicológica, referida, en definitiva, a la vida individual, donde lo colectivo tiene el mero valor de suma y semejanza de los individuos. Más tarde insiste en las mismas ideas, con fórmulas en que se unen, de un modo todavía más explícito, la perspicacia y la insuficiencia: «Lo que caracteriza la generación no es ni su saber, ni su potencia material...; el saber y el instrumental no definen al hombre. *La generación sólo puede definirse en términos de creencias y deseos, en términos psicológicos y morales*» (11). Una generación es, pues, una *manera de sentir y comprender la vida, que es opuesta a la manera anterior, o al menos diferente de ella*» (12).

Esta dualidad del acierto en la observación y el fallo de los supuestos teóricos se mantiene a todo lo largo del libro. Una generación es «un matiz de la sensibilidad», «una actitud frente a la vida» (13); «no son los acontecimientos los que encuadran las generaciones, sino las generaciones quienes encuadran los acontecimientos» (14). Pero, de otro lado, le parece indiscutible que «la generación es una realidad biológica» y que lo psicológico y lo social se fundan en lo biológico y están condicionados por ello (15). La idea de generación aparece como una *hipótesis de trabajo* (16), verdadera o falsa, pero útil y fecunda porque introduce orden y claridad en los hechos; Mentré tiene confianza metódica, hasta el punto de que para él «la historia general, la historia vivida por la masa de los hombres, es imposible fuera de la idea de generación» (17).

Vemos hasta qué punto no era *posible* una teoría de las generaciones antes de que la filosofía diese algunos pasos decisivos, que sólo en la obra de Ortega ha realizado; si hubiese sido hace-

(11) *Ibid.*, p. 298.

(12) *Ibid.*, p. 304.

(13) *Ibid.*, p. 342-343.

(14) *Ibid.*, p. 451.

(15) *Ibid.*, p. 462.

(16) *Ibid.*, p. 463.

(17) *Ibid.*, p. 298.

dera con otros instrumentos más toscos, sin una idea rigurosa de lo que es la vida humana, individual y colectiva, Mentré, buen conocedor de los antecedentes del tema y excelente observador de los hechos, habría podido llegar a ella: *ve*—mucho mejor que otros teóricos posteriores y de mayores pretensiones—el fenómeno de las generaciones, y por eso acumula precisiones certeras y sugestivas sobre su funcionamiento y su papel histórico; pero se le escapa su esencia, su auténtica realidad, y no conoce la dimensión de ésta en que efectivamente se constituyen.

Pinder.

La bibliografía alemana sobre el tema de las generaciones, después de Lorenz (1891), se concentra en muy pocos años: entre 1926 y 1933. Antes de estas fechas sólo hay aplicaciones de las doctrinas anteriores, irrelevantes desde el punto de vista teórico: Kummer, H. v. Müller, W. Vogel, K. Joël, etc. (18). La aportación más antigua, dentro de esa producción casi simultánea, y a la vez más interesante y valiosa, es la obra de Wilhelm Pinder.

Pinder trató del problema de las generaciones en su contribución al homenaje a Volkelt con motivo del centésimo semestre de su docencia: *Kunstgeschichte nach Generationen. Zwischen Philosophie und Kunst. Johann Volkelt zum 100. Lehrsemester dargebracht* (Leipzig, 1926). Muy poco después, en el mismo año, publicó un libro que daba expresión más madura a sus ideas: *Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europas* (Berlín, 1926), que fué reeditado en 1928 con un nuevo e importante prólogo (19).

Pinder empieza por la aplicación de la idea de las generacio-

(18) Cf. la nota bibliográfica al final del volumen.

(19) Cito según la edición española: *El problema de las generaciones en la historia del arte en Europa*, trad. de D. J. Vogelmann (Buenos Aires, 1946).

nes a un tema particular, y sólo las necesidades de esa aplicación lo obligan a remontarse a consideraciones teóricas generales, que permanecen, no obstante, muy ligadas a ese tema: el arte. Por supuesto, aquí sólo he de referirme a la teoría, dejando de lado las aplicaciones—sugestivas, pero discutibles—que Pinder hace, con gran erudición, a la historia del arte. Hasta tal punto está condicionada por ésta la doctrina de Pinder, que lo que realmente le interesa es la idea—ciertamente aguda y fecunda, pero ajena a la cuestión central—de que se pueden interpretar las diferentes artes, en un sentido figurado y alegórico, como «generaciones» (20); por esto escribe: «El verdadero pensamiento básico se refiere más aún a la relación, semejante a la de las generaciones, que media entre las artes mismas, que a la real relación de generación entre los propios artistas» (21).

Pinder llama a su libro «ensayo de una biología de las ciencias del espíritu» (22); y agrega: «Este libro se propone, conscientemente, trasponer la antítesis entre las ciencias naturales y las del espíritu. Puede que sea el destino de mi propia generación insistir en la unidad de naturaleza y espíritu (de todos modos tiene esta generación a Goethe de su parte); el dedicarse a practicar la fisiognómica y la caracterología, con hombres, pueblos, culturas, generaciones, con períodos terrestres: Klages, Spengler, Dacqué, Nadler—he ahí una serie de nombres «sospechosos». Por otra parte, Pinder encuentra insuficientes las explicaciones psicológicas, y su actitud es de «escepticismo frente a la explicabilidad plena de la vida» (23). De ahí su insistencia en el nacimiento como fundamento decisivo de las generaciones, y apelación para entenderlas al concepto aristotélico de «entelequia», puesto en circulación, con sentido distinto, por el biólogo Hans Driesch.

(20) Cf. *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa*, p. 173-192.

(21) *Ibíd.*, p. 15.

(22) *Ibíd.*, p. 19.

(23) *Ibíd.*, p. 27.

La idea rectora de Pinder es la de «la contemporaneidad de lo no coetáneo», es decir la distinción entre contemporaneidad (*Gleichzeitigkeit*) y coetaneidad (*Gleichaltrigkeit*) (24). En cada momento del tiempo conviven hombres de todas las edades, y la teoría de las generaciones tiene que recoger este hecho fundamental. Frente a Wechssler, por ejemplo, que interpreta a Stefan George en función del *George-Kreis*, del círculo de jóvenes que lo rodeaban, Pinder recurre acertadamente a la generación a que George pertenecía, a sus coetáneos, tal vez desconocidos. También, frente a Alfred Lorenz, se niega a incluir a Mozart (nacido en 1756) y Beethoven (nacido en 1770) en la misma generación: «Yo, por el contrario—escribe—, atribuiría dos maestros tan decisivos, cuyas fechas de nacimiento se ven separadas por media vida humana, a dos generaciones *históricas*, aun cuando, merced a un milagro extraño, fuesen hijos de un mismo padre y formarían, por lo tanto, una sola generación desde el punto de vista naturalista» (25). Pinder supera, pues, al mismo tiempo, la idea de la comunidad psicológica y de convivencia interindividual y la interpretación genealógica de las generaciones.

«Estos «presentes» simples — añade Pinder — no existen en absoluto, puesto que en verdad cada instante histórico es vivido por hombres cuya duración histórica propia es muy diversa, y para cada uno de los cuales ese instante significa otra cosa, ¡incluso otra época!» (26). Si tomamos una fecha precisa, un

(24) Ibid., p. 45 ss. En el prólogo de la segunda edición, Pinder se refiere a *El tema de nuestro tiempo*, que se publicó en alemán en 1928: «La corroboración más hermosa de mi convicción la hallo, sin embargo, para mi caso particular, en el filósofo español José Ortega» (p. 39). Y cita largos párrafos de dicho libro, aunque omite algunos esenciales y no advierte que en ellos está ya la idea de coetaneidad, que aparece también, incluso en un epígrafe, en un trabajo de Ortega de 1924.

(25) Ibid., p. 40. Pinder exagera, sin embargo, la distancia temporal entre ambos músicos: no hacía falta ningún milagro para que fuesen hijos del mismo padre.

(26) Ibid., p. 50.

año, y la consideramos como un punto temporal, advertimos que en rigor no es punto, sino una línea, «una sonda de profundidad que vamos introduciendo verticalmente a través de desarrollos de vida, a través de conexiones de la historia de las formas, conexiones que ostentan diversas épocas de comienzo y diversas perspectivas de perduración. *Cualquier «punto temporal» histórico es, por lo menos, una sonda: de modo que no es un punto, sino una línea»* (27). «Todo esto—concluye—, traducido a términos vivientes: cada uno vive con sus coetáneos y con personas de edad diferente en una plenitud de posibilidades simultáneas. Para cada uno, la misma época es a la vez una época distinta, esto es, *una época distinta referida a él mismo*, que él sólo comparte con sus coetáneos. Cada punto del tiempo tiene para cada cual un sentido diverso, no sólo porque, desde luego, es vivido por cada cual bajo una coloración individual, sino — en su calidad de «punto de tiempo» real, y por debajo de todo lo individual—lo tiene ya por el hecho de que un mismo año constituye, para un hombre de cincuenta años, un punto temporal distinto, dentro de *su* vida, que para otro de veinte años; y así sucede en una serie de infinitas variantes» (28).

Esta es la idea capital de Pinder, su verdadera contribución —aparte de las aplicaciones al arte—al tema de las generaciones. Pero cuando trata de precisar en qué consisten éstas, la claridad empieza a faltar. Pinder parte de lo que llama «el hecho del *agrupamiento regular, obediente a una ley, de nacimientos decisivos*: los partos decisivos de la naturaleza» (29). «La naturaleza —añade—se permite introducir entre las sucesivas procreaciones de espíritus decisivos pausas rítmicas» (30). Los artistas son intransferibles en el tiempo; su nacimiento condiciona el despliegue de su ser y predetermina sus problemas; pero no los aísla, sino

(27) Ibid., p. 57.

(28) Ibid., p. 58-59.

(29) Ibid., p. 63.

(30) Ibid., p. 63.

que los agrupa en generaciones; hay, sobre el ritmo de las épocas, un *ritmo de las generaciones* (31).

¿En qué consisten éstas? Pinder tropieza con la objeción tradicional: la continuidad de los nacimientos. «La generación—reconoce—es una abstracción, sólo que una abstracción que conserva una extraordinaria proximidad a la vida... En el sentido fisiológico, nace desde luego en cada minuto una generación... Con todo, dentro de los límites de un trabajo prácticamente realizable, se manifiesta sin duda un extremo poder de contracción, propio de determinadas épocas, con respecto a los nacimientos decisivos. Un solo camino hay para establecer estas épocas: el de las estadísticas natales» (32). «De modo que damos el nombre de una generación a un grupo de personas aproximadamente coetáneas. Y veremos que ello es posible si nos basamos en los *intervalos* que aparecen entre los estratos formados por los nacimientos» (33). Esto quiere decir que Pinder sólo puede escapar a la continuidad de los nacimientos suponiendo una discontinuidad de los nacimientos *ilustres*. Y en esa improbable hipótesis reside todo el nervio de su interpretación; por eso insiste largamente en ella. Y tiene que ir buscando esas concentraciones, esos «partos múltiples» de la naturaleza, a lo largo de la historia del arte; con lo cual se ve obligado a definir las generaciones concretas por esas agrupaciones de grandes figuras, y esto lo lleva a establecer la variabilidad de los intervalos: «Hay épocas en que los intervalos son muy pequeños, en que un subyugante torrente vital va creando, en sucesión extraordinariamente rápida, capas natales decisivas» (34). El río de la vida puede «acelerar a veces el ritmo de los estratos» o engendrar individuos aislados importantes, que funcionan como *maestros de transición* (35).

(31) *Ibid.*, p. 65.

(32) *Ibid.*, p. 70-72.

(33) *Ibid.*, p. 72.

(34) *Ibid.*, p. 99.

(35) *Ibid.*, p. 156-157.

Pinder observa cierta regularidad en la duración de los intervalos: «De una manera extraña (¿o bien muy natural?) aquello que llamamos una edad—una generación humana—desempeña un papel misterioso, ya sea como medida íntegra o media... Pero, desde luego, las unidades a veces pueden presentarse más breves: formadas más bien por intervalos de veinte y diez, que por los de treinta y quince años» (36). «Existen—resume Pinder—*agrupamientos de nacimientos decisivos*. Existen, por lo tanto, también *intervalos*. Registramos una inclinación de la naturaleza a usar la generación humana (veinticinco-treinta años) como unidad de medición (tomada como unidad entera o media) para esos intervalos. Registramos asimismo una tendencia a abreviarse en determinadas épocas estos intervalos, acelerando el engendramiento total» (37).

Vemos que Pinder no sabe, en rigor, qué son generaciones y no sabe dónde ponerlas. Su único descubrimiento importante—más importante que descubrimiento—es la distinción entre contemporaneidad y coetaneidad—. Por lo pronto, todo reside para él en los individuos y en las agrupaciones estadísticas. Para determinar los intervalos, tiene que recurrir a la azarosa e improbable concentración de grandes figuras. Su idea, pues, no tiene sentido histórico general; la generación, tal como él la entiende, dista mucho de ser una categoría histórica. Carece de las ideas de vida colectiva, vigencia y zona de fechas, decisivas, como hemos visto, para entender lo que son generaciones. Para explicar las agrupaciones, tiene que recurrir a vagas metáforas naturales (partos decisivos, etc.), a lo inexplicable como tal. En cuanto a la frecuente regularidad de los intervalos, oscila entre encontrarla misteriosa (apelación a unos vagos designios o inclinaciones de la naturaleza) o bien muy natural (recaída en el genealogismo biológico). El libro de Pinder, que tiene multitud de ideas interesantes, a veces profundas, y un amplísimo material

(36) *Ibid.*, p. 157-158.

(37) *Ibid.*, p. 248-249.

de hechos anotados, no consigue elevarse a una teoría coherente y consistente de las generaciones históricas.

Petersen..

Julius Petersen, historiador de la literatura, es, con Pinder, el teórico alemán de las generaciones que más notoriedad ha alcanzado. Dedicó ya al tema el capítulo VI de su libro *Die Wesensbestimmung der deutschen Romantik* (1926); después lo ha tratado con mayor extensión y detalle en un largo estudio, *Die literarischen Generationen*, publicado en el volumen colectivo *Philosophie der Literaturwissenschaft*, dirigido por Ermatinger (1930) (38); ha resumido, por último, estas ideas en el volumen I de *Die Wissenschaft von der Dichtung* (1939). En esta exposición me referiré al segundo de estos textos, que es el más importante.

Petersen encuentra que una multitud de disciplinas—y entre ellas la historia literaria—usan el concepto de generación, pero de un modo muy diverso y poco claro, que es menester fundamentar. «La palabra «generación» representa la clave de los hechos innegables del cambio y del desarrollo, del progreso y del retroceso, y la cuestión es si esta clave puede ser manejada como un *passpartout* al que se abren todos los caminos o como una palanqueta que violenta todas las puertas, o si se trata de una clave secreta que, como obra de un arte sutilísimo, sólo puede prestar servicio manejada por los expertos» (39). «El empleo corriente de la palabra—agrega—se ha hecho tan equívoco, gracias a sus múltiples versiones, que es menester examinar y delimitar la amplitud de su contenido valiéndose de unos cuantos ejemplos» (40).

(38) Cito según la traducción española del Fondo de Cultura Económica—menos perfecta y cuidada que lo habitual—: *Las generaciones literarias*, en *Filosofía de la ciencia literaria*, p. 137-193 (México, 1946).

(39) *Ibid.*, p. 138-139.

(40) *Ibid.*, p. 139.

Su punto de partida es el material empírico de los hechos que pretende ordenar, sin poseer una teoría previa; pero tampoco se trata de que se encuentre directamente con los hechos; sin teoría alguna, porque tiene como un enjambre de teorías ajenas que le andan bullendo en la cabeza. Petersen intenta hacer una historia del tema, muy incompleta, confusa y confundente. Su aparente *Gründlichkeit* ha hecho que muchos se fíen de su presunto rigor y documentación, y crean que por saber lo que Petersen sabe tienen información suficiente. Aparte de que su exposición es desordenada y sin precisión conceptual, Petersen ignora concienzudamente a Comte, Stuart Mill, Soulavie, Benloew, Ferrari, Cournot, Mentré, no digamos a Littré o Durkheim, para no citar sino algunos nombres que, sin propósito de erudición, han ido apareciendo en este libro, que omite todo lo innecesario.

Petersen empieza por descartar, al preguntarse por la realidad de las generaciones, que una generación signifique el conjunto de todos los de la misma edad. La razón de ello la encuentra en la oposición de muchos a las tendencias dominantes (41). También rehuye la aplicación a diversos países de una idea cronológica de las generaciones: «No se puede identificar la generación, como concepto temporal, con cierto número de años, como de 1890 a 1900, que significan lo mismo en todos los países con calendario cristiano, sino que se trata, más bien, de un tiempo interior, que, lo mismo que el florecimiento, la madurez y el fruto, se diversifica por diferencias climáticas, lo mismo que cada uno de esos países dispone de un meridiano distinto y experimenta la salida y la puesta del sol a horas distintas» (42). «El problema radica en la cuestión de si la nueva voluntad de los descendientes se halla ya implicada por la fecha de nacimiento como predestinación de futuras aportaciones, o si esa voluntad se engendra bajo la impresión de vivencias homogéneas en las que se coincide simpáticamente

(41) Ibid., p. 143.

(42) Ibid., p. 144-145.

te» (43). Petersen se refiere a Ortega (44), de quien conoce la versión alemana de *El tema de nuestro tiempo*; el concepto orteguiano de generación, dice Petersen, incluye las dos notas de edad pareja y dirección igual; pero se pregunta «si la igualdad de dirección procede de la edad pareja o si los que tienen poco más o menos la misma edad crecen dentro de una corriente ya existente y, gracias a su edad pareja, son acogidos por ella por el mismo tiempo. En una palabra—concluye—, se trata de la cuestión de si la unidad «generación» nace o se hace» (45). Pero es claro que este dilema no tiene ningún sentido: la generación ni nace ni se hace; los hombres que la integran se encuentran con un mismo sistema de vigencias que constituye su mundo social, el cual condiciona sus vidas, en el sentido de que, hagan lo que hagan, lo hacen en vista de él, como respuesta a una situación concreta común; pero no determina qué es eso que van a hacer, y caben las posturas más distintas frente a ese mundo único, que les confiere una semejanza muy precisa: la del *nivel histórico* en que se insertan. Ya veremos cuál es el origen de este desenfoque en el planteamiento del problema. Por lo pronto, Petersen tiene presentes los caracteres individuales y las conductas, y por eso le resulta difícil la inclusión en una misma generación de los hombres discrepantes. «En la mayoría de los casos—escribe—es la procedencia de comarcas y círculos de vida muy diferentes la que ha impedido que se impusiera la tendencia generacionista que crea la unidad, pero también actúa otro factor, a saber, una diversidad de «disposición», independiente de tiempo, raza y comarca» (46).

Petersen intenta «combinar la idea de generación con la teoría de los tipos» (47). Entre los nacidos en una misma época hay

(43) *Ibid.*, p. 145.

(44) *Ibid.*, p. 146 y 157.

(45) *Ibid.*, p. 146.

(46) *Ibid.*, p. 158.

(47) *Ibid.*, p. 159-160.

diversos tipos de disposición (*Anlage*); uno de ellos es el que «agrupa a la joven generación como bajo una nueva consigna»; éste es el *tipo directivo de la generación*, que se atrae a otra parte de ésta, de disposiciones diferentes, que constituye lo que llama Petersen el *tipo dirigido*; su incorporación refuerza el primer tipo y aísla un tercero, antagónico y sin influencia, que es el *tipo oprimido*, el cual puede optar entre marchar por vías abandonadas, de acuerdo con su propia índole, subordinarse a la tendencia dominante, renunciando a su peculiaridad, o recluirse en la soledad y esperar el futuro.

En conexión con esta idea—que sería fecunda si el hecho a que apunta se situara en su verdadero lugar—está el tema en que Petersen insiste más y que ha tenido mayores resonancias: los factores formativos de la generación. No voy a entrar en el detalle de las cosas—muchas de ellas discretas—que Petersen dice en torno a esos factores; basta, para lo que aquí nos interesa, con su enumeración: a) Herencia. b) Fecha de nacimiento. c) Elementos educativos. d) Comunidad personal. e) Experiencias de la generación. f) El guía o caudillo. g) El lenguaje de la generación. h) Anquilosamiento de la vieja generación (48).

Ante esta serie de ocho factores, que, según Petersen, son los que forman una generación, se ocurre inmediatamente una cosa: ¿A qué realidad se refieren? ¿A qué zona de realidad afectan? Por supuesto, no a la misma: unos, como la herencia, se refieren a lo biológico; otros, como la comunidad personal o las experiencias vividas, afectan a la esfera de la vida individual; algunos, como el guía o el lenguaje de la generación, en el sentido que da Petersen al término, corresponden a grupos abstractos, definidos dentro de la sociedad por una ocupación común; sólo algunos, por último, pertenecen a la vida colectiva. Hay, pues, una esencial confusión en lo que concierne al tipo de realidad de las generaciones, y por tanto a la cuestión decisiva de qué son éstas.

(48) *Ibíd.*, p. 164-188.

De ahí que Petersen caiga en sucesivas vaguedades al intentar extraer sus conclusiones definitivas. «Del proceso señalado de la formación de la generación—escribe—resulta que la formación que se llama una generación no puede pasar ni por una medida regular del tiempo, que se nos da por la duración media de la acción de los individuos, ni tampoco por una igualdad fijada por el nacimiento, sino como una unidad de ser debida a la comunidad de destino, que implica una homogeneidad de experiencias y propósitos» (49). Sólo de pasada se pregunta Petersen «si será legítima la limitación a las generaciones literarias, y si no será mejor entender que la generación literaria coincide en tal medida con la política, la social y la económica, que el problema se habrá de considerar, mejor, como sociológico o histórico-cultural» (50). Pero esta sospecha, insinuada al final de su estudio, es inoperante en él; recuérdese que ya Stuart Mill había contestado de antemano a la pregunta, con todo rigor, en 1843. La distancia temporal entre las generaciones—concluye Petersen—es incalculable; hay variación en los intervalos, la vida moderna acelera su ritmo. Se pierde, pues, toda precisión en el concepto.

Petersen no es dueño, como vemos, del material que maneja. Carece en absoluto de una teoría, incluso de un muñón de teoría, como el de Pinder. Va a sus pequeñas cuestiones *intraliterarias*, sin ver siquiera el problema, y ello esteriliza todo su esfuerzo, concentrado en el concepto irreal de «generación literaria», que no queda fecundado por la tardía apelación a una realidad superior. Pasa al lado de las verdaderas cuestiones sin advertirlas: su distinción entre dirigentes, dirigidos y oprimidos, muy certera, sería fértil si no la interpretara en función de los «tipos de disposición», y tuviera presente la diferencia funcional entre masas y minorías, la idea de vigencia colectiva y su distinción de las apertencias u opiniones individuales. Petersen se ha lanzado por una

(49) *Ibid.*, p. 188.

(50) *Ibid.*, p. 189.

vía falsa, y ha alejado de una comprensión de las generaciones a cuantos lo han seguido.

Mannheim.

Los demás estudios alemanes que conozco sobre el tema de las generaciones son de menos interés y alcance. Conviene, sin embargo, mencionar, siquiera muy brevemente, algunos de ellos. Uno de los más serios y ponderados es el del gran sociólogo Karl Mannheim, muerto hace pocos años. Mannheim publicó en 1928 un ensayo titulado *Das Problem der Generationen* (51), de contenido más crítico que teórico. Distingue dos formas principales de plantear el problema: un planteamiento positivista, fundado en la ley biológica de la duración de la vida, dividida en edades, que busca en la idea de generación una unidad de medida y un escalón del progreso; y un planteamiento historista romántico, que atiende más al tiempo interior y al contenido histórico de la generación; la magnitud temporal o duración de las generaciones aparece como irregular e indeterminable, dependiente de fuerzas históricas; se trataría, pues, de ondas de amplitud variable, en función de la diversa intensidad de las fuerzas actuantes (52).

Pero Mannheim distingue, por su parte, dentro del fenómeno sociológico general de la generación, tres aspectos diferentes. El más amplio es lo que llama *Generationslagerung*, la localización o ámbito local de la generación, que sólo encierra posibilidades potenciales; en segundo lugar, el *Generationszusammenhang*, la conexión de la generación, que añade, a la mera presencia en una unidad histórico-social determinada, algún vínculo concreto; por último, la *Generationseinheit* o unidad de generación corres-

(51) Publicado en *Kölner Vierteljahrshefte für Sociologie*, 7. Jahrg., Hefte 2-3, 1928.

(52) Téngase presente que en la estructura del acontecer histórico hay que distinguir las generaciones y las "épocas históricas", cuya duración tiene otro fundamento. Cfr. mi *Introducción a la Filosofía*, p. 404 ss.

ponde a un grupo, ligado por relaciones personales, dentro de la conexión mencionada. Mannheim aclara su distinción con un ejemplo: la juventud prusiana de 1800 no estaba en una *Generationslagerung* común con la china de la misma época, porque les faltaba la pertenencia a la misma comunidad de vida histórica; los campesinos prusianos, a su vez, residentes en lugares apartados, ajenos a las conmociones sociales y espirituales de los jóvenes de las ciudades, no pertenecen al mismo *Generationszusammenhang* que éstos, aunque estén incluidos en la misma *Generationslagerung*; la juventud romántica conservadora de 1800 y la liberal racionalista pertenecían, por supuesto, al mismo *Generationszusammenhang*, pero constituían dos *Generationseinheiten* o unidades de generación. «La misma juventud—concluye Mannheim—que está orientada en el mismo problematismo histórico-actual, vive en una «conexión de generación», aquellos grupos que, dentro de la misma conexión de generación, elaboran de distintas formas esas vivencias, constituyen diversas «unidades de generación» dentro del marco de la misma conexión de generación» (53).

Mannheim termina su trabajo con unas consideraciones sobre el interés y los riesgos de la idea de generación. «La importancia de las teorías de las generaciones—escribe—consistió en que acentuaron cada vez más el interés teórico por este factor, indudablemente importante, del acontecer humano histórico. Pero su unilateralidad—esto puede decirse ahora como resumen—estribó en el intento de explicar por ese factor único la dinámica total en el acontecer histórico, una unilateralidad que siempre es inherente a la alegría del descubridor y como tal es también disculpa-

(53) “Dieselbe Jugend, die an derselben historisch-aktuellen Problematik orientiert ist, lebt in einem “Generationszusammenhang”, diejenigen Gruppen, die innerhalb desselben Generationszusammenhanges in jeweils verschiedener Weise diese Erlebnisse verarbeiten, bilden jeweils verschiedene “Generationseinheiten” im Rahmen desselben Generationszusammenhanges.” *Loc. cit.*, p. 311.

ble» (54). Pero hay que advertir que, en primer lugar, hay dentro de la idea de generación como categoría histórica mucho más de lo que creían las teorías estudiadas por Mannheim; y en segundo lugar, que efectivamente es ilusorio pretender explicar sólo por las generaciones el acontecer histórico: en efecto, dados los sujetos de las acciones históricas y la estructura de los presentes elementales, falta por explicar el contenido concreto de la historia misma.

Wechsler.

Desde otro punto de vista, que en rigor se reduce a los más antiguos, ha planteado el tema de las generaciones el romanista Eduard Wechsler, cuyas ideas parten de la aplicación de las de Dilthey a la historia de la literatura. En dos artículos, de 1927 y 1929, ha expuesto Wechsler estas ideas: el primero se titula *Die Generation als Jugendgemeinschaft* (55); el segundo, *Das Problem der Generationen in der Geistesgeschichte* (56). Anteriormente, en otro artículo de 1923, *Die Auseinandersetzung des deutschen Geistes mit der französischen Aufklärung* (57), había apuntado algunas consideraciones sobre el tema. Y, en efecto, ha agrupado por «comunidades de edad» los nombres más importantes de la Ilustración francesa.

La idea central de Wechsler es la de «comunidad juvenil». La fecha de nacimiento no es decisiva; lo verdaderamente importante es el momento de su aparición en la historia (*kairós*); en definitiva, Wechsler se atiene a la segunda fecha de las que tenía en cuenta Ferrari en cada biografía, aquellas en que nace, surge y muere el individuo. La comunidad juvenil se funda en una

(54) Ibid., p. 321.

(55) En el homenaje a Breysig, *Geist und Gesellschaft*, I, p. 66-102.

(56) *Davoser Revue*, IV, 8.

(57) *Deutsche Vierteljahrsschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, I, 615.

semejanza de temple vital, actitud espiritual y problemas. Con ello, queda referida a relaciones interindividuales, y no tiene carácter propiamente social o colectivo. Por la misma razón, la aparición de las generaciones depende del agotamiento de la generación anterior, significa una renovación histórica, consciente y deliberada, y excluye toda regularidad: las generaciones se suceden a intervalos variables y totalmente imprevisibles.

Drerup.

Merece una mención, aunque no mucho más, el libro del filósofo clásico Engelbert Drerup: *Das Generationsproblem in der griechischen und griechisch-römischen Kultur* (Paderborn, 1933). El propósito de Drerup es aplicar la idea de las generaciones al mundo antiguo, y a ello está dedicada la mayor parte de su libro. Sólo la introducción (p. 9-25) contiene algunas indicaciones teóricas, muy someras. En su primera frase recoge la definición de generación que da Ortega en *El tema de nuestro tiempo*. Algunas notas históricas, incompletísimas, con referencia a los precedentes griegos—Herodoto, Hecateo, Helánico, Eforo—, pretenden situar el estado de la cuestión. Drerup no tiene ninguna teoría personal, ni es muy perspicaz la comprensión de las ajenas: baste decir que, después de citar la segunda definición orteguiana de la generación como «variedad humana», agrega: «Estas diferencias de generación de una población deben entenderse en el sentido de la moderna biología racial» (58), y se refiere a las ideas del biólogo Scheidt.

En definitiva, Drerup recoge la vieja idea de que tres generaciones constituyen un período que se aproxima a un siglo, aunque admite también pequeñas variaciones anuales. Por otra parte, con vista a sus aplicaciones greco-romanas, acepta la posibilidad de

(58) "Diese Generationsunterschiede einer Bevölkerung aber sollen im Sinne der modernen Rassenbiologie verstanden werden" (*Das Generationsproblem...*, p. 14-15).

una discordancia entre las diferentes generaciones abstractas: políticas, artísticas, literarias, etc.

Estas son, al menos hasta donde llegan mis noticias, las aportaciones principales del pensamiento alemán al tema que nos ocupa. Y tenemos que llegar a la conclusión de que no se ha llegado a pensar en Alemania una teoría de las generaciones que merezca llamarse teoría. En rigor, se ha avanzado muy poco desde Dilthey y Lorenz, y no han faltado los retrocesos. Se ha extendido la noción de generación—salvo alguna extemporánea recaída—, desde el «estrecho círculo de individuos» de Dilthey hasta la sociedad entera; se ha eliminado—si bien no del todo—el genealogismo de Lorenz. Muy poco más. El único descubrimiento importante—en la medida en que es descubrimiento—es, como vimos, la distinción precisa entre contemporaneidad y coetaneidad.

¿Por qué no se ha llegado a una verdadera teoría de las generaciones? Aunque parezca paradójico, tratándose de un país de tradición tan excepcionalmente ilustre, ¿por falta de fundamentos filosóficos! Sólo en los últimos tiempos, por obra del genial filósofo Heidegger, se ha elaborado en Alemania una interpretación metafísica de la vida humana que exceda de la doctrina de Dilthey; pero tampoco en Heidegger se encuentran, al menos de un modo actual, los elementos necesarios para una teoría de la vida colectiva, y cuando tropieza con el tema de las generaciones, a propósito del destino y el acontecer de la «existencia», no elabora ningún concepto de ellas, sino que se remite simplemente a Dilthey (59). Los sociólogos, por su parte, como vimos en su lugar, no han conocido la peculiaridad de lo social frente a lo meramente interindividual; ha faltado, por último, a pesar de

(59) "Das schicksalhafte Geschick des Daseins in und mit seiner "Generation" macht das volle, eigentliche Geschehen des Daseins aus." (*Sein und Zeit*, 1927, p. 384-385.)

haber surgido el nombre en la mente de Dilthey, la idea de razón histórica.

No es un azar, por tanto, la ausencia de una teoría de las generaciones. Pero lo grave no es esto, sino que se ha dado con demasiada frecuencia un modo petulante e irresponsable de plantear los problemas sin disponer de los recursos suficientes, que no han tenido los alemanes en momentos mejores de su historia. Por esto me he detenido, más de lo que por otras razones fuera menester, en exponer estas doctrinas. Vemos, pues, que la teoría orteguiana de las generaciones es hasta ahora la única, y no por casualidad, sino por una absoluta forzosidad histórica.

Dos objeciones de principio: Croce y Huizinga.

Conviene recoger dos objeciones que afectan a la posibilidad misma de la doctrina de las generaciones, porque proceden de dos de los más ilustres teóricos de la historia en nuestro tiempo y porque descubren, a la vez, el desenfoque de las teorías al uso y la dificultad, hasta para hombres como Croce y Huizinga, de situarse en la perspectiva adecuada.

Croce, en la *Teoria e storia della storiografia*, se refiere a los intentos de periodización, a base de las generaciones, que Ferrari y Lorenz realizaron en el siglo XIX. Pero extiende la crítica, más allá de esas tentativas concretas, a todas las doctrinas análogas. Hacen exterior y natural la periodización, dice Croce, todas las doctrinas que representan la historia de los pueblos como algo que procede según los estadios de la evolución individual o psicológica, o de las categorías del espíritu, o de cualquier otra cosa. Son doctrinas naturalistas y mitológicas, fantásticas, de valor nulo, y esto, concluye, exige de examinarlas en detalle (60).

(60) "Derivano del medesimo errore, del rendere esteriore e naturale il periodizzamento, tutte le dottrine che rappresentano la storia dei popoli come

Pero tal vez si Croce, dejando de lado ese apriorismo, hubiese considerado detenidamente las posibilidades de la teoría de las generaciones, hubiese encontrado que precisamente se trata de tomar un punto de vista *social e intrínsecamente histórico*, para ver la historia desde dentro de sí misma, en su propia realidad; la doctrina de las generaciones, rectamente entendida, significa, ni más ni menos, trascender del naturalismo en la interpretación de la realidad histórica.

Huizinga, por su parte, a pesar de ser una de las mejores cabezas que se han ocupado de historia en este siglo, ha pasado también por alto la peculiaridad de las generaciones, a las que dirige una objeción totalmente desorientada. En sus *Problemas de historia de la cultura* (1929), recuerda algunos antecedentes de la teoría de las generaciones—Cournot, Ferrari, Lorenz—y se refiere a los estudios recientes de W. Vogel, K. Joël y Pinder. «A mí me parece—dice Huizinga—que estas nuevas formas en que se expone la teoría de las generaciones no llegarán *nunca* a sobreponerse a una *falla lógica fundamental*, que las hará siempre *inacceptables*. Si tomamos una serie de tres generaciones, la primera será siempre segunda y tercera con respecto a las dos que la preceden. Pero no es sólo esto. Se establece una trinidad de generaciones de 1700 a 1733, de 1734 a 1769, de 1770 a 1800, creyendo determinar con ello una serie de fenómenos históricos que forman en su conjunto el siglo XVIII. por este orden: ascenso, madurez, decadencia o acción, reacción, elaboración. Pero hay también una cadena de generaciones determinadas por los años 1701 a 1734, 1735 a 1770, 1771 a 1801. y así simultáneamente, con la misma variación en cuanto al año inicial y, prácticamente,

procedente secondo gli stadi dello sviluppo individuale, o dello sviluppo psicologico, o delle categorie dello spirito, o di altro che sia. E tutte, come naturalistiche, sono insieme mitologiche... Il che esime altresì... dall'esaminare quelle dottrine nella particolarità delle loro varie determinazioni, perchè per questo rispetto, se il loro assunto è apertamente fantastico, il loro valore è di conseguenza nullo." (*Teoria e storia della storiografia* (1917), 2.^a ed., 1920, p. 101-102.)

en cuanto al día. *Desde un punto de vista biológico*, todas estas series tienen absolutamente el mismo valor... Es imposible presentar como fase de desarrollo de un determinado fenómeno histórico la generación de por sí, es decir, un período que, *biológicamente hablando*, es y será siempre *completamente arbitrario*» (61). Los subrayados son míos.

La objeción de Huizinga, que es doble, sólo se refiere a las teorías de las generaciones afectadas por un doble error: el primero, el del establecimiento de grupos de tres generaciones, con papeles precisos, que se repiten cíclicamente; esto es una construcción añadida, que la realidad de las generaciones no justifica sin más; el segundo, el creer que se trata de una simple determinación de períodos de treinta años, que serían, efectivamente, arbitrarios, atendiendo a un punto de vista meramente cronológico y biológico. Huizinga no piensa ni por un momento en que las generaciones respondan a articulaciones reales de la historia, fundadas en la duración y sustitución de los sistemas de vigencias; y claro es que resulta inconsistente su generalización de una forma concreta y deficiente de interpretar las generaciones.

Resonancias españolas.

En España se ha hablado mucho del tema de las generaciones en estos últimos años; más que en otros países, sin duda; sólo en Alemania se ha tratado con tanta frecuencia de esta cuestión. Ha habido dos estímulos para ello: el primero, la notoriedad de la «generación del 98», que ha llevado a ocuparse en general de qué sean generaciones; el segundo, la existencia de la teoría de Ortega.

La denominación «generación del 98» se introdujo sin pretensión de rigor y sin conexión con una teoría de las generacio-

(61) *Problemas de historia de la cultura*, en el volumen *El concepto de la historia y otros ensayos* (México, 1946), p. 80-81.

nes. Primero Gabriel Maura, luego Azorín, en 1910 bajo el nombre «generación de 1896» (62), desde 1913 con el que ha hecho fortuna, después todo el mundo. Baroja, en 1926, en una conferencia titulada *Tres generaciones* (63), distinguía, sin mayor precisión, las de 1840, 1870 y 1900, atendiendo a las fechas natales; la segunda era, pues, la suya, la que se suele llamar del 98.

En cuanto a las resonancias de la teoría de Ortega, las cosas son más complicadas. Se revelan aquí ciertos defectos de la vida intelectual española, de los que no sería menester hablar si no fuera por el carácter sintomático que tienen. Se ha dado con frecuencia en la vida intelectual de estos años, en nuestra país, cierta pedantería unida a falta de auténtico interés por los problemas propiamente intelectuales, tal vez afán de lucirse y de parecer ya de vuelta. Lo primero que se hizo fué volver los ojos a Alemania. El gran supuesto—por eso nunca formulado—era éste: «Si Ortega dice estas cosas, es que en Alemania se sabe mucho más.» Y se iba a ver, no tanto por llegar a claridades como por hablar de ello. Pero resulta que no, que en Alemania, como hemos visto, se sabe mucho menos del asunto; y así, casi nadie se ha enterado de lo que ha pensado Ortega, y por tanto de lo que de verdad se ha pensado sobre el tema de las generaciones.

Repárese en que lo que tiene de grave esta actitud no es la hostilidad o la mala voluntad; las cosas voluntarias no son nunca demasiado graves. Hay que encontrar los motivos de ese hecho en la estructura social de nuestra época; lo decisivo es el no enterarse y la frivolidad intelectual. Hay la excepción de Laín, el único que ha trabajado en serio el tema, y no por capricho o moda, sino por necesidades internas de su labor, que veremos en seguida. No quiere decir esto que todo en su libro me parezca acertado, pero sí que, al enfrentarse con el tema, lo ha hecho con probidad, penetración y esfuerzo, como un intelectual. En otros casos no se podría decir lo mismo; y hasta tal punto se trata—y

(62) Cf. P. Laín Entralgo: *La generación del noventa y ocho*, p. 46.

(63) Publicada en el volumen *Entretenimientos*.

de ahí su interés—de un fenómeno social, de un aspecto de la contextura íntima de los usos científicos actuales, que afecta a individuos excepcionalmente dotados, egregios en ocasiones, ejemplares cuando se sienten oprimidos por las exigencias técnicas de su oficio bien sabido y por la atención de los especialistas. Hombres de absoluta precisión y rigor en otros temas, cometen ligerezas que no se perdonarían a sí propios dentro del ámbito de su profesionalidad. Es menester eliminar toda interpretación negativa de las objeciones que hago, a veces a amigos míos muy queridos, en todo caso a autores cuya calidad es justamente lo que obliga a hablar de ellos. Se ha repetido mil veces el viejo dicho puesto en boca de Aristóteles: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Con la generosidad y cordialidad que le son propias, Laín propuso hace algún tiempo una variante que hago mía: *Amica veritas, sed etiam amicus Plato*. Y cuando se admira y quiere a un intelectual, se quiere la perfección de su obra: esto es lo que mueve mis reparos.

Si no se tratara de un hecho social—y de cierta desventura que ha solido acompañar a la idea de las generaciones—, ¿cómo se entendería que tan gran filólogo como Dámaso Alonso, uno de los hombres que han dado más precisión y rigor científico a nuestra literatura, capaz de perseguir la huella de un verso de Sebastián de Córdoba en otro de San Juan de la Cruz, o de estudiar con maravillosa escrupulosidad las *Soledades* gongorinas o los *Versos plurimembres* y *poemas correlativos*, se abandone a ciertos deslices de inexactitud cuando habla de generaciones? En un ensayo titulado *Una generación poética (1920-1936)* (64), Dámaso Alonso escribe: «¿Se trata de una generación? ¿De un grupo? No intento definir. Hace más de un siglo que sesudos germanos están meditando sobre las diferencias, y no han conseguido ponerse de acuerdo.» ¿Es esto exacto? Ya sabemos que no: ni se trata sólo—ni primariamente—de germanos, ni éstos llevan

(64) *Finisterre*, tomo I, fasc. 3, p. 197. Marzo de 1948.

un siglo tratando del tema; pero Dámaso no quiere detenerse en la cuestión científica, porque tal vez aquí «va de vuelo». No tanto, sin embargo; bajo el poeta, late siempre el filólogo y el profesor: Dámaso va a dar una referencia bibliográfica. ¿Cómo suele citar Dámaso Alonso? Todos lo sabemos: con un rigor insuperable; en la lengua original, indicando título exacto, edición, fecha, página o verso; por ejemplo, así: «Yo cito siempre por la siguiente edición: *Rime di Luigi Groto, Cieco d'Hadria. Parte prima. A cui seguono altre due parti...* Venecia, 1610 (ejemplar, que perteneció a Gayangos, en la Biblioteca Nacional, 3/26027-9). En las citas que siguen en el texto, el numeral romano indica la parte; el arábigo, el folio.» Pues bien, a la frase citada sobre las generaciones sigue esta nota: «Véase para todo esto el admirable libro de Pedro Laín Entralgo, *Las generaciones en la Historia*. Esta obra, junto con el esencial ensayo de Ortega, son las mayores aportaciones españolas al debatido tema.» Aparte de que ya la cronología reclamaría un orden inverso, ¿cuál es «el esencial ensayo de Ortega»? ¿A qué escrito remite esa vaga alusión? Porque el caso es que Ortega no ha escrito ningún ensayo sobre las generaciones; muchas páginas diseminadas a lo largo de su obra, y dos grandes trozos de dos libros. ¿En qué textos piensa, pues, Dámaso Alonso y aconseja buscar al lector?

Una inexactitud de otro tipo encontramos en un artículo de José Antonio Maravall, titulado *Barroco y racionalismo* (65), que comienza con estas palabras: «Viene siendo un fenómeno frecuente que la historia del arte preste sus categorías y sus leyes a las demás ramas de la historia de la cultura. Así sucede con los conceptos fundamentales que definen la ley de una época entera, en todas sus manifestaciones, tales como el «gótico», el «renacimiento» y más recientemente es lo que ha pasado con el del «barroco». La categoría histórica de «generación» que Pinder formuló para captar científicamente el hecho de la historia del

(65) *Finisterre*, tomo I, fasc. 2, p. 171. Febrero de 1948.

arte en Europa, Ortega, Petersen y otros la han extendido con excelentes frutos a otros campos de la investigación del pasado.» Ahora bien, hemos visto que la idea de generación no se ha originado en la historia del arte, sino en la teoría de la sociedad, y sus aplicaciones a la realidad artística han sido tardías; que mucho antes que Pinder la han formulado otros investigadores, y entre ellos Ortega, cuya labor ha consistido no en una aplicación histórica más o menos amplia, sino en la formulación de la teoría general de las generaciones y del método de investigación que dimana de ella. Esta inexactitud, aun en una frase dicha de pasada y en un artículo que no se hace directamente cuestión del problema, resulta inesperada en un investigador de las calidades de Maravall, de erudición tan pulcra y amplia, historiador minucioso y concienzudo de las ideas políticas, discípulo directo de Ortega y familiarizado con su obra desde los días de su adolescencia, y sólo se explica por la curiosa imprecisión con que se ha solido tocar este tema de las generaciones.

Si ahora pasamos de estas menciones oblicuas y marginales a los textos que se han hecho directamente cuestión de él, encontramos que alternan en ellos el acierto y el error. El primero que se ocupó en España con algún detenimiento, después de Ortega, de este problema, fué el admirable poeta Pedro Salinas, agudo investigador, a la vez, de nuestra literatura contemporánea, que ha sabido analizar con incomparable sensibilidad y finura. En un discurso pronunciado en el P. E. N. Club, en diciembre de 1935, Salinas estudió *El concepto de generación literaria aplicado a la del 98* (66). Advierte que «se trata únicamente de unos apuntes, resumen de un trabajo de clase y no de una redacción definitiva ni de un punto de vista absoluto». Salinas alude a la denominación «generación del 98», y agrega: «Poco más o menos en los años en que esta frase se lanzaba en España, por Azorín, y comenzaba la polémica, se iba desarrollando en la ciencia de la

(66) *Revista de Occidente*, n.º CL, p. 249-259. Diciembre de 1935.

Literatura alemana la noción de generación literaria. Se concibió primero históricamente, en general; luego se aplica a las artes plásticas de la literatura (*sic*), y desde Dilthey, en su *Ensayo sobre Novalis* (1865), hasta Jechske (1935), hay una serie de ensayos sobre esta materia, entre los cuales los más aclaratorios son los de Pinder, Wechssler y Petersen, que tratan, más o menos especialmente, sobre lo que sea generación en historia literaria.» «Lo que yo quise hacer en mi clase—continúa—... es ver si aquello que Azorín llamaba «generación», por una buena ventura, por una intuición feliz o por una opinión puramente personal, podía corresponder a lo que llama generación la historiografía literaria alemana. En suma: traer a la polémica capital, si hay o no hay generación del 98, el juicio dirimente que nos proporciona la confrontación de los hechos literarios acaecidos en la España de principios del siglo XX con las características que una generación literaria presenta, según Petersen, en su estudio *Las generaciones literarias*.» Vemos hasta qué punto se ha concedido crédito a Petersen: nada menos, se le atribuye el juicio dirimente para decidir si a algo se puede llamar o no generación, si existe o no la del 98; pero hemos visto lo deleznable e insuficiente que es la doctrina de Petersen, más aún, cómo el concepto mismo de «generación literaria» es infecundo y, a lo sumo, tendría el valor de una ejemplificación o particularización abstracta de la generación histórica en su plenitud. Y sorprende también que Salinas no utilizase en este trabajo una teoría más antigua, más próxima e incomparablemente más profunda, que es la de Ortega. Es cierto que de ella se ocupó en su curso universitario de las mismas fechas, y que Salinas tiene plena conciencia de la provisionalidad e insuficiencia de estas notas; pero es claro que la excesiva atención a lo profesional lo llevó a desmesurar el alcance del estudio de Petersen, sin reparar en que la realidad de las generaciones sólo se puede comprender desde la teoría general, no desde sus minúsculas aplicaciones intraliterarias (67).

(67) Muy poco después, en 1936, intentó Adolfo Salazar aplicar la

En un trabajo titulado *Sobre sociedad e historia*, se ocupó José Gaos, a fines de 1939, del problema de las generaciones (68). Su propósito no es tratar temáticamente de él, sino utilizar el concepto para una concreta cuestión referente a la historia, y de ahí la brevedad de sus indicaciones. Pero éstas son, como era de esperar, precisas y orientadoras. «Las generaciones—escribe—se revelan como la entidad estructuradora de la historia. La doctrina o teoría de las generaciones ha venido a ocupar últimamente una plaza importante en la filosofía y en otras disciplinas, por ejemplo, en la llamada ciencia de la literatura; una plaza central en la filosofía de Ortega y Gasset, que es acaso el filósofo que ha contribuido más directamente a darle la que ha venido a ocupar, y de quien la he recibido. Pero se trata de una teoría a la que pueden encontrársele antecedentes venerables. Un fragmento de Heráclito hace la observación de que «el hombre puede ser abuelo a los treinta años»: Ortega articula las generaciones sobre el módulo de los quince años. Mas ya Homero habla de las generaciones humanas comparándolas con las de las hojas de los árboles—en lo que no resulta ciertamente moderno, como vamos a ver. Había en la filosofía antigua temas de la vida humana que desaparecieron de la filosofía con el tema mismo de la vida humana, cuando la filosofía se aplicó a otros temas, extrahumanos o abstractamente humanos, como a los temas físicos o epistemo-

idea de las generaciones a la historia del romanticismo, en particular a la música. Salazar, que sólo cita el libro de Ernest Seillière *Le Romanisme* (1925), toma las generaciones según la vieja interpretación genealógica, y por ello toma como intervalo los treinta años; con esta idea intenta distinguir dos generaciones musicales románticas, la segunda dividida en tres promociones. (Cf. *El siglo romántico* (1936), p. 16-17, y *La música en el siglo XX* (1936), p. 21-25 y 217-219.) Salazar supone la alternativa de períodos de tres generaciones o treintenas, a los que llama metafóricamente “siglos cortos”, y otros de cuatro, a los que denomina “siglos largos”; así, por ejemplo, el XVIII y el XIX, lo que le hace esperar que el XX sea “corto”.

(68) Cf. *Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía* (México, 1947), p. 135 ss.

lógicos la filosofía moderna, para reaparecer en la contemporánea «filosofía de la vida». A continuación, Gaos examina varias posibilidades—que las generaciones fuesen individuales, de una pareja de individuos, que hubiese una generación única (es decir, que todos los hombres fuesen coetáneos), que las generaciones fuesen «contiguas» por los extremos, pero no se superpusieran parcialmente; que fuesen iguales entre sí, como las vegetales o animales—, y concluye que en todos esos casos *no habría historia*; y de ahí parte para insinuar la hipótesis—ajena a nuestro tema—de que existan porciones de humanidad ajenas a la historia en su sentido propio, en el caso de existir «generaciones humanas inmutables y ajenas a la historia»; pero esto es sobradamente problemático, a pesar de ciertas apariencias—salvajes, pescadores, campesinos, pastores, etc.—en que insiste Gaos.

Todavía en los últimos años ha habido más resonancias españolas—en España y en América—de la teoría de las generaciones. En 1944, María Luisa Caturla, en un libro sumamente sugestivo e inteligente, *Arte de épocas inciertas*, se sirve del concepto de generación para aplicaciones concretas y oportunas; para ello, resume en pocas páginas la teoría de Ortega, con algunas referencias a Pinder y una alusión a los reparos de Huizinga (69). María Luisa Caturla omite, por supuesto, los fundamentos filosóficos de la teoría orteguiana y aun la teoría general, para detenerse en la articulación concreta de las generaciones; pero lo más importante se apunta, y se utilizan los textos más explícitos y maduros en que Ortega ha expuesto su doctrina, que aquí aparece, dentro de esa limitación, certeramente presentada.

Un año después, Alonso Zamora, filólogo y estudioso de nuestra literatura, ha intentado una aplicación de la idea de las generaciones a un tema literario: la lírica española del siglo XVI. En un discurso inaugural de la Universidad de Santiago, *Sobre petrarquismo*, Zamora se propone sustituir la tradicional división de los poetas españoles de esa época en las escuelas salman-

(69) *Arte de épocas inciertas*, p. 151 ss.

tina y sevillana por una agrupación según generaciones. Y escribe: «El intento de una historia por generaciones aparece en la historiología alemana del siglo XIX. Ranke y Dilthey ya se ocuparon del tema. Posteriormente, nuestro Ortega y Gasset y el alemán Petersen han insistido en la cuestión hasta perfilar las características generacionales. Un acertado resumen de la historia del concepto «generación» puede encontrarse en el reciente libro de Pedro Laín Entralgo. Yo, por mi parte, me atenderé a los postulados de Petersen, y en alguna ocasión, a los de Ortega. Expuse ampliamente ambas teorías en un curso universitario en Santiago de Compostela, durante el invierno de 1944» (70). Este trabajo es un repaso o resumen de las conclusiones obtenidas en ese curso. Se advierte en él la herencia de Petersen: la teoría de las generaciones es alemana y parte de Ranke y Dilthey. Zamora resume brevemente algunas ideas de Ortega en *El tema de nuestro tiempo*; no utiliza las que contienen otras obras, aunque cita *Esquema de las crisis* (publicación parcial en 1942 de *En torno a Galileo*, curso al que se refiere explícitamente) y declara conocer uno de los artículos de *La Nación* que contenían la parte del curso de 1933 no publicada aún en libro; a pesar de ello, añade: «La teoría de Ortega está, en verdad, falta de un estudio sistemático y amplio *por parte de su autor*» (71). Parece esto un tanto extraño, ya que la exposición de ella que hago en este libro se basa exclusivamente en textos anteriores a la fecha del trabajo de Zamora, y casi sólo en los mencionados en éste.

Por lo demás, Zamora, tal vez movido por su interés concreto hacia un grupo de escritores, subraya el *deseo* de innovación y notoriedad como componente de las generaciones, y desliza entre las ideas de Ortega alguna frase que alude a determinaciones de la vida individual: «Al llegar a la vida, una generación se encuentra con los módulos, con las normas que la anterior impuso. *El que viene desea añadir algo al pasado. No quiere pasar desco-*

(70) *Sobre petrarquismo* (1945), p. 11-12.

(71) *Ibid.*, p. 11, nota.

nocido en el engranaje común» (72). A continuación enumera y expone los ocho caracteres de la generación, según Petersen, y concluye: «De todo lo que queda señalado, se deduce que generación *no quiere decir una medida de tiempo regular*, ni una igualdad determinada por el nacimiento, sino una unidad de existencia, una semejanza vital determinada por una comunidad de destino que implica, a su vez, una igualdad de experiencias y de objetivos... El concepto de generación así expuesto *no tiene más que un valor de guía total, de fondo sobre el que dibujar las mudanzas históricas*» (73). Los subrayados son míos.

La segunda parte del trabajo está dedicada a precisar los componentes de dos generaciones de petrarquistas españoles; para ello, Zamora se atiene a sus nombres, únicamente, sin tratar de determinar la serie de las generaciones en su tiempo, ni siquiera establecer conexiones con otros españoles coetáneos; no se indica, pues, la razón de que los dos grupos enumerados pertenezcan a otras tantas generaciones, a no ser la presencia en ellos de algunos factores—los interindividuales—de la lista de Petersen. No se determina la duración de esas generaciones. Para la primera, el nombre más antiguo que se indica—mucho más que el resto del grupo—es el de Sá de Miranda (1481), y el último, el de Camoës (1524): habría, pues, cuarenta y tres años de distancia entre los miembros extremos de la generación. lo cual excede, no sólo—triplicándola—la duración fijada por Ortega, sino la genealógica; si se prescinde de Sá de Miranda y se empieza en Garcilaso y Hurtado de Mendoza, la distancia es de veintiún años. Respecto a la segunda generación, arranca de Ramírez Pagán (1525) y llega, por lo menos, a San Juan de la Cruz (1542), con una distancia de diecisiete años. El tomar como fecha terminal de la primera el 1524 y como inicial de la segunda el 1525 supone un criterio absolutamente preciso respecto a la divisoria; pero su razón no se indica. Se ve, pues, cuántos problemas previos sería

(72) Ibid., p. 13.

(73) Ibid., p. 20-21.

menester dilucidar antes de llegar a una aplicación tan restringida como la que aquí se intenta; y conviene tener presente que esta aplicación, tal como se realiza en este trabajo, sólo nominalmente coincide con el método histórico de las generaciones.

Un ensayo mucho más meditado de plantear el problema de las generaciones, como corresponde a la índole de la obra en que se encuentra, es el de Francisco Ayala en el volumen II de su *Tratado de Sociología* (74). Ayala sitúa el tema dentro de un capítulo que trata de «La estructura de la vida humana y su articulación histórico-social en generaciones»; lo coloca, pues, en su lugar adecuado; se refiere al análisis de la existencia humana en Bergson, Heidegger y Ortega, y se sirve en diversa medida de sus resultados, especialmente del último; y sus aciertos no terminan aquí: conoce la presencia del tema de las generaciones en Comte—aunque sólo cita un pasaje menos importante—; afirma que la generación es el «eslabón sobre que engrana el proceso histórico-social»; que en ella puede encontrarse «la unidad histórica más elemental y, por consiguiente, también el concepto cardinal de la Sociología» (75).

Ayala examina después las dificultades de la interpretación genealógica de las generaciones, y la rechaza como imposible (76), por lo cual recurre a la doctrina de Ortega. Se refiere a *Esquema de las crisis* y dice que «aún inconcluso, es por hoy el más completo estudio con que se cuenta para el problema de las generaciones» (77). Ahora bien, Ayala, sin exponer la fundamentación filosófica de la teoría ni, lo que es más grave, la teoría analítica o abstracta de las generaciones, empieza desde luego por la determinación de las generaciones concretas de quince años; es decir, por lo que todavía no se ha podido tocar en este libro. Este error

(74) *Tratado de Sociología*, vol. II; *Sistema de la Sociología*, p. 152-181, Buenos Aires, 1947.

(75) *Ibid.*, p. 152.

(76) *Ibid.*, p. 153-155.

(77) *Ibid.*, p. 155.

metódico, sorprendente en una obra tan extensa, minuciosa e importante, lo lleva a tropezar con dificultades que presenta como objeciones a la teoría orteguiana y que, al menos en su máxima parte, están resueltas por esa misma teoría. Ayala no advierte que la elección de una figura—por ejemplo, Descartes—como punto de partida para el establecimiento de la serie de las generaciones, no es para Ortega más que un primer paso metódico, y que es la realidad histórica misma, no las figuras individuales, quien determina la serie; pero, para desarrollar su objeción, dice Ayala—y esto es lo más grave—: «Así, por ejemplo, tomando como eje el año 1622, fecha en que Descartes, nacido en 1592, cumplió los treinta, tendremos que Bacon (n. 1560) pertenece a la generación de 1577-92; Galileo (n. 1564), a la siguiente de 1592-1607; mientras que Richelieu (n. 1585) y Hobbes (n. 1588) pertenecen ambos a la de 1607-1622» (78). Y a continuación expone las dificultades que esta división suscita y las posibilidades de elegir otras figuras para establecer la serie.

Pero ocurre: 1.º Que Descartes no nació en 1592, sino en 1596, y por tanto cumplió los treinta en 1626, con la cual la escala de las generaciones es completamente distinta, y sus articulaciones otras. 2.º Que Bacon tampoco nació en 1560, sino en 1561. 3.º Que la fecha elegida en cada caso por Ortega es la fecha *central* de la generación, no *final*, como parece entender Ayala, y por tanto está constituida la generación por el año elegido, los siete anteriores y los siete siguientes. 4.º Que Ayala incluye un mismo año—1592, 1607—en *dos* generaciones, con lo cual la confusión es definitiva, y además las dos generaciones últimas tienen dieciséis años. No soy demasiado asustadizo, y no estoy dispuesto a hacer aspavientos por un error de fechas; excepto en un caso: cuando se funde precisamente en ellas un razonamiento e incluso una crítica a una teoría. Resulta simplemente incomprensible este descuido en una obra de las pretensiones y el valor científico de la de Ayala.

Por lo demás, tiene una visión certera de lo que significan las

(78) *Ibid.*, p. 156.

generaciones literarias o artísticas: ejemplifican el concepto general, concretado, «condensado», en forma más accesible y que permite una aproximación inicial. Pero la omisión de las porciones más sustanciales de la teoría, previas a su detalle, hace que Ayala pase a veces por alto momentos decisivos. «La generación—escribe—no puede ser definida en cuanto concepto sociológico, con arreglo a puros criterios de cronología» (79); pero hay que advertir que la cronología histórica no es nunca *pura cronología*, porque las fechas significan realidades históricas, estructuras de la vida colectiva; claro es que Ayala tiene que agregar que «la cronología resulta indispensable para fijar el concepto de generación... una generación no puede extenderse más allá de ciertos límites, nada amplios por cierto, en el tiempo» (80). Por cierto, Ayala se da cuenta de las deficiencias de la caracterización, «no muy brillante en verdad», que hace Petersen de las generaciones.

El envaguecimiento cronológico de la idea de generación se debe a que Ayala no hace un uso adecuado y suficiente del concepto de *vigencia colectiva*, y propende a considerar las cosas desde el punto de vista de la vida individual; a esto se refiere—a pesar de la denominación—lo que llama «edad social» y hace variar de una época a otra—incluso próximas—y de una a otra clase social (81).

Estas son las más importantes repercusiones y resonancias españolas de la teoría de las generaciones, desde la referencia incidental, pero significativa, hasta la consideración detallada dentro de una construcción doctrinal (82). Falta por examinar la obra de Laín, que por su extensión y empeño merece párrafo aparte.

(79) *Ibíd.*, p. 157.

(80) *Ibíd.*, p. 158.

(81) *Ibíd.*, p. 162.

(82) Una exposición sumamente breve, pero certera y con citas de Ortega bien escogidas, se encuentra en el *Diccionario de Filosofía*, de José Ferrater Mora (2.^a ed., México, 1944), art. Generación.

Laín Entralgo.

El único español que hasta ahora ha escrito un libro sobre las generaciones — ni siquiera Ortega lo ha hecho — es mi excelente amigo Pedro Laín Entralgo. Laín llegó al tema por necesidades internas de sus trabajos de historiador. Ya en 1944, en su libro sobre Menéndez Pelayo, topó con él y postuló su estudio. Al hilo de este libro y de otras indagaciones sobre la cultura española, Laín se sintió llevado a estudiar la generación del 98, sobre la que ha escrito un grueso e interesante volumen; pero antes de hacerlo tuvo que intentar ponerse en claro qué es una generación, y por eso tuvo que intercalar, en 1945, un tomo sobre *Las generaciones en la historia*.

De los siete capítulos de este libro, los cinco primeros son previos al tema estricto de las generaciones; tratan respectivamente, de «El apoyo del hombre en la historia», «La inseguridad del hombre», «La salida de sí mismo», «La creación histórica, el hastío y la novedad» y «Biología e historia. El ingreso del joven en la vida histórica». Sólo los dos últimos (p. 207-330) están dedicados a tratar de las generaciones, bajo la rúbrica «La generación como concepto historiológico». El VI hace una «Historia del concepto»; en ella, Laín alude al período precientífico del vocablo e investiga después su período científico; aparte la mención de Dronel y Cournot. Laín limita su historia a los alemanes—Ranke, Dilthey, Lorenz, Petersen, Pinder, Wechsler, Drerup, Mannheim—y Ortega. En el capítulo final, plantea varios problemas y expone sus ideas personales.

Laín utiliza ampliamente los textos de Ortega, que resume y comenta con notable precisión, para dar cuenta de su doctrina. Pero parte desde luego de la teoría concreta, sin entrar en los fundamentos generales, y de ello se resiente su exposición en lo que se refiere al «lugar» de las generaciones y, por consiguiente,

su tipo de realidad. La objeción principal que hace a Ortega es la de biologismo y vitalismo. «Adviértese sin esfuerzo—dice—el excesivo biologismo historiológico de Ortega. La historia es una entre «todas las demás disciplinas biológicas», dice textualmente» (83). Más adelante escribe Laín: «Aunque Ortega extrema la interpretación biográfica de las edades, es la edad el portillo por el cual se mete la Biología en la Historia, hasta constituirse en su «razón» y determinarla imperativamente. No en vano ve en el rítmico juego de las generaciones «un automático mecanismo». Lo primario en el pensamiento historiológico de Ortega, como en el de todos los que hacen de la generación el concepto fundamental y elemental del acontecer histórico, es su radical vitalismo. Pero la Historia es resultado de acciones «personales», aunque esas acciones hayan de ser ejecutadas por cuerpos vivientes. Por eso la idea de una «zona de fechas» no es un hallazgo empírico, sino una construcción al servicio de un *a priori*: el *a priori* de la coetaneidad «vital», de la generación y, en último extremo, de la concepción biológica de la Historia. Si Ortega no hubiese pensado que «la Historia es una más entre las restantes disciplinas biológicas», como nos dice en *El tema de nuestro tiempo*, seguramente no hubiese llegado a esta idea de la generación» (84).

¿Están justificados estos reparos? Habría que recordar algunas cosas: 1) Que Ortega advierte en *El tema de nuestro tiempo*: «Los términos «biología, biológico», se usan en este libro—cuando no se hace especial salvedad—para designar la ciencia de la vida, entendiendo por ésta una realidad con respecto a la cual las diferencias entre alma y cuerpo son secundarias» (85). 2) Que en el mismo libro, después de distinguir entre *zoé* y *bios*—vida biológica y vida biográfica—, añade: «Lo que el cristianismo prefiere a esta vida no es la existencia exánime, sino pre-

(83) *Las generaciones en la historia*, p. 227.

(84) *Ibid.*, p. 236, nota.

(85) *El tema de nuestro tiempo*, O. C., III, p. 148.

cisamente la otra vida, la cual podrá ser todo lo «otra» que se quiera, pero coincide con «ésta» en lo principal: en ser vida. La bienaventuranza tiene un carácter biológico, y el día, tal vez menos lejano de lo que el lector sospecha, en que se elabore una biología general, de que la usada sólo será un capítulo, la fauna y la fisiología celestiales serán definidas y estudiadas biológicamente, como una de tantas formas «posibles» de vida (86). Se ve, pues, en qué consiste el «biologismo» de Ortega y hasta qué punto es independiente de una mera adscripción al cuerpo vivo.

3) Que las edades, como vimos largamente, no son primariamente asunto biológico, no son—dice Ortega—edades del organismo, sino de la vida biográfica, papeles o funciones de ella.

4) Que la existencia de un mecanismo automático tampoco prueba el menor biologismo. ¿Es que no hay otros automatismos, concretamente los sociales? Y ¿es que el mecanismo biológico, por otra parte, está excluido como componente de una realidad concreta que no es biológica?

5) Que Ortega escribió en 1924 un largo ensayo, cuyo título, *Ni vitalismo ni racionalismo*, es suficientemente expresivo.

6) Que, en efecto, la idea de una «zona de fechas» no es un hallazgo empírico; pero que no es, tampoco, una «construcción al servicio de un *a priori*», sino un contenido de la *teoría analítica*, cuyo sentido hay que tener bien claro para entender la doctrina de las generaciones. Venos, pues, cómo la falta de una reflexión suficiente sobre la estructura teórica del pensamiento de Ortega ha hecho que ni siquiera Laín, a pesar de su minuciosidad y esfuerzo y de sus magníficas condiciones intelectuales, esté exento de errores en su interpretación.

Para Laín, el origen de la idea de generación, en el siglo XIX, procede de una confusión entre la vida biológica y la vida personal. «La generación—escribe—, un período de la vida biológica del hombre, fué proclamada la unidad más elemental e idónea, y hasta el concepto fundamental de la vida histórica» (87). Pero

(86) *Ibid.*, p. 189.

(87) *Las generaciones en la historia*, p. 280.

esto quiere decir que es Laín quien tiene una idea biológica de la generación, hasta el punto de no admitir que pueda ser otra cosa; por eso no ve su dimensión extrabiológica, que es aquella que la constituye en categoría histórica; y por eso su certera idea de que la historia no puede construirse con biología lo lleva a invalidar la idea misma de generación. Y a renglón seguido añade este párrafo, que no puedo leer sin alguna extrañeza: «Con tanto derecho como el lapso temporal de la generación pudieron aspirar el período biológico del ritmo alimenticio o el del ciclo vigilia-sueño a esta doble dignidad de metro y categoría fundamental del suceder histórico. Nada se violenta la realidad de las cosas con pensarlo así» (88). Las razones que han hecho elegir la generación son, según Laín: la relativa duración, el ser más «convivencial», sin dejar de ser algo biológico, y que permite esquematizar cómoda y artificiosamente la contemporaneidad de las distintas edades. Y concluye con estas frases: «No obstante estas salvedades, el truco intelectual subsiste. Quien toma a la generación como unidad elemental de la mudanza histórica, y como categoría fundamental del acontecer, da, sépalo o no lo sepa, gato biológico por liebre histórica y personal» (89). Palabras cuya falta de justificación y de medida disuena en la noble prosa de Laín, que suele unir el rigor a la serenidad.

La consecuencia de todo esto es que la generación, para Laín, no es una *categoría histórica*, sino un *suceso histórico*, que se puede describir. La generación tiene, pues, una «radical indefinición», geográfica, social, cronológica, temática y de la convivencia; no se distinguen entre sí por la índole de su quehacer, sino por el modo de hacer lo que hacen; por último, considera el estilo de una generación como una semejanza de los *hábitos personales* de sus miembros.

No se puede comprender rectamente la realidad de las generaciones si se las desgaja del ámbito en que como tales se consti-

(88) *Ibíd.*

(89) *Ibíd.*, p. 281.

tuyen. Y sin una teoría de la vida social e histórica, fundada en una filosofía suficiente, es imposible la teoría analítica de las generaciones, condición inexcusable de la comprensión de éstas en su existencia concreta. Los errores que cabe imputar a Laín proceden de la falta de estos supuestos; más que de lo que hay en su libro, lleno de ideas valiosas y acertadas, de lo que sería previo a él. Y es éste un caso ejemplar, porque en un intelectual de tan recta voluntad como Laín, tan pulcro y cuidadoso en la documentación de sus estudios, esa ausencia procede de algo anterior a su indagación misma, de un supuesto previo, sobre el que no ha reobrado con suficiente energía, y que radica en el contorno social en que hoy se vive.

Este sumario recuento de las vicisitudes por que en nuestro siglo ha pasado el tema de las generaciones nos lleva a una conclusión, tal vez inesperada: que la teoría de Ortega, a pesar de lo mucho que sobre este problema se ha escrito en Europa, no sólo es la primera, sino en rigor la única. Y todavía habría que decir más: que aún no ha sido rectamente entendida en su integridad y alcance justo; menos aún, utilizada metódicamente. La teoría está, pues, intacta y, si queremos dar a las palabras todo su vigor, desconocida: como si se hubiese pensado en Sirio o en la estrella Alfa del Centauro, y no en Madrid.

V

LOS PROBLEMAS DE LA TEORÍA DE LAS GENERACIONES

AL llegar a este punto, conviene volver un momento la mirada atrás y contemplar desde una nueva perspectiva el camino que hemos ido dejando a nuestra espalda. Encontramos al comienzo de este libro el tema de las generaciones como un viejísimo hallazgo de la experiencia de la vida, que sólo muy tardíamente se convierte en problema científico. ¿Era un interés arqueológico el que nos llevó a considerar los antecedentes milenarios de nuestro tema? ¿Tal vez una curiosidad erudita? Más bien otra cosa: la prueba de su realidad. Hoy existe una teoría de las generaciones, pero las generaciones, ellas, no son una teoría, sino una realidad con que los hombres han topado, fuera de todo propósito teórico, que han manejado con imprecisión durante muchas centurias, y que hoy consideramos con otra óptica.

Pero ocurre preguntarse: ¿es esto un capricho? ¿Era un modo deficiente aquella antigua imprecisión? ¿Es un lujo, por el contrario, esta precisión nuestra? Conviene superar la ingenuidad del racionalismo y del progresismo, no caer en la actitud de *parvenus* de la ciencia en que han solido colocarse el científico, el ingeniero, el médico, desde hace doscientos años, los cuales, desde el orgullo de sus disciplinas actuales, han acostumbrado considerar como lamentables y deficientes los primeros pasos de sus ciencias. (Entre paréntesis: los arquitectos no han *podido* caer

en ese error, por la calidad y mole de edificaciones remotísimas, ya que los antiguos construyeron edificios tan buenos como los actuales: dato que conviene tener en cuenta para ponderar comparativamente las capacidades técnicas de los antiguos, y orientarse respecto a sus *pretensiones*; si no fueron tan buenos ingenieros como arquitectos, ¿no será porque no *querían*, porque no lo *necesitaban* humanamente en el mismo grado?) Hay que interpretar todo saber en función de una situación que lo reclama. La «imprecisión» en el manejo de las generaciones era una precisión suficiente dentro de otras estructuras de la vida humana, en la dimensión concreta de su relación con la historia; ahora bien, esta relación ha experimentado en los últimos cien años una variación de un orden de magnitud incomparable con todo lo anterior, por razones, a su vez, históricas y sumamente precisas. Por haber sufrido la vida humana una alteración radical en orden a su relación con la historia, le ha ocurrido también al tema de las generaciones la peripecia, nada trivial, de convertirse en problema científico. Esto nos lleva como de la mano a la conclusión de que una de las teorías que nos han pasado es la teoría de las generaciones; se entiende, su necesidad, que esta vez—por una buena fortuna con la que no se puede contar siempre—ha venido a coincidir con su posibilidad.

No olvidemos que partimos de preguntarnos por los personajes, los «quiénes» del drama que es la vida histórica, y por su «unidad de tiempo» o presente histórico elemental. Necesitamos saber qué son generaciones y a cuáles de ellas pertenecemos. Para ello, hemos contado, por lo pronto, la historia del tema, en sus momentos capitales. No por simple curiosidad, ni por afán de erudición, que me es totalmente ajeno, sino por tres razones bien distintas: 1) Porque esa historia es justamente la constitución histórica del tema como tal. 2) Porque se trata de uno de los contados casos en que nos es dado asistir a la génesis íntegra de una disciplina humana importante; y 3) Porque es un caso ejemplar y revelador de ciertas estructuras de la vida intelectual de los

últimos cien años, y convenía extraer de él enseñanzas generales sumamente importantes.

Razón histórica.

Al hacer esa historia y en su lugar cronológico, es decir, después de los intentos del siglo XIX, ha aparecido intercalada la exposición de la única teoría de las generaciones existente hasta ahora: la de Ortega. Vimos cómo su cronología coincide, con extraña exactitud, con la constitución de los supuestos metafísicos y sociológicos que la han hecho posible, y a la vez con su inaplazable necesidad: el momento en que el hombre europeo ha incorporado a su vida la conciencia de su historicidad, por lo pronto en la forma apresurada y desorientadora del historismo. No se trata aquí de teoría, sino de lo que les ha pasado efectivamente a los hombres, aunque de ello se haya hecho esa teoría; pero conciencia de historicidad e historismo son cosas diferentes, que conviene no confundir.

En una situación dominada por la conciencia de historicidad y la interpretación historista de ella ha aparecido la primera teoría estricta de las generaciones, hecha posible por el método de la razón histórica. ¿Qué significa ésta, como actitud intelectual? Una razón para navegar, no para andar por la tierra firme, menos todavía—como las formas degeneradas de la razón—para andar por casa. Se trata de moverse en un elemento móvil, flúido, plástico, que es la vida humana. Pensar según la razón histórica es embarcarse en una aventura por un elemento incierto y movedizo; de ahí que los más pierdan pie, porque esperan habérselas con un suelo firme, sin darse cuenta de que la seguridad del instrumento la da justamente el adaptarse a la plasticidad móvil de lo real, como el barco se ajusta a la fluctuación de las olas. Esta es la causa de que la filosofía de la razón histórica y vital sea mínimamente comprendida y suela producir mareo a los hombres de tierra adentro, que nunca han salido de los carriles de la razón

abstracta, buenos para caminar sobre el rígido lomo de las cosas inertes.

Pero hay que tener presente el otro lado de la cuestión: el barco necesita para navegar, justamente para plegarse a la fluencia de la onda y seguirla en su ondular, una estructura rígida. Esta es la función de lo que hemos llamado analítica o teoría abstracta de la vida—y de la historia—, imprescindible, pero en la que es imposible quedarse, porque su función consiste en llenarse de contenido concreto e histórico. En otros términos, hay que botar el barco y navegar, porque el barco sólo es barco en la mar, y es la navegación quien le confiere su efectivo y actual ser de barco. La general incompreensión de la teoría orteguiana de las generaciones y su consiguiente esterilidad en las mentes extrañas y en las próximas se ha debido a que unos se han quedado en el esquema, como un armatoste inerte, varado en la playa, y otros—los más—han pretendido atenerse a la pura fluencia empírica, o lo que es lo mismo, navegar en un barco de agua.

Lo que sabemos y lo que no sabemos.

Los pasos que hemos dado hasta ahora adquieren figura y precisión al considerarlos en su conjunto: sabemos ya unas cosas, ignoramos todavía otras; todas ocupan su lugar en la imagen de la teoría íntegra postulada. ¿Qué sabemos hasta este momento?

1) Que hay generaciones, en virtud de la estructura general de la vida humana individual y de la sociedad o vida colectiva.

2) Que coexisten varias generaciones en un mismo momento; es decir, que en cada fecha hay grupos de contemporáneos que no son coetáneos. Las generaciones no se suceden en fila india, sino que se entrelazan, se solapan o empalman (1).

(1) Mentré, que advierte el fenómeno, aunque no interpreta bien su sentido y sus consecuencias, emplea la imagen acertada de que las generaciones están imbricadas "como las tejas de un tejado".

3) Que la marcha efectiva de la historia procede por generaciones, y esa distensión de varias generaciones coexistentes constituye la estructura misma, intrínsecamente histórica, de la sociedad.

4) Que la duración de las generaciones es de unos quince años.

Pero al llegar aquí se advierte que cambia el paisaje; que hemos cruzado, tal vez sin advertirlo, una frontera. Este último conocimiento deriva, en efecto, de otra fuente que los demás. Los tres primeros proceden de la teoría abstracta o analítica; el cuarto, que la duración de las generaciones sea de quince años, ¿cómo podría salir de aquella teoría? Los números tienen siempre algo extraño y azorante; no se sabe bien de dónde salen, ni si vienen a cuento o a cuenta. Como son algo superlativamente cómodo, a muchos el ver aparecer números los pone muy contentos y se lanzan con fruición a ellos, sin advertir que en ocasiones introducen, paradójicamente, una esencial vaguedad.

Este número 15 nos debe poner en guardia. Hay que darle el alto y preguntarle de dónde viene. ¿Hemos pasado la frontera de la teoría analítica para entrar en la historia? Si consideramos esto con atención veremos una tercera zona, intermedia, que ahora exhibe sus títulos de legitimidad y que sin ello se nos hubiera escapado. Se trata, en efecto, de un dato empírico, pero no meramente fáctico y azaroso, sino determinado por la duración de la vida humana y de las edades; es decir, es una *constante*, no, por supuesto, en el sentido en que se ha hablado de «constantes históricas», sino en un sentido análogo al que puede tener la «constante de Planck» o la aceleración de la gravedad en un punto del globo. Se trata, en suma, de un dato procedente de la estructura empírica: empírica, pero estructura. No de algo meramente contingente, de un puro *factum*, como, por ejemplo, que la guerra de los Treinta años durase ese tiempo, o América fuese descubierta en 1492. Aristóteles (2), Porfirio (3) y, a imitación de ellos,

(2) *Tópicos*, I, 5.

(3) *Isagoge*, 5. Es cierto que Porfirio distingue varios sentidos del

los escolásticos, distinguieron, entre lo esencial y lo accidental, lo que es «propio»: es esencial al hombre, decían, ser racional; le es accidental ser rubio; pero el tener dos pies o dos ojos, ni es esencial ni accidental: es *propio* del hombre. Pero aquí no se trata de esencias ni accidentes, ni por tanto de «propiedad», sino de conceptos funcionales, cuyo estudio tendría su lugar en una lógica del pensamiento concreto, que está por hacer y que hay que hacer (4); la alusión al concepto de «propio» es sólo ilustración remotamente analógica.

El viejo modo de pensar propendía a atribuir sin más las cosas humanas a un modo de ser fijo, que llamaba naturaleza. Dejando de lado el problema de si se puede hablar en algún buen sentido de naturaleza—concepto desorientador y equívoco—refiriéndose al hombre, es claro que la inmensa mayoría de las determinaciones que se solían adscribir a ella son históricas y adquiridas; lo que ocurre es que, en lugar de ser fugaces, son duraderas; han sido adquiridas, como la moda de usar tal tipo de corbatas, pero hace muchos siglos, tal vez antes del límite de nuestro conocimiento histórico; incluso cabría pensar, como caso ideal extremo, en determinaciones que afectasen a toda la historia humana: no por ello dejarían de ser históricas. La cifra 15, como duración de las generaciones, tiene una validez general, al menos dentro de dilatados ámbitos históricos. Más adelante será menester tocar algunos problemas que suscita.

Esto es lo que sabemos; pero seguimos sin saber cuáles son las generaciones y a cuáles de ellas pertenecemos. y esto es lo más grave. Andamos nuestra vida con los hombres de nuestra generación, y en cierta medida eso somos; al entrar en la vida, cada uno se incorpora a cierto estrato humano, a una sección de la sociedad, la de sus coetáneos; hay unos así como centros de gra-

idion, y su interpretación no coincide con la de Aristóteles, pero estas diferencias no hacen al caso.

(4) Cf. mi *Introducción a la Filosofía*, p. 297-311.

vitación social, con una especial discontinuidad entre ellos, hacia los cuales tienden los individuos.

¿Cómo determinar cuáles son esas generaciones concretas? Aunque el año de nuestro nacimiento determina nuestra adscripción a una de ellas, no nos basta con saberlo, porque desconocemos la escala de las generaciones, y por tanto no sabemos si nuestra fecha natal se sitúa en una generación o en otra, a qué altura—al principio, en medio o al final—de qué «zona de fechas» precisa. Para saber a qué generación se pertenece, hay que establecer primero la serie de las generaciones, y sólo entonces adquiere su pleno sentido y su lugar dentro de ella la fecha de nuestro nacimiento.

Esta operación no es nada fácil. Es menester no olvidar que las generaciones no están yuxtapuestas, sino ensambladas, y en cada momento coexisten varias. Por eso la pregunta que solía formularse en el siglo XIX—¿cuál es la generación actual?—no tiene sentido. Hay que distinguir dos tipos de actualidad: todas las generaciones que se dan en un momento histórico son actuales, en el sentido de que existen, pero sólo dos de ellas tienen plena actuación y son rigurosamente actuales; las otras, o todavía no lo son o ya han dejado de serlo; y se puede llamar, por último, generación *vigente* a la que «está en el poder», en su fase de «gestión», esto es, a aquella cuyo mundo es plenamente vigente. ¿Cómo es posible determinar la serie o escala de las generaciones?

El procedimiento de Ortega.

«Tómese—ha escrito Ortega—un gran ámbito histórico dentro del cual se ha producido un cambio en el vivir humano que sea radical, evidente, incuestionable. Es decir, partamos de un momento histórico en que el hombre vive tranquilamente instalado en una cierta figura de mundo. Por ejemplo, en 1300—la hora de Dante. Si deslizamos la mirada por el tiempo que sigue, vemos con toda claridad que el hombre europeo va perdiendo tranquili-

dad con respecto a su mundo. Un poco más allá vemos que ese mundo se viene abajo y el hombre no sabe qué posición tomar. Seguimos y arribamos a otra fecha en que le hallamos nuevamente tranquilo. Se ha instalado de nuevo en un mundo cierto y en él persevera complacido durante siglos... La Edad Moderna... nos muestra con sobrada claridad el desarrollo insistente y continuo de ciertos principios de vida que fueron por primera vez definidos en una cierta fecha. Esta fecha es la decisiva en la serie de las fechas que integran la Edad Moderna. En ella vive una generación que por vez primera piensa los nuevos pensamientos con plena claridad y completa posesión de su sentido: una generación, pues, que ni es todavía precursora, ni es ya continuadora. A esa generación llamo generación decisiva. En el orden del pensamiento filosófico y de las altas ciencias.., no hay duda alguna de cuándo acontece esa maduración ejemplar del tiempo nuevo: es el período que va de 1600 a 1650. Se trata de aislar en ese período la generación decisiva. Para esto se busca la figura que con mayor evidencia represente los caracteres sustantivos del período. En nuestro caso, no parece discutible que ese hombre es Descartes... Con esto tenemos el «epónimo de la generación decisiva», logrado lo cual, el resto es obra del automatismo matemático. Anotamos la fecha en que Descartes cumplió los treinta años: 1626. Esa será la fecha de la generación de Descartes—punto de partida para fijar a uno y otro lado las demás, sin más que añadir o restar grupos de quince años... Las fechas 1626, 1611, 1596, etc., han sido denominadas por mí fechas de generaciones, no de personas. Sólo en el caso inicial hemos elegido como fecha de una generación la fecha de los treinta años de un hombre determinado. Colocados, pues, en 1626, decimos: esta fecha es el centro de la zona de fechas que corresponde a la generación decisiva. Por tanto, pertenecerán a ella los que hayan cumplido treinta años, siete años antes o siete años después de esa fecha. Por ejemplo, el filósofo Hobbes nace en 1588—cumple los treinta en 1618. Sus treinta años distan de los treinta de Descartes, ocho.

Está, pues, lindando con la generación de Descartes: un año menos y pertenecería a ella. Pero el automatismo matemático nos obliga a colocarlo, por lo pronto, en otra anterior» (5).

Este es el *modus operandi* propuesto por Ortega para la fijación de una *generación decisiva*, y con ella de la serie. Pero ¿no será excesiva esta simplicidad? ¿No se tratará de una elección arbitraria y una mecanización infundada? Ortega escribe a renglón seguido: «¿Qué se pretende con esto? ¿Que el automatismo matemático decida con su característica estupidez y abstracción de la realidad histórica? En modo alguno. Esa serie precisa de generaciones nos sirve como una retícula con que nos acercamos a los hechos históricos para ver si éstos toleran el ser ordenados y ajustados en aquélla. Imaginen que no es así: que Hobbes, una vez comparado con Descartes, aparece como representando una misma estructura vital que Descartes, colocándose ante el problema intelectual del mundo en idéntica altitud que Descartes. Entonces es que nuestra serie ha sido erróneamente articulada: habrá que correr toda la serie y así sucesivamente hasta que la articulación de las fechas coincida con la efectiva articulación histórica, y Hobbes pertenezca a la misma generación que Descartes. De hecho acontece que el caso Hobbes confirma rigurosamente la seriación propuesta» (6). Hobbes, dice Ortega, está en la linde de la generación precartesiana y, en efecto, su distancia de Descartes es mínima, y la misma en todas las cuestiones, como si mirasen los dos el mismo paisaje desde dos niveles próximos pero distintos: y agrega: «esa diferencia de nivel vital es lo que yo llamo una generación».

Se ha hablado de arbitrariedad en la elección de una figura; pero hasta tal punto no se trata de una determinación de la escala fundada en un individuo, que podemos correrla hacia atrás, hacia el pasado. La estructura existía ya antes de que Descartes, por ejemplo, naciese y pudiese influir en ella; no está, pues, condi-

(5) *En torno a Galileo*, O. C., V, p. 51-52.

(6) *Ibid.*, p. 52-53.

cionada por él, sino a la inversa. Generación *de* Descartes no quiere decir que es consecuencia suya, generación definida por Descartes, sino al revés: generación a la que Descartes pertenece. Y no es forzoso, claro está, que el centro de la generación decisiva coincida con los treinta años justos de Descartes; no es forzoso, pero es sumamente probable, y esa hipótesis metódica debe ser el punto de partida, que no excluye, por supuesto, que ese centro corresponda a los veintiocho años cartesianos, o a los treinta y cuatro: sólo puede decidirlo la historia concreta, las *res gestae*, el contenido empírico que se examina con la retícula obtenida. Y no se trata en ningún caso, bien entendido, de un parecido entre hombres, sino del mundo en que esos hombres vivían, de la estructura de las vigencias que constituían el mundo de cada uno de ellos; de los problemas planteados y del modo de estar planteados a cada uno, porque no afectan igual a un joven, un hombre maduro o un anciano.

Necesitamos ver con alguna minuciosidad cómo se puede determinar la serie de las generaciones en un ámbito histórico preciso; sólo así se convierte la teoría de las generaciones en efectivo método histórico. Pero antes es menester poner a prueba la teoría: se le han hecho algunas objeciones; tenemos que recogerlas e intentar resolverlas: pero también algo más: tenemos que hacernos otras objeciones, tal vez más agudas y apremiantes que las hasta ahora formuladas. Puede ser aconsejable en la vida conceder crédito a las cosas, sin ponerlas demasiado a prueba, como Don Quijote cuando diputó por buena su celada recompuesta, sin volver a ensayar en ella su espada; pero la única cosa con la que no se puede proceder así es una teoría.

Las dificultades de la teoría.

Las principales dificultades que se pueden oponer a la teoría de las generaciones—muchas de las cuales, repito, no se han es-

grimido de hecho contra ella y se formulan aquí por primera vez— se pueden reunir en seis grupos de muy diversa índole:

1) La objeción más radical contra la doctrina de las generaciones consiste, naturalmente, en negar el supuesto; es decir, negar la existencia de las generaciones. Pero esta objeción se desdobra en dos tipos de dificultades:

a) Continuiismo.

b) Reducción del concepto de generación a un grupo humano limitado. Es decir, cabe pensar:

a) que el movimiento de la historia es continuo, como la sucesión de los nacimientos, y sus variaciones se ejecutan mediante transiciones imperceptibles y sin articulación; o bien

b) que la generación se reduzca a cierto tipo de afinidades existentes entre un grupo de individuos, en un lugar y un tiempo determinados. Es lo que se suele entender, por ejemplo, bajo el nombre «generación del 98» en España: un grupo de escritores con sus nombres conocidos.

La respuesta es, en ambos casos, la idea de *vigencia*. No se trata de la continuidad biológica, sino de la estructura *duradera* (período de vigencia) de una forma social o sistema de vigencias; de un mundo, en suma. Esa duración del sistema en su totalidad, que determina la articulación de la mudanza histórica, no excluye, ciertamente, mínimas variaciones *parciales* continuas. La clave de la dificultad es la distinción de Ortega entre que cambie *algo* en el mundo y que cambie *el mundo*; ese algo puede ser muy importante, pero su variación se articula con el resto del mundo invariado y se incorpora al *mismo* mundo, que como tal no cambia por ello.

Por otra parte, ese mundo vigente lo es, como totalidad, para todos los que viven en él, y la peculiaridad de los grupos de individuos sólo afecta a zonas parciales y, en general, superficiales. Las diferencias entre los grupos de una misma generación son existentes, y suelen ser muy llamativas, porque afectan a las ideas y a lo que se dice, pero poco a lo que es más profundo y común

a los hombres de una generación: a las creencias, el estrato en que menos se repara y del que apenas se habla, incluso se ignora.

2) Las consideraciones analíticas muestran la necesidad de las generaciones, aunque su realidad empírica nos sea aún desconocida; en la frontera de la analítica y la historia encontramos la determinación cuantitativa de su duración como un período de quince años: la segunda objeción niega la verdad de esa afirmación concreta. Pero, a su vez, se escinde en tres posibles objeciones distintas:

- a) No hay ritmo fijo ni períodos constantes.
- b) No son quince años, sino aproximadamente treinta.
- c) ¿Por qué quince años *justos*?

Examinemos por separado estas tres objeciones, para ver en qué grado se justifican o son infundadas:

a) Se trata de la idea de que no hay generaciones más que algunas veces, en cierto tipo de sociedades, o en épocas especialmente críticas, o cuando se dan ciertas innovaciones históricas importantes. Por ejemplo, habría una generación—o varias generaciones—de reformistas en el siglo XVI; o unas generaciones que realizarían la Revolución francesa; o el Romanticismo; o la generación del 98. Esta idea se enuncia, más o menos abiertamente, en muchos libros. Al menos, las generaciones serían ciertas «concentraciones» de acción histórica en torno a grupos ilustres—ésta viene a ser, en distintas formas, la idea de Pinder y Petersen, por ejemplo.

Pero tiene que haber un ritmo, porque la vida humana tiene una duración *media* constante, y una estructura de las edades constantes también. Pero no se trata sólo, ni principalmente, de lo que esto tiene de ritmo biológico, sino de las *funciones sociales* de esas edades; lo importante es que hay una fase de preparación social para la actuación histórica, otra de actuación, otra de retirada. Imaginemos un hombre excepcionalmente longevo, que se mantuviese en plenitud de facultades: no podría seguir en un estadio indefinidamente; tendría que ir inventando nuevas «eda-

des» o tipos de vida, nuevas funciones sociales. Por otra parte, la determinación de las generaciones no procede de acontecimientos históricos importantes; es el error que se desliza en la idea habitual de «generación del 98», que luego se ha rectificado y perfilado; los acontecimientos son vividos, con funciones distintas, desde la perspectiva de cada una de las generaciones. Algo análogo ocurre con los acontecimientos de la vida personal—perder a los padres, enamorarse, enriquecerse o arruinarse, hacerse famoso—, que se insertan en las edades, con diferente significación según en cuál se producen, y no las determinan.

b) Es la objeción genealógica; el período de treinta años procede del ritmo biológico paternidad-filiación. Pero hemos visto que la genealogía no puede fundar las generaciones, por la continuidad de los nacimientos—que es decisiva si se permanece en el ámbito de la biología y se ignora la idea de vigencia social— y la distancia entre los hijos de un mismo padre. Pero cabe también que se proponga la cifra 30 por razones histórico-sociales, al considerar que es duración media de la fase plenamente activa del hombre. Ahora bien, basta ver que esos treinta años de actuación se dividen en dos fases dinámicamente opuestas con funciones que se engranan polémicamente—gestación y gestión, lucha por el poder y ejercicio del mismo—, para caer en la cuenta de que la *vigencia* de una generación sólo dura la mitad del plazo de su actuación histórica total.

c) La exactitud de la cifra 15 provoca cierto malestar; ¿por qué ha de ser ésa y no otra próxima? ¿Es admisible la cuantificación precisa de las cosas humanas? ¿No se introduce un matematismo injustificado, que hace pensar en la biología o, más aún, en la astrología? Veámoslo. Desde luego, la duración de las generaciones tiene que ser *muy próxima* a los quince años, porque *alrededor* de esa edad se sale de la niñez, *hacia* los treinta se inicia la actuación histórica, ésta dura *unos* treinta años—dividida en dos fases parejas—, y desde los sesenta es muy sensible la disminución del número de supervivientes y éstos inician su retirada

(al menos, así ha ocurrido hasta hace muy poco tiempo). Se trata de la componente cuantitativa de la idea de generación, pero en rigor es una cualidad de una realidad viva; ahora bien, al tratarse de lo humano, la cuantificación no impone la exactitud: el hombre tiene una estatura y un peso determinados; ¿cuáles son? Ninguno exactamente determinado, pero no cualquiera: no diez metros ni 300 kilos, o cinco centímetros y treinta gramos. Pues bien, esa cifra quince años funciona en cuanto «número redondo»; otro número próximo nos obligaría a tomarlo como *exacto*. Como número que precisamente excluye la exactitud matemática, hay que admitir necesariamente el 15; pero no nos obligamos a esa cifra exacta; la realidad empírica de la historia *podría* mostrar *alguna* variación—siempre pequeña—. Pero, a la inversa, metódicamente se nos impone la duración de los quince años, y no debemos estar dispuestos a rechazarla fácilmente. Si la experiencia nos obligase a rectificar, lo haríamos, por supuesto; pero sólo después de hacer los esfuerzos pertinentes para resolver las dificultades sin alterar la cifra; y esto no habría de hacerse, en ningún caso, por dificultades de tipo *individual*—encaje de un hombre determinado en una generación, etc.—, sino *estructurales*, es decir, del mundo.

Estas son las dos objeciones capitales, que se refieren a la existencia y a la consistencia de las generaciones. Examinemos ahora otras, internas a la teoría y, por consiguiente, de menor alcance:

3) ¿Y las mujeres? Hasta aquí no hemos hablado para nada de la escisión de la humanidad en dos sexos; urge remediar esa simplificación metódica, que amputa una dimensión decisiva a la realidad humana. ¿No introducen las mujeres alguna perturbación en la teoría de las generaciones—lo cual no sería sorprendente—, aparte de la que para su aplicación suponen las manipulaciones a que suelen someter el «dato numérico» que aquí nos interesa tanto? ¿Pertenecen a la misma generación que los hombres de la misma edad?

La mayor precocidad de la mujer y su ingreso anterior en la vida sugieren la respuesta negativa. Ortega ha indicado de paso

que «las mujeres de una generación son constitutivamente y no por azar un poco más jóvenes que los hombres de esa misma generación, dato más importante de lo que a primera vista parece» (7). Habría que determinar, mediante investigaciones empíricas rigurosas, cuál es la cuantía de esa mayor juventud de las mujeres de la misma generación, respecto de los varones, y si es fija o variable. Porque ese «desnivel» podría atenuarse o aun desaparecer cuando las formas de la vida social rectificasen esa precocidad biológica: no olvidemos que el mecanismo de las generaciones es de índole social. Así, en nuestra época, la insistencia de la mujer en los usos de la adolescencia, incluso su infantilismo prolongado—independiente de una «precocidad» parcial que, por lo demás, es común a los dos sexos y sólo epidérmica—, el retraso para ciertos efectos que impone la sujeción a estudios paralelos a los de los varones, la comunidad de trabajo con el hombre, la tardanza del matrimonio, y la frecuencia de él con hombres de la misma edad, etc., son factores que tienden enérgicamente a la nivelación cronológica de las generaciones femeninas.

4) ¿A cuánta gente afecta una generación, cuánta engloba? Es absurdo pensar que se trata de un grupito de amigos, de una tertulia de café o de los colaboradores de una revista; pero ¿agrupa la generación a los hombres de todo el universo? ¿A un europeo del siglo XIII y un indio americano de la misma fecha? Evidentemente no. Las generaciones tienen carácter unitario dentro de las mismas *unidades históricas*, entendiendo por éstas las sociedades que están en *comunicación*—no en relación de mera *noticia*—. Europa es hoy—y desde hace bastante tiempo—una unidad histórica, porque todas sus partes están en efectiva comunicación; pero no cabría establecer una unidad de generaciones entre Europa y China, porque el sistema de vigencias es distinto en ambas sociedades. Pero no se olvide que la humanidad no está distribuída de un modo fijo, con relaciones y distancias constan-

(7) *En torno a Galileo*, O. C., V., p. 4.

tes, sino que hay continua fluencia y variación de unas sociedades respecto de otras. Dos unidades aisladas o mínimamente conexas entran en comunicación real; o bien una pequeña unidad se incorpora a un todo mayor, hasta ahora independiente. El curso de las generaciones puede experimentar vicisitudes decisivas en estas fases críticas. Se puede pensar—para valerme de una imagen fluvial, que no desdice de la realidad humana: testigo, Jorge Manrique—que hay series «caudales», otras «afluentes», en otros casos uniones de dos o más «confluentes». Lo decisivo es siempre la idea de vigencia: se recibe el sistema de vigencias de una sociedad cuando se pertenece realmente a ella, y esto es lo que regula la escala de las generaciones.

Por otra parte, ¿está toda la humanidad—aunque sea en diversos grupos—sometida al ritmo de las generaciones? Se ha hablado—recuérdese la idea de Gaos—de sociedades «al margen de la historia», por ejemplo las primitivas, o también los grupos de vida rural, estática. En estas sociedades, que repetirían indefinidamente la misma forma, no habría cambio; las generaciones serían iguales; es decir, desde el punto de vista histórico-social, no genealógico, *no habría generaciones*. Pero no olvidemos que se trata del *cómo* de una variación, no del *cuánto*. Si arrojamos una piedra en el centro de un lago, las ondulaciones van disminuyendo de amplitud hacia la periferia, pero se mantiene el período ondulatorio. Habría centros de máxima variación histórica y periferias primitivas o aldeanas, pero todas las sociedades varían según el esquema de las generaciones.

5) El problema de las unidades abstractas. ¿Se pertenece a distintas generaciones en las diferentes dimensiones de la vida? ¿Habrá una serie para la literatura y otra para política, una para la pintura o la ciencia y otra para el amor? No olvidemos que la generación, como advirtió Stuart Mill en 1843 y no me canso de repetir, tiene un carácter *total*. No se pueden tomar las dimensiones abstractas sino como simplificaciones metódicas *irreales*. No hay más que una escala de generaciones, que afecta a la vida en

su totalidad. Lo que sí cabe es que una sociedad parcial — por ejemplo, una nación—tenga cierto «retraso» en una dimensión concreta respecto a la sociedad íntegra en que está incluida y que permite ordenar la serie de las generaciones; y forma parte de su estructura ese parcial retraso. Tal vez la literatura española de la época romántica esté retrasada en una generación respecto a la corriente central europea; quiero decir, que la primera generación romántica—realmente romántica en la totalidad de su vida—española haría una literatura *todavía no* romántica, mientras que la seguiría haciendo una generación que *ya no* sería romántica en su vida efectiva. Esto explica la posibilidad de que dentro de una misma comunidad histórica y, por tanto, dentro de la misma serie de generaciones, se dé una especie de «escalonamiento» de diversos países, más o menos «adelantados» o «retrasados» en ciencia o arte; es decir, creadores, seguidores o receptores pasivos.

6) Los problemas individuales, que son legión. El hombre que vive en circunstancias anormales, por enfermedad u otras causas, y se incorpora tardíamente a su mundo (el caso extremo sería Segismundo, para quien el mundo histórico hubiese coincidido por lo pronto con el «sistema de vigencias» de Clotaldo). El que siente la vocación de una generación pretérita, una vocación de *revenant*. Hay también el espejismo de la «edad social»: así como los psicólogos hablan de una «edad mental», conviene introducir el concepto de «edad social» para significar la imagen con que desde el punto de vista de la edad se presenta un hombre público—escritor, artista, político—a sus contemporáneos; pues bien, cuando un hombre empieza a actuar muy pronto, o su actuación tiene un valor superior a lo normal en su edad, funciona para los demás como alguien que, por su tiempo de existencia notoria o por su importancia, es «equivalente» de los que son mayores que él, y así queda asimilado en la estimación, en la opinión o en el simple «contar con» de sus contemporáneos a los hombres de la generación anterior, a la cual, a pesar de ello, no

pertenece. Esto ejemplifica, dentro de lo individual, el papel de las minorías selectas en el ámbito de las generaciones totales.

Estas son, esquemáticamente agrupadas, algunas de las más importantes objeciones que pueden hacerse a esta teoría. Como vemos, es ella misma quien responde a ellas, y al hacerlo se perfila y depura a sí misma. Porque la teoría de las generaciones tiene un carácter *metódico*, y postula su aplicación a la realidad histórica para constituirse plenamente como teoría. Lejos de ser una estructura ajena que se impone violentamente a la realidad, es ésta quien le da su última precisión, y a la vez la obliga a justificar—completándose y desarrollándose para ello—los problemas, dificultades y aporías. La teoría de las generaciones es, como veremos en seguida, *intrínsecamente metódica*.

VI

EL MÉTODO HISTÓRICO

LA teoría de las generaciones no puede reposar tranquilamente en sí misma, porque pretende ser un conocimiento de realidades; es decir, se trata de una analítica cuyos esquemas postulan una impleción empírica, y sólo alcanza su plena efectividad *teórica* cuando funciona circunstancialmente en la aprehensión de la realidad histórica. Por esto decía que la teoría de las generaciones es *intrínsecamente metódica*: su aplicación no es consecutiva, sino que en ella alcanza su auténtico cumplimiento. Tenemos, pues, que precisar cómo se investiga la serie de las generaciones en una época y un ámbito determinados.

La serie de las generaciones.

Necesitamos saber a qué atenernos sobre la generación a que pertenecemos cada uno de nosotros. Con certidumbre, sólo sabemos que son de la misma generación que nosotros los que han nacido el mismo año; que son de otra generación contigua los que han nacido a quince años de distancia; de las fechas intermedias no podemos saber nada con seguridad, mientras no tengamos la serie de las generaciones, es decir, mientras no trascendamos la vida individual para pasar a las estructuras de la vida colectiva. Porque, en efecto, como yo no sé a qué altura de mi generación

he nacido—ya que ignoro la serie y, por tanto, los extremos de la mía—, no puedo saber si entre mi fecha natal y la de otro hombre se interpone o no una «divisoria de aguas», una frontera de generaciones; en suma, si pertenecemos a distinta generación, aunque nuestra distancia temporal sea muy corta, o a la misma, a pesar de estar separados por catorce años.

Ante una persona conocida, tengo la impresión de que es «de mi tiempo» o de que no lo es; es decir, vivo a unos como coetáneos y a otros no. De este modo, y casi sin advertirlo, hacemos un esquema subjetivo de las generaciones, que no encierra fechas, sino nombres propios: tales personas me parecen ser de mi generación; otras, de la anterior; un tercer grupo, de la siguiente. Cabría intentar—y no carecería totalmente de valor—una delimitación empírica de las generaciones, averiguando las fechas natales de esas personas, para tratar de desprender un esquema cronológico. Pero, aparte de proceder con un número suficiente de casos, habría que tener suma pulcritud en no confundir la impresión—subjetiva, pero real—de «ser de mi tiempo» con afinidades de ideas, opiniones, aficiones, etc., que nada tienen que ver con eso.

Pero este recurso sólo sería un expediente heurístico, que nos remitiría a una justificación de esa pertenencia a las generaciones respectivas, en virtud de la estructura objetiva de los repertorios de vigencias de esas presuntas generaciones. Sería, pues, a lo sumo, un principio orientador para la época actual, donde falta perspectiva; pero en ningún caso podría ser un método histórico general, porque, dejando de lado su incapacidad de justificación, no se puede aplicar, naturalmente, a las épocas pretéritas.

Podemos considerar las generaciones como órbitas históricas, cuya línea está flanqueada por un campo atractivo. Al irrumpir en la vida, cada hombre se siente atraído hacia cierto centro de gravitación social, y se incorpora a un núcleo, formado—en términos generales—por personas más jóvenes o más viejas que él, según que su nacimiento se sitúe hacia el comienzo o el final de la «zona de fechas» de su generación. Dos hombres de edad muy

próxima gravitarán hacia dos estratos sociales distintos—uno irá con los más jóvenes, otro con los de más años—cuando entre sus fechas natales se interponga el límite o frontera de dos generaciones; y cada uno de ellos se sentirá en comunidad de edad—en el sentido histórico-social del término—con hombres cronológicamente mucho más distantes que el otro.

¿Cómo puede determinarse objetivamente la serie de las generaciones? Recordemos las breves indicaciones de Ortega: descubrimiento de una «generación decisiva», localización de su «epónimo», establecimiento de una escala provisional, hipotética, como retícula para contemplar la realidad histórica, tomando como centro de generación la fecha en que ese epónimo cumplió treinta años—lo mismo da, por tanto, tomar la fecha natal, puesto que entre una y otra hay un intervalo de dos generaciones justas—. Claro está que con esto no se ha hecho más que empezar: es la realidad histórica, empíricamente considerada, la única que puede confirmar o rectificar esa escala, y fijarla definitivamente. Por otra parte, no siempre es fácil determinar una generación decisiva—hay largas etapas de la historia indecisas y críticas—, o encontrar un epónimo suficientemente representativo—las «épocas deslucidas» de que ha hablado Ortega—. Es menester, por consiguiente, encontrar métodos complementarios, que permitan precisar con rigor la serie de las generaciones.

Todo lo que digamos acerca de vidas individuales es insuficiente. Hay que trascender a la estructura de las vigencias del mundo colectivo. Supongamos que nos preguntamos por la época actual, para entender lo que en ella acontece. La diversidad de generaciones coexistentes determina que haya tres mundos—como mínimo—en interacción: el del joven, el del hombre maduro y el del anciano. Sin determinar las generaciones no podemos saber en rigor qué ocurre hoy, porque no sabemos a quién le ocurre, en qué grupo social está realmente inscrito cada individuo. La estructura de la vida y de la historia es sistemática, y hay una esencial complicación entre la vida individual y la vida colectiva, que

se articula justamente en el esquema de las generaciones. Y nosotros no sabemos todavía cuáles son. ¿Qué hacer?

Recordemos que Descartes, al sentirse perdido en un mar de dudas, hacía pie en la duda misma, en lo que tenía, para edificar su filosofía y así superar aquélla. Procedamos igual: es decir, apoyémonos en nuestra ignorancia de cuáles son las generaciones.

Si tomamos una serie de figuras representativas distantes entre sí quince años, tendremos una lista de «representantes» de otras tantas generaciones. No sabemos cuáles son éstas; no conocemos sus límites; sólo sabemos que no hay dos nombres de la lista que pertenezcan a la misma generación, y que todos ellos corresponden a generaciones contiguas y sucesivas; es decir, que están representadas todas las generaciones del período abarcado por esa serie. Dicho con otras palabras, las generaciones permanecen desconocidas, pero sus «representantes» son seguros, y en ellos, como hombres individuales, se ejemplifica la diferencia de nivel o altitud histórica que distingue a las generaciones. Al añadir a estos nombres otros inequívocamente coetáneos de cada uno de ellos—bien por haber nacido el mismo año, o en fechas muy próximas y tener la misma altura frente al horizonte de problemas de su tiempo—, la serie se va haciendo más tupida, y cada generación queda representada, no ya por un nombre único con una fecha, sino por un grupo de nombres, que abarcan una «zona de fechas» más restringida que la de la generación entera—todavía desconocida—y que significa un núcleo o porción de ella. Para mayor claridad, ejemplificaré este método con algunos nombres, todos españoles, para que la sencillez sea máxima.

Si elegimos—al azar, porque no se trata de fecha alguna privilegiada—el año 1809 como punto de partida, las generaciones sucesivas estarán «representadas» por las fechas natales 1824, 1839, 1854, 1869, 1884, 1899. Si agrupamos ahora algunos nombres de esas fechas representativas y de las parejas de años que flanquean a cada una de ellas, tendremos una serie de nombres

que pertenecen a las siete generaciones en cuestión, cuyos límites, repito una vez más, desconocemos:

- 1.^a generación: Espronceda, Larra, Donoso Cortés, O'Donnell, Balmes.
- 2.^a generación: Carolina Coronado, Roque Barcia, Valera, Pi y Margall, Sagasta, Eugenio Florentino Sanz.
- 3.^a generación: Fortuny, Salmerón, Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Laverde.
- 4.^a generación: Maura, J. O. Picón, Palacio Valdés, Canalejas.
- 5.^a generación: Granados, Menéndez Pidal, Primo de Rivera, Besteiro.
- 6.^a generación: Ortega, Américo Castro.
- 7.^a generación: Zubiri, Dámaso Alonso, García Lorca.

Así se procedería, cada vez con mayor detalle, de manera que las mallas de esta retícula se fuesen estrechando; entre los sucesivos «paquetes de fechas» estarían las divisorias de las generaciones. Esquemáticamente, llamando 0 al año que sirve de punto de partida y designando con la misma letra y diverso número de acentos los nombres correspondientes a cada grupo natal o núcleo de generación, tendríamos:

Año 0: A, A', A'', A'''...
 Año 15: B, B', B'', B'''...
 Año 30: C, C', C'', C'''...
 Año 45: D, D', D'', D'''...

... ..

Quedarían, pues, zonas de indecisión bastante restringidas; pero la última decisión no pueden darla las vidas individuales, ni siquiera mediante esta acumulación ordenada, sino que hay que recurrir a la vida pública, a las vigencias colectivas. Vimos antes que necesitábamos las generaciones para hallar la estructura de la vida colectiva en un momento, porque ésta está constituida por la distensión entre ellas, y son los sujetos a quienes acontece lo que en ese momento pasa; ahora, en cambio, nos hacen falta esas vigencias sociales para determinar la serie de las generaciones: parece esto un círculo vicioso.

Círculo, desde luego; pero tal vez no sea vicioso. Acaso se trate de una manifestación especialmente visible de la estructura de la realidad histórica: *sistema*. De ahí la necesidad de recurrir a nuestro expediente anterior, para tener las generaciones sin tenerlas, y así poder buscarlas. ¿Qué quiere decir esto? Desde luego no tengo las generaciones, pero sí una serie de representantes de ellas, representantes *seguros* de unas *hipotéticas* generaciones. Puedo descubrir el repertorio de vigencias de cada generación en su proyección sobre los «representantes» respectivos, y medir la variación de una generación a otra. De esta manera obtengo una figura esquemática de cada generación y de las diferencias de altitud entre ellas. Una vez en posesión de esas «figuras» generales, confronto con ellas—y no ya con individuos—toda realidad individual y concreta, que así quedará alojada en una u otra de esas formas. Si procedo metódicamente de esta suerte, se irán cerrando las mallas de la retícula, hasta llegar a una «densidad» total; es decir, habrán sido adscritos a una generación determinada, por razones que derivan de la vida colectiva, hombres nacidos en *todos* los años del período, y por tanto quedarán fijados los límites de las generaciones, y con ello la serie efectiva de éstas dentro del período considerado.

Un procedimiento operatorio sumamente mecánico, con las ventajas que esto implica, para localizar las divisorias de las generaciones consistiría en tomar la serie de años «representantes» que acabo de explicar, con sus nombres correspondientes, y ensayar, a lo largo de toda la serie, los años inmediatos con los nombres respectivos. Con suma probabilidad, estas fechas contiguas pertenecerán a la misma generación que los años de que se ha partido; se continuaría así hasta que, al comparar una fecha con todas las anteriores, se observasen anomalías; en el caso de dificultades aisladas y de carácter individual, esto no tendría significación clara y sería irrelevante; pero si se produjesen esas anomalías, al nivel del mismo año agregado, a lo largo de toda la serie, esto sería un indicio de haberse llegado a una frontera—en

rigor, una serie de fronteras—de generaciones. Volviendo al esquema anterior, si después de añadir a los años 0, 15, 30, 45, etcétera, sucesivamente, cuatro años, por ejemplo, que se incorporan normalmente a las generaciones A, B, C, D, etc., se producen anomalías al agregar, a lo largo de toda la serie, el quinto, esto quiere decir que el límite final de las generaciones A, B, C, D, serían los años $0 + 4$, $15 + 4$, $30 + 4$, $45 + 4$; el año $0 + 5$ sería, por el contrario, el primero de la generación B, y así sucesivamente. Este procedimiento, cuyo principio intelectual no es otro que la doctrina expuesta más arriba, se reduce a una mecanización del método antes indicado, y puede ser útil, si se opera con series largas y suficiente número de nombres, para completar y confirmar los resultados de aquél.

Pero ni siquiera todo esto es suficiente. La historia es una realidad sumamente compleja, y sus métodos exigen plegarse a la rica multiplicidad de sus ingredientes y a sus conexiones reales. ¿Cómo pueden investigarse las diversas estructuras del mundo colectivo, para situar en ellas a los individuos de una época? Consideremos las formas posibles de vivir una innovación histórica, es decir, una forma de vida *nueva*—llámese actitud reformista en el siglo XVI, racionalismo en el XVII, romanticismo o democracia en el XIX. Supongamos, para mayor simplicidad, que se trate de una innovación que alcanza rápidamente a la sociedad entera, descontando la posible tardanza en llegar a ella, desde algunos círculos minoritarios muy estrechos; piénsese, por ejemplo, en lo que tardó en tener existencia social para los romanos, incluso como actitud de una minoría selecta, la helenización, iniciada por algunos núcleos de individuos muy precisos; o el lapso de tiempo que requirió la doctrina copernicana para convertirse en el hecho histórico del copernicanismo. Considero, pues, que cada una de las formas de vivir la innovación de que se trata coincide con una generación, dejando de lado que en otros casos un mecanismo de transmisión y difusión más lento o complicado exija distinguir

dos o más generaciones en cada una de aquéllas, que aparecería así desdoblada en varias fases.

1) Por lo pronto se trata de innovación individual. Una minoría juvenil tiene una pretensión de nuevo estilo, que pugna por hacerse vigente en un mundo de estructura distinta. La vida de estos hombres es un esfuerzo por imponer, en la forma total de la vida, una nueva sensibilidad vital. Al llegar estos hombres a su madurez, su pretensión ha alcanzado una primera vigencia. Es la primera generación de la etapa, la generación inicial y creadora.

2) La segunda generación se encuentra ya con las formas creadas por la anterior, que tienen existencia social. El mundo en que le ha tocado vivir tiene una estructura, aún muy tenue, afín con su vocación personal común. Estos hombres son ya, siquiera en grado mínimo, depositarios de una actitud que no han inventado, en la que albergan sus proyectos vitales. Los otros fueron los autores de los gestos originales de la nueva actitud, que esta segunda generación va a repetir con mayor insistencia—tal vez con un comienzo de reserva frente a ellos, porque han perdido su magia inaugural—. Estos hombres empiezan a *saber* que son racionalistas, románticos o demócratas; por esto se da entre ellos con alguna frecuencia la «construcción» deliberada de un personaje, definido por una serie de exigencias o requisitos, que son a la vez el programa mínimo de la nueva forma de vida; y junto a ello, la orgullosa conciencia de grupo, frente a los que no participan de ella y, por tanto, no son «actuales». Estos saben lo que son, y adhieren a ello; los primeros lo eran, simplemente, sin saberlo.

3) La tercera generación tiene ya poco que inventar. Cuando cobra conciencia del mundo en que vive, ve que éste tiene una estructura determinada y establecida; dicho con otras palabras, la nueva forma de vida tiene vigencia social. Dos síntomas suelen revelarlo: se empieza a reflexionar y teorizar sobre la actitud en cuestión; se empieza a ironizarla. Por otra parte, a primera vista

ésta es la generación que realiza de modo eminente esa forma de vida; a ella pertenecen casi siempre las figuras más «representativas»; pero adviértase que lo más representativo rara vez es lo más auténtico. Es la generación de los «herederos», que viven ya en una tradición, instalados en ella, y desde un fondo de creencias efectivas que coincide con su torso general, comienzan a ensayar nuevas posturas, porque la holgura en que han vivido, sin necesidad de innovar y luchar con el contorno, les permite empezar a ver los límites de la forma en que están. Por esta vía empiezan a cuartearse, en algunos individuos, las creencias básicas en que la sociedad está firmemente instalada.

4) Por último, la cuarta generación no pertenece con pleno rigor a la forma de vida en cuestión: está dentro de ella, pero su íntima vocación escapa ya a su estilo. Su situación es, en cierto modo, inversa de la primera: mientras ésta era ya algo nuevo, pero todavía no lo era su mundo, la cuarta no lo es ya con plena sinceridad, pero su mundo persiste todavía en la ahora vieja actitud. Lo recibido, lo que constituye el yo social de cada uno de estos hombres, es el repertorio de usos, formas y creencias inventado y afirmado por las tres generaciones anteriores; pero ellos van a otras cosas, tienen ya otra pretensión. Por eso se da forzosamente entre los miembros de esta cuarta generación la transición a formas distintas o la insistencia inauténtica en lo anterior, y por tanto el amaneramiento.

Ahora bien, no es difícil determinar, en las épocas en que se da una gran innovación histórica—que son las más aptas para investigar en ellas la escala de las generaciones—, en cuál de estas cuatro situaciones se encuentra cada individuo respecto a esa innovación. Una labor precisa de este orden permitiría cerrar la malla de las generaciones y obtener una serie real de ellas, que, de acuerdo con el carácter metódico de la teoría, siempre se podría rectificar en vista de los hechos.

Vemos cuáles son las investigaciones minuciosas y difíciles que requiere la aplicación del método de las generaciones al co-

nocimiento de la realidad histórica. Sin un esquema provisional de las generaciones de una época no se puede descubrir la estructura del mundo en ella; pero, por otra parte, sin una analítica de la vida humana, individual y colectiva, no se puede determinar la serie efectiva de aquéllas. La falta de estos supuestos metódicos ha hecho que la mayoría de los investigadores se lancen a cábalas absurdas y sin fundamento, y los que han sentido mayor responsabilidad intelectual se hayan desilusionado de un método que sólo es fecundo cuando se lo aplica con pleno rigor.

La visión de la historia.

Intentemos comprender, por último, cómo se ve una época histórica cuando se la mira con este nuevo instrumento óptico que es la retícula o escala de las generaciones. ¿Cómo aparece su realidad cuando introducimos en ellas, como punto de vista, el de las generaciones que coexisten en cada momento de ella y se van sucediendo y reemplazando?

Recordemos primero la imagen usual de la historia; encontramos dos posibilidades: 1) la atomización de los acontecimientos o sucesos históricos; 2) la morfología o descripción de formas de vida.

En el primer caso, las cosas resultan en rigor ininteligibles, porque empezamos por no saber a quién le ocurrió lo que se cuenta, a quién le ha pasado eso que se dice que ha pasado. Lo único claro es que el suceso histórico, precisamente en lo que tiene de histórico, no le acontece a su «protagonista», por ejemplo a Cromwell la Revolución inglesa; aunque en cierto sentido la «ejecutase» y le afectase personalmente en grado excepcional, es evidente que no fué él el *sujeto* real de ese acontecer; y decir que fué Inglaterra es decir demasiado y, sobre todo, algo demasiado vago. El contenido del hecho histórico sólo se entiende si se lo refiere a una situación total, que excede de todos los hechos y de su suma,

y no se puede obtener por mera acumulación. Para el historiador en busca de materiales, el caso límite ideal sería disponer, para estudiar una época, de lo que para la nuestra dan los periódicos diarios: todos los hechos de alguna relevancia aparecen registrados y anotados. Ahora bien, este historiador, ante la masa de los innumerables hechos conservados, no entendería. Nosotros entendemos los periódicos porque tenemos, por vía no científica ni propiamente intelectual, una idea de los esquemas o formas de vida de nuestro tiempo, y en ellas alojamos automáticamente las noticias que la Prensa cotidiana nos sirve con el desayuno. Y ¿hasta qué punto las entendemos? Un hecho notorio, aunque muchos no quieren reconocerlo en toda su gravedad, es que no se entienden las noticias de orden político de los países extranjeros, a menos que se tenga gran familiaridad con ellos; las denominaciones de los partidos, los lemas políticos, lo que «se dice», todo resulta equívoco, mientras no se tiene una imagen precisa de la realidad total en que se insertan esos elementos parciales. Recuerdo que hace cosa de quince años, leyendo un periódico alemán, tropecé con un artículo que trataba de la política española; y allí encontré que se hablaba de una *Erneuerungsbewegung*; me costó trabajo caer en la cuenta de que se refería a «Renovación Española»; y medí la distancia entre la «vivencia» que tendría el lector alemán al leer esa denominación y las asociaciones que en el español suscita la correspondiente.

Los libros de historia suelen no hacerla, no darla hecha, sino sólo materiales, por lo general sin elaborar siquiera, y dejan el cuidado de hacerla al lector. Este la hace casi siempre—y con perfecto derecho—muy mal, proyectando sobre los datos que se le sirven como historia un vago esquema o figura de vida que, a lo mejor—o a lo peor—ha sacado de un drama romántico o de una novela de Alejandro Dumas, y que, a pesar de todo, es lo que le permite entender de algún modo la historia que lee, porque le da un ámbito—sumamente ficticio y pobre de elementos—donde colocar los hechos que el historiador le va poniendo de-

lante. De ahí el pavoroso aburrimiento de los manuales de historia, de ahí también los apuros que pasa el estudiante para aprenderse los, la inconcebible facilidad con que se olvidan. No son, en su mayoría, materia inteligible, y tampoco permiten penetrar imaginativamente en ellos y revivir su contenido. Conservo, en cambio, el recuerdo vivaz, a pesar de los casi veinticinco años pasados, de los libros de Moreno Espinosa, sin valor científico ni rigor, anotados por mi viejo profesor D. Francisco Morán. Estos libros estaban llenos de notas deliciosas, animadas y divertidas, cuyo contenido eran historias—en plural—, anécdotas, versos, cuentos, chismes; la forma más simple de reviviscencia. No se olvide que la historia empezó así: Herodoto la disuelve en una multiplicidad de «historias», de encantadores relatos elementales, dentro de cuyas reducidas dimensiones era capaz de apresar el drama humano, que en gran escala se escapa todavía a los historiadores de hoy, dejándoles en las manos muerto polvo de datos inconexos—*disjecta membra* de lo que fué una realidad viviente—. En la novela histórica—Walter Scott, Dumas o Galdós—se introduce un «punto de vista» que es totalmente inadecuado, pero que al fin y al cabo es un punto de vista, y permite ver la realidad histórica, en una perspectiva determinada, si bien parcial, y mal que bien entenderla. Se ve la proyección, en las vidas individuales de los personajes, de la realidad histórica de una época, y ésta se denuncia así por sus efectos, como el haz de rayos luminosos en la pantalla que lo interrumpe.

Algunos historiadores de fines del siglo XIX y de los primeros decenios del nuestro, al advertir que así no se puede hacer historia, llegaron a la idea fecunda de la morfología, que representó un enorme avance, y que empieza a merecer el nombre de historia. La morfología compone, en efecto, una figura de vida. Pero finge una situación estática y, en principio, única, lo cual es un contrasentido, porque toda situación está dinámicamente constituida por la tensión interna de fuerzas operantes. La morfología comprueba que efectivamente, la vida tenía cierta forma

en un momento del tiempo, pero no ve de dónde venía y adónde iba, *por qué* tenía esa forma y *para qué* la adoptó; es decir, ignora la función que cada uno de los ingredientes tenía en un drama humano que en rigor desconoce. Y, por supuesto, no nos hace entender por qué la historia marcha, por qué no quedó la humanidad petrificada ya para siempre en esa forma histórica, por qué *no pudo ser así*. De esta deficiencia se resienten las obras más egregias de historia de los últimos treinta años: así, Huizinga; así, Paul Hazard. Se toma como un «hecho» que se vivía de tal modo en Flandes y en Francia en los siglos XIV y XV, o en Europa de 1680 a 1715 y en los decenios siguientes, y se describen maravillosamente esas formas de vida; más aún, se cuentan los estadios de la variación de esas formas; es decir, se describen varias formas intermedias por las que esas comunidades históricas han ido pasando: lo que falta es la variación misma, o sea, tomando la palabra en su valor estricto, la historia.

¿Cómo aparece una época cuando introducimos para mirarla la serie de las generaciones? Imaginémoslo.

Por lo pronto, si tomamos una fecha, ésta se nos desdobra. Distinguimos en ella varios estratos humanos, coexistentes, en interacción, cada uno con una función muy precisa, que son las generaciones. Concretamente, cuatro: *a)* los «supervivientes» de la época anterior, fuera de la plena acción histórica, que quedan como un «testigo» geológico y señalan inequívocamente *de dónde viene* la situación de que se trata; *b)* los que están en el poder, aquellos cuya pretensión coincide en sus líneas generales con el mundo vigente; *c)* la «oposición», la generación con eficacia histórica plena, pero que no se ha impuesto todavía, sino que lucha con la anterior y trata de sustituirla en el poder y realizar las innovaciones a que se siente llamada; *d)* por último, la juventud que inicia una nueva vocación y anticipa la salida de la situa-

ción actual: si los viejos son el *terminus a quo*, los muy jóvenes son el *terminus ad quem* (1).

La pluralidad y el dinamismo se introducen, pues, en un momento del tiempo, en lo que parecía un corte estático de la movilidad histórica. 1800 no es una fecha: son cuatro fechas distintas, coexistentes e implicadas en una forma activa. No hay en rigor movimiento, sino lo que lo condiciona y lo hace posible: un sistema de tensiones, de fuerzas actuantes: el movimiento no se puede componer con reposos, sino que se origina de la interna distensión, de la constitutiva inestabilidad de toda situación histórica.

Esta tensión, descubierta al poner de relieve la multiplicidad de las generaciones, pone en marcha la historia. Por lo pronto, y dejando de lado el grupo *a*), cuya función es más sutil, pero ajena a la acción histórica *sensu stricto*, la doctrina de las generaciones triplica todo suceso histórico y lo convierte en tres, que han acontecido a cada uno de los sujetos históricos que son las generaciones. En lugar de verlo como un hecho bruto y abstracto, lo vemos desde dentro de la historia, repercutiendo sobre las vidas de los individuos en cuanto pertenecen a uno de los grupos colectivos reales que son las diversas generaciones. Aparece, pues, el hecho como un impacto en una figura de vida colectiva, como un componente nuevo en función del cual tiene ésta que organizarse, y que ocupa un puesto distinto en cada caso. Un «mismo» hecho histórico puede, por ejemplo, obturar el horizonte a la generación *d*) y facilitar el triunfo y el dominio a la generación *c*).

Las generaciones determinan la articulación del cambio his-

(1) La mayor frecuencia de la longevidad y, sobre todo, el aumento de la duración de la vida media ha tenido en nuestro siglo una doble consecuencia: primero, que en una fecha sobrevivan en número apreciable y en buena forma representantes de la generación anterior a la que llamo *a*); segundo—y esto es más importante—, que los de ésta sean más numerosos que en otros tiempos, y por tanto con mayor eficacia. Tal vez este hecho, si se confirma o se acentúa, obligue a tener presentes cinco generaciones en vez de cuatro y altere algo la función histórico-social de la segunda.

tórico. Se sustituyen los sistemas de vigencias y son reemplazados por otros; las generaciones, a su vez, cambian de «papel» histórico de quince en quince años. Al levantarse de nuevo el telón, ¿qué ha sucedido en el escenario? Han desaparecido algunos actores, otros se han adelantado hasta las candilejas, algún nuevo actor, todavía desconocido, asoma por el foro para representar un papel que ignoramos: la generación *a*) ha desaparecido; su función la desempeña la *b*); la *c*), que se movilizaba para desplazar a ésta, lo ha conseguido y domina en todos los órdenes de la vida; la *d*), que estaba en la penumbra de lo indefinido, ha adquirido un perfil preciso y pugna por imponer su pretensión; una nueva generación *e*) comienza a irrumpir en el área histórica. Cada una de estas generaciones va a vivir de forma distinta las creencias, ideas, deseos, pretensiones de la época. Cada uno de éstos será visto, a la vez, según cuál lo contemple, de frente y de espaldas, como ilusión y promesa o como limitación y desencanto.

Se trata, pues, de ver la historia desde dentro, haciéndose. Las generaciones, por ser fieles a la estructura misma de la realidad histórica, nos permiten reconstruirla y revivirla, por tanto entenderla. Sin ellas, es incomprensible. ¿Quiénes son los sujetos elementales del acontecer histórico? No los individuos, ni ese vago sujeto que son los pueblos en su indeterminación, sino las generaciones.

Volvemos al punto de partida de este libro. ¿Cuáles son los personajes—nos preguntábamos—, los «quiénes» de la historia? ¿Cuáles son sus «edades»? ¿Cuál es el presente elemental de la historia? Los personajes históricos son las generaciones; los «actos» del drama histórico duran quince años; la generación, pues, en su doble sentido de cuerpo social y duración temporal, es el personaje y el presente elemental de la historia.

Una vez determinada la escala de las generaciones, con sus conexiones efectivas, se puede uno instalar dentro de la historia, que adquiere así una trayectoria precisa, e intentar dar razón de

ella. La teoría de las generaciones se convierte así en uno de los instrumentos decisivos de la razón histórica que la ha hecho posible.

Este sería el momento de iniciar una aplicación sistemática del método de las generaciones, es decir, de hacer historia; con ello, en rigor, seguiríamos avanzando en la constitución del método, porque éste, como hemos visto, se rectifica a sí mismo al aplicarse a la realidad empírica. No vamos a determinar aquí, sin embargo, la serie efectiva de las generaciones; su investigación excede del tema concreto de este libro: no podemos saber, por consiguiente, a qué generaciones pertenecemos. En alguna ocasión, sin dar las razones para ello, pero apuntando que no son pocas ni caprichosas, Ortega ha aventurado la *hipótesis* de que alguna generación del siglo pasado tenga su fecha central en 1857; tomando esa escala, ha hablado en ocasiones de las generaciones románticas o de las de nuestro siglo. La serie, pues, desde el comienzo del siglo XIX, sería: 1812, 1827, 1842, 1857, 1872, 1887, 1902, 1917, 1932, 1947. Algunas dificultades, de carácter individual y que no tienen valor decisivo, harían dudar entre tomar estas fechas o hacerlas retroceder un año. En todo caso, se trata de una mera hipótesis operatoria, buena como principio heurístico, como punto de partida para una investigación sistemática suficiente, y nada más. Pero algunos síntomas harían conceder atención a esa escala. Recuérdese que el año 1917 es el de la Revolución rusa, el de la primera intervención de los Estados Unidos en la vida europea, la fecha en que empieza a germinar el fascismo. Quince años después triunfa en Alemania el nacionalsocialismo, que ocupa el poder en los primeros días de 1933. Pero los grandes acontecimientos históricos, guerras, revoluciones, etcétera, no determinan las generaciones; son hechos que por su magnitud revelan un cambio de vigencias, y a ese título los he recordado. Pero no es esto sólo: si atendemos a estratos más profundos

de la vida colectiva, advertiremos—para tomar un solo ejemplo—que hacia 1917 se pierde socialmente en el Oriente europeo el respeto a la vida humana—la sensibilidad respecto a ella caracteriza en una de sus raíces más profundas las distintas épocas—; en la Europa occidental esto viene a ocurrir unos quince años después. Recuérdese, porque aún está en la memoria de todos, la conmoción profunda que suscitaba hace poco tiempo la aplicación de la pena de muerte o el atentado personal: era como si el cuerpo social se estremeciera, como si sintiera una violenta repugnancia, previa a todo juicio sobre las consecuencias, los motivos o la justicia o injusticia. Recuérdense los sucesos de la política española de 1930, la falta de violencia de 1931, la resistencia social a la aplicación de penas graves con motivo de las subversiones de 1932; en 1934, en cambio, ha variado profundamente el clima, la sensibilidad colectiva es otra bien distinta; y desde 1936 la nueva situación llega a inesperados extremos. Fuera de España, la marcha de las cosas es parecida: desde 1933, las esporádicas violencias alemanas se hacen frecuentes; el verano de 1934 es el primer brote sangriento escandaloso; en otros países, la constricción social ha hecho que la violencia tarde en estallar algunos pocos años más; pero si se mira bien, se advertirá que ya germinaba en las almas desde las mismas fechas. Al acabar de trazar, hace algún tiempo, un «esquema de nuestra situación», hablé de ese hecho tremendo que se podría llamar «la vocación de nuestro tiempo para la pena de muerte y el asesinato» (2); esa atroz vocación iniciada hacia 1931 ó 1932, habría dominado una generación entera; y si la hipótesis que vengo manejando fuese cierta, habría terminado hacia 1946 ó 1947: tal vez podamos abrirnos hoy a la esperanza.

(2) *Introducción a la filosofía*, pág. 94.

BIBLIOGRAFIA

LAS indicaciones bibliográficas que siguen no son, por supuesto, exhaustivas; ni siquiera tienen la pretensión de recoger todo lo importante que se ha escrito en torno al problema de las generaciones. Si me decido a agrupar aquí algunas referencias lo hago para comodidad del lector y porque, a pesar de estar exentas de propósito erudito, incluyen textos que nunca he visto citados en España. Los que, a mi juicio, tienen mayor interés para la historia y la teoría del tema de las generaciones están señalados con un asterisco. De los autores que han tocado la cuestión en diversos escritos, sólo cito los principales. Siempre se trata, claro es, del tema de las generaciones como problema científico, y no se incluyen, por tanto, los antecedentes anteriores al siglo XIX.

1. Agathon: *Les jeunes gens d'aujourd'hui*. París, 1912.
2. Ageorges: *La marche montante d'une génération (1890-1910)*. París, 1912.
3. Alewyn, Richard: *Das Generationsproblem in der Geschichte (Zeitschrift für deutsche Bildung, 1929)*.
4. Alonso, Dámaso: *Una generación poética (1920-1936) (Finisterre, marzo de 1948)*.
5. Aly, Wolf: *Geschichte der griechischen Literatur*. Bielefeld y Leipzig, 1925.
- *6. Ayala, Francisco: *Tratado de Sociología*. Vol. II: *Sistema de Sociología*. Buenos Aires, 1947.
7. Bainville: *Histoire de trois générations*.
8. Baroja, Pío: *Tres generaciones*. 1926.
- *9. Benloew, Louis: *Les lois de l'histoire*. París, 1881.
10. Bernheim: *Lehrbuch der historischen Methode* (3.^a y 4.^a ed.).

11. Boll, F.: *Die Lebensalter. Ein Beitrag zur antiken Ethologie und zur Geschichte der Zahlen*. Berlín, 1913.
12. Brinckmann, A. E.: *Spätwerke grosser Meister*. Frankfurt, 1925.
13. Calan, Ch. de: *La race et le milieu (Annales des sciences politiques, 1901)*.
14. Caturla, María Luisa: *Arte de épocas inciertas*. Madrid, 1945.
- *15. Comte, Auguste: *Cours de philosophie positive*. París, 1830-42.
- *16. — *Système de politique positive*. París, 1851-54.
- *17. Cournot, A.: *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*. París, 1872.
18. Croce, Benedetto: *Teoria e storia della storiografia*. 2.^a ed., Bari, 1920.
19. Curtius, E. R.: *Die literarischen Wegbereiter des neuen Frankreichs*. Potsdam.
- *20. Dilthey, Wilhelm: *Novalis*. 1865.
21. — *Die dichterische und philosophische Bewegung in Deutschland 1770-1800*. 1867.
22. — *Das Leben Schleiermachers*. 1870.
- *23. — *Über das Studium der Geschichte der Wissenschaften vom Menschen, der Gesellschaft und dem Staat*. 1875.
- *24. Drerup, Engelbert: *Das Generationsproblem in der griechischen und griechisch-römischen Kultur*. Paderborn, 1933.
- *25. Dromel Justin: *La loi des révolutions. Les générations, les nationalités, les dynasties, les religions*. París, 1861.
26. Durkheim, E.: *De la division du travail social*. París, 1893.
27. Ferrari, Giuseppe: *Philosophie de la révolution*. París, 1851.
28. — *Histoire des révolutions d'Italie*. París, 1856-58.
- *29. — *Histoire de la raison d'État*. París, 1860.
30. — *Corso sugli scrittori politici italiani*. Milán, 1862.
31. — *La Chine et l'Europe, leur histoire et leurs traditions comparées*. París, 1867.
- *32. — *Teoria del periodi politici*. Milán, 1874.
33. Ferrater Mora, José: *Diccionario de Filosofía*. 2.^a ed., México, 1944.
34. Gaos, José: *Sobre sociedad e historia* (1939), en *Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía*. México, 1947.
35. Giraud, V.: *Les maîtres de l'œuvre*.
36. Grimm, Jacob: *Über das Alter*.
37. Hamann, Richard: *Deutsche Malerei vom Rokoko bis zum Expressionismus*.
38. — *Frührenaissance der italienischen Malerei*.
39. Heidegger, Martin: *Sein und Zeit*. Halle a. d. S., 1927.
40. Honigsheim, P.: *Die Pubertät (Kölner Vierteljahrshefte für Soziologie, Jahrg. III, 1924, Heft 4)*.

41. Huizinga, J.: *Problemas de historia de la cultura* (1929), en *El concepto de la historia*, México, 1946.
42. Joël, K.: *Das säkuläre Rhythmus der Geschichte* (*Jahrbuch für Soziologie*, Karlsruhe, 1925).
43. Kummer, F.: *Deutsche Literaturgeschichte des 19. Jahrhunderts, dargestellt nach Generationen*. Dresden, 1909.
- *44. Laín Entralgo, Pedro: *Las generaciones en la historia*. Madrid, 1945.
45. Littré, E.: *Paroles de philosophie positive*. 1860.
46. Lorenz, A.: *Abendländische Musikgeschichte im Rhythmus der Generationen*. Berlin, 1928.
- *47. Lorenz, Ottokar: *Die Geschichtswissenschaft in Hauptrichtungen und Aufgaben kritisch erörtert*. Berlin, 1886.
- *48. — Leopold von Ranke, *die Generationslehre und der Geschichtsunterricht*. Berlin, 1891.
- *49. Mannheim, Karl: *Das Problem der Generationen* (*Kölner Vierteljahrshefte für Soziologie*, 7. Jahrg., Hefte 2-3, 1928).
50. Maravall, J. A.: *Barroco y racionalismo* (*Finisterre*, febrero de 1948).
- *51. Mentré, François: *Les générations sociales*. Paris, 1920.
- *52. Mill, John Stuart: *A system of Logic, ratiocinative and inductive*. 1843.
53. Müller, Hans von: *Die namhafteren deutschen Dichter und Denker seit Reimarus und Günther, in Altersgruppen geordnet*. 1917.
54. — *Zehn Generationen deutscher Dichter und Denker*. 1928.
55. Nohl, H.: *Das Verhältnis der Generationen in der Pädagogik* (*Die Tat*, mayo de 1914).
- *56. Ortega y Gasset, José: *El tema de nuestro tiempo*. Madrid, 1923.
- *57. — *En torno a Galileo*. 1933.
58. Petersen, Julius: *Die Wesensbestimmung der deutschen Romantik*. 1926.
- *59. — *Die literarischen Generationen*, en *Philosophie der Literaturwissenschaft*, de Ermatinger. 1930. (Trad. esp., México, 1946.)
60. — *Die Wissenschaft von der Dichtung*, I. 1939.
61. Pinder, Wilhelm: *Kunstgeschichte nach Generationen. Zwischen Philosophie und Kunst. Johann Volkelt zum 100. Lehrsemester dargebracht*. Leipzig, 1926.
- *62. — *Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europas*. Berlin, 1926. (Trad. esp., Buenos Aires, 1946.)
63. Platz, R.: *Geistige Kämpfe im modernen Frankreich*. Kempten, 1922.
- *64. Ranke, L. v.: *Über die Epochen der neueren Geschichte. Vorträge dem Könige Maximilian II, von Bayern gehalten* (1854), en *Weltgeschichte*, vol. IV. Leipzig, 1910.
- *65. — *Geschichte der romanischen und germanischen Völker im 15. und 16. Jahrhundert* (ed. de 1874).

66. Rothacker, E.: *Über die Möglichkeit und den Ertrag einer genetischen Geschichtschreibung im Sinne K. Lamprechts*. Leipzig, 1912.
- *67. Rümelin, Gustav: *Über den Begriff und die Dauer einer Generation, en Reden und Aufsätze*, I, Tübingen, 1875. (Trad. fr. en *Problèmes d'économie politique et de statistique*. París, 1896.)
68. Salazar, Adolfo: *El siglo romántico*. Madrid, 1936.
69. — *La música en el siglo XX*. Madrid, 1936.
70. Salinas, Pedro: *El concepto de generación literaria aplicado a la del 98 (Revista de Occidente, diciembre de 1935)*.
71. Scheidt, Walter: *Lebensgesetze der Kultur. Biologische Betrachtungen zum Problem der Generation in der Geistesgeschichte*. Berlin, 1929.
72. Scherer, W.: *Geschichte der deutschen Literatur*. 3.^a ed. Berlin, 1885.
73. Schurtz, H.: *Altersklassen und Männerbünde. Eine Darstellung der Grundformen der Gesellschaft*. Berlin, 1902.
74. Seillière, Ernest: *Le Romantisme*. París, 1925.
75. Soulavie, J.-L.: *Tableaux de l'histoire de la décadence de la monarchie française*, etc. París, 1803.
- *76. — *Pièces inédites sur les règnes de Louis XIV, Louis XV et Louis XVI*. París, 1809.
77. Spranger, E.: *Psychologie des Jugendalters*. (Trad. esp., Madrid, 1935).
78. Valois, G.: *D'un siècle à l'autre. Chronique d'une génération (1855-1920)*. París, 1921.
79. Vogel, Walter: *Über den Rhythmus im geschichtlichen Leben des abendländischen Europa (Historische Zeitschrift, 1924)*.
- *80. Wechssler, Eduard: *Die Generation als Jugendgemeinschaft*. 1927.
- *81. — *Das Problem der Generationen in der Geistesgeschichte (Davoser Revue, 1929)*.
82. Wiese, L. v.: *Allgemeine Soziologie*. München y Leipzig, 1924.
83. — *Väter und Söhne (Der neue Strom, 1. Jahrg., Heft 3)*.
84. Wustmann, Rudolf: *Deutsche Geschichte nach Menschenaltern erzählt*. Leipzig, 1911.
85. Zamora, Alonso: *Sobre petrarquismo*. Santiago, 1945.
86. Zeuthen, H. G.: *Quelques traits de la probagation de la science de génération en génération (Rivista di Scienza, 1909)*.

INDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	7
I. El tema de las generaciones.....	9
El problema científico.....	11
Las edades del hombre.....	16
La vida histórica.....	20
II. El problema de las generaciones en el siglo XIX.....	23
Comte.....	25
Stuart Mill.....	31
Dromel.....	35
Un precedente: Soulavie.....	42
Cournot.....	45
Ferrari.....	47
Rümelin.....	52
Dilthey.....	56
Ranke.....	62
Lorenz.....	66
Balance del siglo.....	69
III. La teoría de Ortega.....	73
Los fundamentos metafísicos.....	75
La vida histórica y social.....	82
Cronología del tema.....	85
La teoría analítica de las generaciones.....	89
IV. Las vicisitudes del tema en nuestro siglo.....	109
Mentré.....	110
Pinder.....	114
Petersen.....	120
Mannheim.....	125
Wechsler.....	127
Drerup.....	128
Dos objeciones de principio: Croce y Huizinga.....	130
Resonancias españolas.....	132
Lain Entralgo.....	145

	<u>Págs.</u>
V. Los problemas de la teoría de las generaciones.....	151
Razón histórica	153
Lo que sabemos y lo que no sabemos	154
El procedimiento de Ortega	157
Las dificultades de la teoría.....	160
VI. El método histórico.....	169
La serie de las generaciones.....	169
La visión de la historia.....	178
BIBLIOGRAFÍA.....	187

OBRAS DE JULIÁN MARÍAS

- Historia de la Filosofía* (1941. 4.^a ed., Revista de Occidente. Madrid, 1948).
La filosofía del Padre Gratry (1941. 2.^a ed., Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1948).
Miguel de Unamuno (Espasa-Calpe. Madrid, 1943).
San Anselmo y el insensato y otros estudios de filosofía (Revista de Occidente. Madrid, 1944).
Introducción a la Filosofía (Revista de Occidente. Madrid, 1947).
Filosofía española actual: Unamuno, Ortega, Morente, Zubiri (Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1948).
Ortega y la idea de la razón vital (El Viento Sur. Madrid, 1948).

ANTOLOGÍAS:

- El tema del hombre* (Revista de Occidente. Madrid, 1943).
La filosofía en sus textos (Dos vols. Editorial Labor, Barcelona. En prensa).

TEXTOS ANOTADOS

- Discurso de metafísica*, de Leibniz (Revista de Occidente. Madrid, 1942).
Sobre la felicidad, de Séneca (Revista de Occidente. Madrid, 1943).
Teoría de las concepciones del mundo, de Dilthey (Revista de Occidente. Madrid, 1944).
Fedro, de Platón (Revista de Occidente Argentina. Buenos Aires, 1948).

Precio: *pesetas*

Precio 25 pesetas.